



FUEGO

*en la montaña*

EMMA BAILEY

# **Fuego en la montaña**

## **Un profesor y su alumna en busca de una aventura que marcará sus vidas**

---

---

***PENELOPE DUNN***

*Sin vosotras nada de mi trabajo e imaginación sería posible.*

*Gracias por dedicar vuestro valioso tiempo a leer cada una de mis líneas y compartirlo con  
más gente.*

*Gracias a cada una de ustedes, mis fieles amigas.*



*Copyright: Publicado en Amazon*

*Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.*

## CONTENIDO DE LA NOVELA

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1

## *Unas semanas antes de Navidad*

### **Marcelo**

El trabajo que tenía se había convertido en el principal motivo de mi felicidad. Podía dar clases de esquí, lo que me encantaba, y viajar de costa a costa en las temporadas altas. Sentía que estaba en el cielo. El esquí había sido mi pasión desde la infancia. Siendo un adolescente había empezado a participar en las competencias de Monte Blanco. Me esforzaba muchísimo para ganar.

Pablo y yo comenzamos a entrenar a otras personas cuando notamos que mucha gente se acercaba a nosotros para que les enseñáramos. Desde ese momento no he dejado la instrucción de lado. Me encantaba esa temporada del año, cuando podíamos iniciar las clases en Las Colinas. Allí se situaba un importante centro de esquí, uno de los más grandes de la ciudad.

Teníamos todo lo que necesitábamos en ese recinto, desde los materiales para comenzar la rutina de ejercicios hasta las chicas más lindas de la zona. El esquí se había transformado en una de las mayores alegrías de mi vida.

Fuimos a saludar al gerente del centro. Era Moisés Fuentes de Oca. "Me gustaría que actúes educadamente", dijo Pablo cerca de mi oído. "No olvides a qué vinimos".

Me fijé en las facciones de Fuentes de Oca. Se trataba de un hombre mayor, con algunas canas en su cabellera, muy bien peinada, unos lentes sencillos, una cara muy cuidada y un traje supremamente elegante. Movía su boca constantemente. Era un hábito nervioso que no dejaba de lado y me provocaba muchas risas. Él y todo su personal estaban ansiosos por recibirnos. Estaríamos el próximo mes en su centro. Había muchos huéspedes y casi todo el recinto estaba lleno. Se acercaba la Navidad, la fecha ideal para esquiar. Era una buena noticia tanto para ellos como para nosotros, pues representaba una suma mayor de dinero por un bono.

Sonreí y estiré mi mano para saludarlo. "Señor Fuentes de Oca", dije. "Es un gusto encontrarnos con usted. Siempre es grato venir a este lugar".

Asintió al ver a Pablo y me vio luego. "Señor Nogales, señor Vélez", respondió. "También es grato verlos. Nos han hecho falta por aquí. Al parecer, los profesores que he contratado para las clases de esquí no son tan... buenos como ustedes".

"Entiendo", dije. "Nuestro objetivo es brindar una enseñanza de calidad para que los visitantes aprendan, se sientan cómodos y disfruten mientras toman nuestras lecciones".

"Lo sé. Ese es el motivo por el que pido sus servicios con tantos meses de anticipación", dijo, bajando su cara con ansiedad. Luego la subió de nuevo. "Mi personal organiza sus habitaciones. En un momento podrán retirar sus llaves. Mientras tanto, pueden ponerse cómodos en nuestro bar y tomar algo. No se preocupen por la cuenta".

"Agradezco ese gesto, señor", dije, sonriendo y asintiendo. Salimos rumbo al bar.

Quería evitar la gente que se aglomeraba en la recepción, con grandes maletas, por lo que fuimos de prisa por el pasillo. Algunos salían para ver las montañas. Me fijé en las chimeneas y los pisos

de cerámica rústica que le proporcionaban un aire antiguo y acogedor al hotel. Era muy atractivo, al igual que los conserjes, quienes se esmeraban siempre para atendernos bien. Incluso nos ayudaban a subir a las montañas para iniciar las lecciones. Entendí que al estar allí no debía preocuparme por nada en absoluto.

Llegamos pronto al bar. Después de sentarnos, pedí un par de cervezas y estiré mi cuerpo.

"Bueno, debo decir que esta vez te comportaste", dijo, y asintió.

"Tal vez empiezo a madurar", contesté, y sonreí. "También recordé que debo ser profesional en cada aspecto de nuestras lecciones. Debo prepararme para cuando encuentres al amor de tu vida, esa chica que tanto ha estado esquivándote, y tenga que asumir todo esto por mi cuenta".

"Por favor. Es una idea muy agradable, pero ni siquiera cómo comenzar", afirmó, y rió.

"Bueno, observa a todas estas chicas", le sugerí. "Hay muchas mujeres sensuales. Vienen a esquiar, pero sé que estarán dispuestas a distraerse un poco durante sus vacaciones aquí. Solo escoge una".

Pablo y yo comenzamos nuestra amistad hacía ocho años, cuando ambos teníamos veinte y fuimos a un foro sobre las novedades más recientes en cuanto a los equipos usados para esquiar. Había sido un largo tiempo, pues yo no solía mantener ningún tipo de relación por más de un año. Aunque Pablo era un sujeto muy hábil para los negocios, cautivador con su mirada y su generosa sonrisa, y con un cuerpo entrenado, sus sentimientos eran muy puros. Intentaba encontrar a "la chica ideal", "el amor de su vida", pero yo no apostaba en ese juego. Me gustaba más la soledad.

"Es verdad lo que dices. Cada una es más hermosa que la otra", respondió. Su expresión era de reflexión. "De todos modos, creo que a nuestra edad ya no deberíamos buscar chicas para cogerlas y ya. No sé si entiendes. Tal vez ha llegado el momento de comprometerme. Tal vez yo deba..."

Había una chica sexy a unos metros de nosotros. "Pablo", dije. Le impedí seguir hablando con mis palabras. Ella levantaba su copa y sonreía al verme. Sus labios eran gruesos y estaban pintados de un rojo intenso. "Deberías hacer las cosas en lugar de decirlas. Te aseguro que así atraerás a muchas chicas. Solo debes recordar algo: no tienes que comprometerte ahora. Los meses de invierno en Loma Alta apenas comienzan. Ya sé con quién voy a calentarme por estos días. Sé que mis noches van a ser muy fogosas. Noches que no pasaré solo en mi habitación. ¿Qué crees? ¿Podré llevarla a mi habitación en una hora?".

Voltéé para ver a la chica. "Lo que creo es que estás muy desesperado", dijo, riendo.

Palmeé su hombro y me puse de pie para encontrarme con la rubia. "Tal vez lo estoy, pero sabes que siempre quiero pasarla bien", dije.

Era una mujer muy atractiva. Tenía un par de lunares en sus mejillas y debajo de su boca. Su cabello era dorado, sus ojos verdes como un pino y su boca era gruesa y sugestiva. Estaba pintada de rojo intenso, justo el color que más me agradaba. Usaba pantalones deportivos y un suéter, también de práctica, que se pegaba a sus senos. Portaba botas para la nieve que subía hasta sus rodillas. Estaban llenas de nieve. Parecía una conejita salida de las montañas más altas de la zona. Estaba seguro de que había ido a olvidar el estrés de la gran ciudad. Y yo iba a ayudarla. Probó su bebida y sonrió.

"Buenas tardes", dije, y sonreí amistosamente. "¿Puedo... sentarme a tu lado?".

"Por supuesto", respondió. La malicia se notaba en su voz.

"Me llamo Marcelo", dije, saludándola con mi mano derecha.

"Soy Adriana", contestó, con el mismo tono sensual. "Un gusto".

"Reconozco ese acento", dije. "Debes ser del este del país". Tenía aún mi mano sobre la suya.

"Así es. Vine a disfrutar mis vacaciones aquí", contó entre risas. "Vengo de Prados Bajos, de Villa Morena, específicamente".

"Si soy sincero contigo, todas las chicas del este me encantan", le conté, con tono atrevido. "¿Qué tal van sus vacaciones aquí, señorita Adriana? Imagino que se ha dado cuenta de que hace más frío acá que en el este".

"Por supuesto. Cuando llegué, creí que mis manos se congelarían", dijo, con una sonrisa en los labios. "Por eso me gusta más tomar una ducha con agua caliente y calentarme frente a una chimenea con mucha leña".

"En mi caso, como soy instructor de esquí prefiero el invierno", respondí. "Pero ahora que lo mencionas, tomar una ducha y luego calentarme contigo frente a una chimenea es una idea muy interesante".

Conversamos sobre nosotros durante casi una hora. El licor estaba haciendo efecto en Adriana. Pablo veía su reloj cada cinco minutos. Me faltaban solo tres minutos antes de completarse mi hora. Creí que debería pagarle, pero tenía que usar mis últimos cartuchos. Había pasado casi sesenta minutos con ella y tenía que hacer un último esfuerzo. Iba a decirle una frase, pero no hizo falta. Adriana acercó sus labios a mi oído derecho, tocó mi pierna y me llenó con su calor. Ardía de deseo.

"Podemos ir a mi cuarto y hacerlo realidad", dijo en voz baja mientras tocaba mi pene con fuerza.

Reí y vi a Pablo. "Eso es música para mis oídos", dije.

Me vio fijamente y sonrió. Me puse de pie. Sonreí y acomodé mi pantalón. Le di a mi camarero mi tarjeta y le dije que teníamos cuenta abierta. Extendí mi mano para tomar la de Adriana y fuimos al ascensor. Tropezó en par de ocasiones, sonrió y mordió su labio inferior cuando llegó nuestro ascensor. Pasé luego de que ella lo hiciera. Se cerraron las puertas y se abalanzó sobre mí. Me besó con fuerza mientras sus manos apretaban con rudeza el tronco de mi pene.

Como pude, la saqué de allí para que fuésemos a su dormitorio. Apenas separó sus labios de los suyos para abrir la puerta. Entramos y tomé aire. Dejó su bolsa en una mesa y empezó a quitarse su suéter mientras reía. Luego cerré la puerta y la aseguré con llave. Me invitó a acercarme con un movimiento de su mano derecha. Asentí y obedecí. Besó mi boca con más fuerza en par de ocasiones antes de quitarse el sostén. Sus senos, llenos de silicona, quedaron frente a mí. Exhaló y se arrodilló frente a mis pantalones. Bajó la cremallera, quitó el cinturón y se deshizo de mis pantalones. Mis calzoncillos quedaron en mis rodillas. Entonces sus manos asieron mi pene, ya erecto.

Gruñí con fuerza mientras cerraba los ojos. Mis hombros se tensaron cuando su boca gruesa atrapó mi glande. Bajó sus labios para chupar mi tronco. Su lengua caliente lamiéndome me



provocó escalofríos. Pronto, su boca se abrió de par en par para recibir toda mi erección. Subió un poco su cara para llenar toda su boca con mi pene, hasta el fondo. Creí que me desmayaría cuando me di cuenta de que estaba completamente dentro de ella. Solté algunos gemidos. Podía ver nuestros cuerpos en el gran espejo frente a nosotros. Ella cerró sus ojos mientras sus senos enormes saltaban con cada empuje de su boca. Lo llevaba al fondo y luego lo retiraba. Su saliva caliente caía sobre mis pelotas. Tomé su cabellera con ambas manos y lo convertí en una masa de pelos mientras ella no paraba.

"Mierda", grité.

Subió su cara y comprobé la malicia en su expresión. Con su mano tomó mis pelotas y jugó con ellas. La tensión estaba subiendo en todos mis órganos. Los cabellos amberinos de la chica cubrían mi pene. Sonrió atrevidamente. Se empujaba con furia sobre él y yo podía escuchar cómo lo saboreaba. Tenía toda mi erección en su garganta. Solo hacía una pausa para tomar aire y continuar. Me incliné y dejé mis manos en su cuello. Oí su gemido animal. Era el momento de controlar lo que sucedía.

Estaba excitada. Me acerqué a la cómoda y dejé mi mano allí para impulsarme. La llevé abajo y luego hacia arriba. Su mirada se llenó de llanto. Llanto de placer. Usó sus dedos para acariciar sus labios vaginales. Mi piel amenazaba con explotar. Entonces escuché sus gemidos, bastante suaves, y mi cuerpo se llenó de más calor. Mi pene latía en su boca.

Dejé mis manos en mi cintura mientras Adriana llevaba mi pene a su garganta una y otra vez. Hacía movimientos ágiles: se movía hacia los lados y luego hacia arriba y abajo. Abrí mis piernas para que ella se deleitara más. Arqueé mi espalda cuando sentí que mi orgasmo se acercaba. Creí que faltaba poco, pero su lengua lamió mi pene con fuerza. Estaba lamiendo justo la parte más baja de mi glándula, donde mis nervios alterados estaban ardiendo. Gemí y tomé el tronco con mi mano derecha. Retrocedió y vi sus senos rebotar de nuevo. Jugué con mi pene. Su saliva bastaba para que mi pene lubricara. Y la imagen de sus senos también.

"Acaba en mis tetas", pidió. "Hazlo, carajo".

"Como gustes", respondí, tomando de nuevo mi tronco erecto.

Me apreté con fuerza una vez más. Escuché su gemido salvaje cuando vio que lo tomé de nuevo. Mi semen ardiente caía en ráfagas en sus fogosos senos. Su lápiz labial estaba deshecho. Había dejado marcas de él en mi tronco. Apreté su cuello por unos segundos, mientras vaciaba mis bolas. La última corriente de líquidos cayó en su vientre. Sonreí y relajé todo mi cuerpo mientras negaba con mi cara. Exhalé y abrí mis ojos en busca de calma.

Subí mis pantalones y ella entró en la ducha. "Vaya. Qué bueno estuvo", dije en voz baja.

"No tiene que terminar así", dijo. "Quédate y tomaremos una ducha", sugirió, con una gran sonrisa. "Podemos seguir con este rico sexo".

"Bueno...", dije con tono quejoso. "Sé que sería muy rico, pero debo ir a mi cuarto. Mañana tengo que trabajar a primera hora. Pero podrías darme tu número telefónico para seguir en contacto".

Todo era falso. Solo quería salir de ahí. No quería permanecer mucho tiempo con ninguna chica. No debía levantarme temprano para trabajar. Se quejó mientras buscaba una servilleta y escribía su número en ella. Me lo dio y le mostré una expresión de tristeza fingida. Besé su mejilla y

sonreí. Fuimos a su puerta y se despidió de mí cuando entré al ascensor. Cuando las puertas se cerraron, vi la servilleta. Negué con mi cara y la rompí. La dejé en el pote de basura del ascensor y subí mi cara.

Mi temporada de esquí había tenido un excelente comienzo.

## Capítulo 2

### Laura

Sabía que mi novio Leonel estaría en casa en unos minutos. No le gustaba llegar y tener que esperar por la comida. Entonces busqué una olla bajo el armario, la llené con agua y la puse frente a mí, en la cocina. Tenía a Catherine en mi celular, contándome de la cita que había tenido dos noches antes, pero yo quería empezar a cocinar cuanto antes.

Tenía un temperamento un tanto desagradable, pero en el fondo era una buena persona. Tenía un empleo decente y yo tenía planes para un futuro con él. Por eso habíamos sido novios por casi tres años. El hecho de que se esforzara tanto en su trabajo me había hecho soportar su naturaleza hostil. Esperaba que estar con él me permitiera tener el confort al que todo ser humano aspiraría. Escribía de forma independiente para ganarme la vida. Mi horario era flexible. Me encargaba de Leonel, para lo cual no tenía la flexibilidad de horario que tenía para mis labores. Su personalidad se había convertido en un asunto de verdadera gravedad con el paso del tiempo. Me concentré en mis metas en vez de intentar pedirle que se controlara. Aún no compartíamos un hogar, si bien llegaba a mi casa en las noches con frecuencia para cenar, siempre que no tuviera que trabajar. Lo habíamos convertido en un hábito.

"Podríamos salir esta noche", dijo Catherine, mostrando sus fuertes ganas de encontrarse conmigo. "Como es noche de jueves, hay tragos gratis en ese bar al que siempre íbamos. Deberíamos ir allí, tomar unas copas para relajarnos y conversar un poco".

"Vaya. Tengo muchas ganas de ir", dije, y luego exhalé con fuerza. "Podríamos tomar esas copas. Me caerían bien. Pero ya hice planes con Leonel. Justo ahora estoy haciendo nuestra cena: ensalada César, su favorita, y pasta al horno".

"Se oye como si él no pudiera cocinar nunca", dijo. "Estoy segura de que puede preparar una cena, aunque sea una vez al año".

Leonel no le simpatizaba a Catherine. Su molestia con él se había acentuado tras el episodio de Fin de Año, hacía dos años, cuando le reclamó airadamente por haber estropeado el perrito que comeríamos en la cena. Apenas se notaba, pero igualmente Leonel se molestó bastante. La razón era que su jefe había ido a cenar con nosotros y quería que todo estuviera perfecto. Eso sirvió para que Catherine evitara hablarle a partir de entonces. Quería seguir con Leonel, honrar mi promesa de fidelidad, aunque no estábamos casados, y continuar a su lado. Por eso, no pude hacer lo mismo que ella.

"Catherine", le respondí, tomando aire. "Le prometí que lo haría. Ya sé que puede cocinar, pero quiero hacerlo".

"¿Para que no vuelva a gritarte? Laura, debes disculparme. Entiendo que ya hablamos sobre este tema", dijo, exhalando.

No quería volver a escuchar su opinión. "En ese caso, no deberíamos hablar más sobre este asunto", le indiqué.

"De acuerdo", respondió. "No deberíamos hablar más sobre este asunto". Creo que mejor te

llamaré mañana, ¿te parece?".

"Sí", le contesté.

Nuestra llamada terminó. Esperaba tener todo organizado antes de su llegada. Dejé mi celular en la mesa y me concentré en la comida. Puse los cubiertos al lado de los platos y escuché que la puerta se abría. Era Leonel. Se quitó su chaqueta y puso su maletín en el sofá. Sonreí y avancé para encontrarme con él. Esperaba que besara mi boca, pero no lo hizo. Vio la mesa y frunció su ceño. Tomó la chaqueta y la lanzó en mi pecho. La tomé y exhalé. Me convencí de que solo estaba agotado. Vi el piso y contuve mi tristeza. Sin duda, no era la demostración de amor que esperaba.

"Preparé tu ensalada favorita", le conté con alegría. "Además, hay pasta, recién salida del horno. Estará caliente, como te gusta".

Regresé a la cocina para servir su pasta. Estaba humeante. La puse al lado de los panes untados con margarina y luego serví la ensalada en platos más pequeños. Escuché los gruñidos de mi vientre. Me di cuenta de que me apenas había probado un bocado a lo largo del día, sumergida en mi trabajo y luego en la preparación de la cena. Era un trozo de emparedado que Leonel había rechazado antes de salir. De todos modos, esperaba que a mi novio le encantara la comida. Busqué el aderezo casero que había preparado, hecho con ajo, mayonesa y perejil.

"Claro, como si hiciera falta ser un cocinero de alta categoría para hacer una ensalada", aseguró mientras se sentaba y sonreía irónicamente.

Di unos pasos y me senté frente a él. Pasé por alto sus palabras, aunque la tristeza seguía latiendo en mi corazón. Le ofrecí pan, pero lo rechazó levantando su mano. Solo quería la pasta al horno y la ensalada. Una vez que lo probó, comí una cucharada de mi ensalada.

"¿Qué tal?", le pregunté.

"Bueno", respondió, limpiando sus labios con una servilleta. "Tu comida me recuerda a algo que aprendí hoy en la oficina. El personal llega a mi oficina, con sonrisas en sus labios. Creen que los informes que van a mostrarme son estupendos, pero en realidad son una cagada. No obstante, cuando vi a Sofia Lares dando su charla a todos los empleados de mercadotecnia, entendí que no todos reaccionan como yo lo hago. Algunos se esfuerzan, pero no alcanzan el éxito que yo he alcanzado. He tenido que humillarme y apoyarlos para que podamos mostrar algo digno, aunque eso me cueste noches en vela. Laura, has hecho una gran labor. Y la satisfacción que sientes es notable. Por eso, te agradezco la comida".

¿Estaba elogiándome o criticándome? No lo sabía, pero igualmente me producía mucho dolor. Comimos y ninguno dijo nada. Leonel rompió el silencio para preguntarme algo sobre mi día, pero rápidamente dijo algo que me impidió responderle. Tomé vino y vi que buscaba su celular para responder mensajes que le llegaban. Se concentró en esas palabras en lugar de verme, aunque solo fuese por unos segundos. Sonrió por segundos al ver la pantalla o leía atentamente. Evitó verme y prefirió responder cada mensaje nuevo. Lo puso a un lado y volvió a tomarlo cada vez que sonaba. El sonido interrumpía mi cena, pero decidí no decir nada. Yo no sabía con quién conversaba. La comida estaba tan rica que solo quería disfrutarla. Alguien lo llamó y suspiré mientras veía al techo. Él tomó la llamada.

"Buenas noches", dijo. Luego rió. "No, no me interrumpes. De hecho, no estoy haciendo nada importante. Tienes razón, debemos resolver ese asunto. Claro que sí, cuanto antes. De acuerdo. En

unos quince minutos estaré allí".

Vi su cara fijamente. Estaba haciendo lo mismo que hacía siempre: llegaba a cenar y rápidamente se iba. En algunas ocasiones incluso dejaba la cena a medias. Esa costumbre se había acentuado en los últimos días. Tomó aire y me vio mientras acomodaba su corbata. Sorbió lo que quedaba en su copa y aseó sus labios.

"Nena, te pido disculpas", dijo. "Ya entiendes, cómo es esto. Se trata de algo serio en la oficina. Suele pasar. Pero te juro que este fin de semana te compensaré. Estaremos solos tú y yo".

Sonreí tímidamente y me levanté. Esperaba el beso en los labios que hasta ese momento no me había dado, pero en lugar de besar mi boca, me dio un breve beso en la mejilla. Buscó su chaqueta en la sala de estar y se marchó. Giró para mostrarme su tierna sonrisa, ese lindo gesto que me había atrapado cuando nos conocimos, y salió. El portazo que dio me asustó. Exhalé y decidí tomar más vino. Pude ver por la ventana que empezaba a caer nieve. El cristal se había empañado. Un viento frío llegó a mi pecho y me hizo chocar con la realidad. Aparentemente era el comienzo de otra noche solitaria. Mis pensamientos me acompañarían. Estaba adaptándome a mi nueva vida. Solo me faltaba saber si Leonel estaba siendo completamente sincero conmigo.

Sentía un profundo amor por él hacía años, por lo que saqué esa posibilidad de mi mente. No quería tener dudas sobre sus sentimientos y lealtad. Su sonrisa, su mirada arrolladora y su lindo acento del oeste me habían atraído. Había decidido ser su novia, lo que se había convertido en un asunto importante en mi vida. Me había dicho a mí misma que no podía tener dudas sobre su amor o su comportamiento, o creer que algo que hiciera socavaría mi confianza, pues estaba segura de que la confianza era un pilar de cualquier noviazgo, especialmente al estar con alguien como él, que entraba y salía de casa sin dar explicaciones ni decir a qué hora regresaría. Estuvo claro desde que comenzamos, pero ahora estaba alterando mi bienestar. Era claro que no se preocupaba por estar tanto tiempo conmigo, como hacía al principio de la relación. No solo me afectaba. Me entristecía mucho.

Tomé asiento para terminar de comer. Me serví más vino y cuando me sentí satisfecha, dejé el plato en el lavavajillas y caminé hacia la puerta de la terraza, aunque no fui allí. El invierno estaba empezando en mi ciudad, Santa Lucía, en el estado de Monte Blanco. La temperatura había bajado tanto que, si salía, me congelaría. Aunque mi apartamento era pequeño, al igual que muchos en la ciudad, los amplios ventanales cubrían casi toda la pared. La nieve ya cubría las colinas. Me encantaba la hermosa vista que tenía. Era una de las razones por las que había comprado el apartamento. Muchos turistas llegaban de todas partes del mundo para esquiar. Esquiar no era parte de mis costumbres, aunque estaba feliz por el blanco que caía por todo nuestro estado. Como trabajaba en mi apartamento, podía evitar el problema de tener que manejar o tomar el transporte público en medio de esas nevadas. La única razón por la que saldría sería que el vino se acabara. En ese caso sí estaría dispuesta a ponerme una chaqueta y salir.

Volví a la mesa y tomé el resto de los platos. Exhalé antes de tomar lo que quedaba de mi vino. Leonel había dejado la mitad de la cena. Guardé las sobras en la nevera y una pregunta llegó a mi mente. ¿Habría un futuro para mí si me quedaba a su lado? ¿O ya estaba agotándome de esperar que las cosas mejoraran?

Mi apartamento me encantaba y mi vida era decente. Mi trabajo me había dado muchas satisfacciones. Pero Leonel actuaba cada vez peor con el paso de los días. Tal vez nunca volvería

a ser el mismo de antes. No quería ser la mujer más feliz del mundo, pero sí ansiaba que mi novio me pidiera convertirnos en un matrimonio y que tuviéramos hijos pronto. Anhelaba tener bebés y que sus sonrisas genuinas alegraran mis oídos.

Lavé todos los platos y fui a la sala de estar. La vi y apagué todas las luces. Luego encendí la chimenea y la televisión. Busqué películas de comedia y cubrí mi cuerpo con un edredón bastante grueso. Me sentía feliz cuando llegaba este momento, aunque mi novio no estuviera conmigo. Me sentía en paz.

## Capítulo 3

### Marcelo

El sábado estaba comenzando. Pablo y yo habíamos impartido algunas clases el día anterior, pero no habían sido agotadoras, porque había pocos aprendices. De hecho, habíamos estado tomando algunas copas. Sabía que sería el día de mayor trabajo. Luego fui a mi habitación a tomar un poco más mientras veía el fuego de la chimenea arder. Me sentí como un anciano adinerado. Tuve ganas de buscar a otra chica, pero me dije que debía tomarme mi tiempo para hacerlo.

La temperatura había bajado más, pero eso no me importaba. Al contrario, me hacía sentir feliz. Pablo y yo estábamos casi listos para comenzar nuestra clase. Ensayamos antes de empezar a enseñar a los aprendices en la nieve. Organizamos las sillas y los esquís para aportar nuestros conocimientos sobre los principios elementales de seguridad y primeros auxilios.

Sabíamos que faltaba un par de semanas antes de la llegada de la Navidad y un número mayor de estudiantes, pero también sabíamos que tendríamos muchos alumnos. Como estaba convencido de que los aprendices estarían felices con nuestras clases, el gerente del hotel había ordenado a los recepcionistas que recomendaran nuestras clases a todos los huéspedes que llegaran.

"Entonces", dijo Pablo, ordenando los documentos de la oficina. "¿Qué tal estuvo la rubia?".

"Todo estuvo estupendo. No pudo resistirse a mi atractivo", dije, y reí. "Es muy sexy. Además, toda su ropa de nieve era nueva. Está claro que no sabe esquiar. Lo que más me gustó era lo buena que estaba. Sus tetas estaban infladas con silicona. Fue evidente que está casada, pero eso no me importa. Me concentré en darle un rato de placer y que se lleve un grato recuerdo de este hotel. Sin duda, soy un hombre solidario".

"Vaya. ¿En serio te ves de ese modo?".

"Claro", contesté. "Pablo, estas chicas carecen de algo. Solo les doy una sorpresa y parte de lo que les hace falta. Te aseguro que cuando salen de este hotel, se sienten mejor. Se marchan con más confianza en sí mismas, felices. Esos novios o esposos deberían darme las gracias por hacer que sus chicas vuelvan con más ritmo y alegría de lo que tenían cuando llegaron aquí". Escribí mi nombre junto al suyo en el pizarrón.

"Entiendo. Eres el terapeuta que resucita el amor y el fuego. Por esa razón, la rubia salió tan contenta y renovada", dijo y rió.

"Por esa razón me hizo sexo oral y me dio su número telefónico, aunque me deshice de él cuanto antes", respondí. "Ya la olvidé, aunque es lógico que ella me recuerde por el resto de esta semana. Tal vez esperará mi llamada, pero luego entenderá que no lo hice porque es lo mejor".

"Tal vez consideras que estas chicas ven el sexo como lo vemos los hombres", aseguró. "Tal vez actuamos como bastardos, pero no es el caso de las mujeres. Quizás haya algunas, pero no son todas. Por mi experiencia, puedo decirte que actúan de modo muy distinto. Eso me alegra, aunque también me asusta".

"Estas chicas no me asustan. Si paso más de una noche con ellas, querrán seguir conmigo. Quieren pasarla bien, aunque no puedo descuidarme. Soy gentil con todas, pero no quiero casarme con

ninguna, como alguien que conozco". Lo vi fijamente. "Solo me contenta darles lo que quieres. Por eso me considero su héroe personal".

"¿Podrían enamorarse de ti?".

"Eso jamás sucederá", le respondí, con tono serio. "Y si llegara a pasar, mi trabajo me impediría empezar una relación. Se irían del hotel y no volveríamos a encontrarnos. No podría verlas de nuevo. Entre tanta gente en nuestro estado y nuestro país, no sería posible que el azar volviera a juntarnos en algún momento o en algún lugar. Simplemente no volveríamos a vernos. Y si eso sucediera, obviamente yo no sentiría nada por ella.\*

Probablemente ya la habría olvidado por el tiempo sin verla. Además, la compañía de otras chicas me habría ayudado a sacarlas de mi memoria. Creo que piensas mucho en cosas que no van a suceder. ¿No te parece que hombres como nosotros podemos simplemente coger a una mujer y continuar como si no hubiera pasado nada?".

"Por supuesto", dijo Pablo, y luego rió. "También creo que puedes volver a la ciudad cuando lo desees. Solo espero que el frío no te inflame las bolas".

Me puse de pie y vi la puerta. Se abrió y nuestros estudiantes pasaron lentamente. "Agradezco tus deseos", dije, y sonreí.

El grupo estaba mayoritariamente conformado por chicas. Todas sonreían mucho. Estaban en sus veinte, veinticinco años. Sus padres adinerados pagaban sus vacaciones. Provenían de lugares como Los Trigales y el norte de Arco Azul. Querían pasarla muy bien en Loma Alta, pues era el destino predilecto de los ricos y pretenciosos de todo el país. Les encantaban las montañas, y también el ambiente hogareño del hotel les parecía muy agradable. También les agradaba coquetear abiertamente. Apenas si tomaban alguna lección.

Solo querían conocer la zona y tomar unas cuantas copas. A pesar de ello, tomaban tantas fotos y subían tantos videos a sus redes sociales que quienes las conocían seguramente pensarían que ya eran expertas en el esquí gracias a las lecciones. Solo quería ganar dinero con ellas, no convertirlas en las mejores esquiadoras del mundo. Me daba igual lo que hicieran.

Pablo inició las clases. Todos los estudiantes tomaron asiento, pero algunas sillas al fondo, ya abonadas, quedaron desocupadas. Podría esperar unos quince minutos por los estudiantes, pero teníamos tanto trabajo por delante que no podía permitírmelo.

Comenzó a presentarnos, dio algunos detalles generales y luego comenzó a hablar sobre los principios de seguridad. Guardé silencio, en la parte trasera, con mis codos apoyados en un mostrador. Leía el manual que el hotel nos había pedido que impartiéramos. Era claro que la seguridad de los huéspedes era un tema muy importante para los propietarios. Además, el dinero no tiene amigos, por lo que debíamos actuar con mucha cautela para dar las lecciones.

Pablo tomó el marcador para escribir unas notas en el pizarrón. En ese momento escuché que abrían la puerta. Eran los cuatro estudiantes que restaban para completar la clase. Me sentí un poco incómodo al ver de quién se trataba: Adriana y tres amigas. Sonreían y se excusaban por su demora. Tomaron los asientos disponibles. Ella notó mi presencia y me regaló una ligera sonrisa. Vi a Pablo y me di cuenta de su expresión de complicidad.

"Como decía", continuó, "para conservar una temperatura corporal adecuada, mantén tus manos y



el resto de tu cuerpo abrigados. Eso evitará que se congelen".

Rió con tono jocosos. Me vio por unos segundos y escribió unos apuntes en el pizarrón. Sabía que eventualmente se burlaría de mí por la presencia de Adriana. En ese momento me di cuenta de que no había visto su nombre en la lista de alumnos, o, mejor dicho, no había leído esa lista. De todos modos, apenas podía recordar su nombre. El resto de los detalles, como su nombre, me parecía insignificante. Lo único que recordaba de nuestro encuentro era su rica boca chupando mi tronco.

Ya tenía muchas ganas de finalizar la clase y salir de allí, aunque me parecía lógico que antes de que eso sucediera, tendría que hablar con Adriana. Había estado con ella para pasarla bien, pero aparentemente tendría que soportar el drama por venir. Me levanté y noté las miradas de las chicas pasando por mi cuerpo. Adriana y sus amigas se decían cosas al oído.

Era obvio que comentaban cosas sobre mi cuerpo. Me concentré en la información que tenía que darles para garantizarles su seguridad, de tal modo que no tuvieran problemas cuando esquiaran. Pablo, por otra parte, hacía comentarios en voz baja sobre mi personalidad "solidaria", especialmente cuando apoyaba a chicas que querían un compañero sexual.

Cuando concluimos la sesión, fuimos a la colina para enseñar algunos principios básicos a las chicas. Les explicamos de qué modo poner los pies en las tablas, de qué modo flexionar sus piernas sin subir, pues no debían hacerlo, aunque el cuerpo intentara dar unos pasos como si estuviesen caminando, y luego las ayudamos a ejecutar cada movimiento correctamente. Ví a los lados. Esperaba estar cerca de todas las estudiantes, a excepción de Adriana y su grupo de amigas, a quienes evitaba ansiosamente.

"Te propongo algo", le dije a Pablo cerca de su oreja. "Pagaré nuestros próximos tragos en el bar si te encargas de la rubia y sus amiguitas".

"No tendrás que hacerlo. Recuerda que tenemos barra libre. ¿Ya lo olvidaste? Vaya. Parece que tu memoria falla. Y también parece que ya no quieres ser solidario".

"Por favor, amigo", le dije en voz baja.

"Cuando volvamos a la ciudad pagarás nuestros tragos. Por dos noches", propuso.

"De acuerdo. Hazlo", exclamé con tono quejoso.

"Muy bien", dijo entre risas.

Adriana quería que yo la enseñara, pero no lo hice. Estaba frustrada. Era evidente. Era el motivo por el que le pedí a Pablo que las atendiera. Esperaba que lo que había pasado entre nosotros se mantuviera hasta allí. Bajó su cara, pero al subirla sonrió maliciosamente y me guiñó su ojo izquierdo. La lujuria estaba allí, solo que no se mostraba de un modo tan abierto como antes. Pero yo tenía que parar sus acciones. Y debía hacerlo cuando antes.

Les pedimos que empezaran a esquiar. Me puse frente a todos, asintiendo. Debían recorrer una pendiente. Faltaban pocos segundos para que bajaran con sus esquís. Ya en la parte baja, unos esquiadores experimentados pasaban por el sendero a gran velocidad. Llegó el momento de Adriana y sus amigas. Ellas fueron delante. Sonreí al ver que Adriana se acercaba con dificultades hacia mí.

"Mañana me iré del hotel", me contó. Me sentí feliz con la noticia.

"Una lástima", respondí. "Ojalá hayas disfrutado tu tiempo aquí".

"Lo disfruté bastante", dijo, y sonrió ampliamente. "¿Crees que podamos volver a vernos?".

"Oye...", le dije, con tono educado. "Lo que hicimos me encantó. Sin duda, eres una mujer muy sexy como pocas, pero no me parece que debamos estar juntos otra vez. Solo quiero relajarme en vacaciones. No suelo estar con una chica varias veces. No es mi intención despertar sentimientos en ninguna mujer. Voy a otra ciudad mientras tú regresas a tu hogar. No hay manera de que esto pueda tener un futuro".

La vi fijamente. No decía nada. Su bufanda y sus gafas protectoras me impedían ver toda su cara. Después de una pausa, asintió y me regaló una sonrisa. Finalmente me sentí tranquilo. Tomé aire y también le regalé una sonrisa.

"Está bien", dijo, intentando reír, aunque le costaba. "Es lógico. Estaría muy lejos de cualquier lugar en el que te encuentres. Vivo en el otro extremo de Arco Azul".

"Lo sé. Y estoy feliz por tu comprensión", respondí. "Y si hablo contigo es solo para saber que te sientes bien. Espero que no estés triste ni decepcionada por lo que te digo, o que pienses que no eres atractiva. Es todo lo contrario. Eres una chica muy linda. Sé que en unos días seguramente me arrepentiré por no acostarme contigo antes de que te vayas".

"Guau. Qué lindo eres", respondió, calmando sus músculos. "Estoy bien. Puedes estar tranquilo. Además, todo lo que dices es verdad. No podríamos estar juntos, pero reconozco que lo disfruté mucho. Sé que tal vez algún día vamos a encontrarnos otra vez".

Me sentí más tranquilo. "Si eso sucediera, me encantaría", dije, sonriendo ampliamente. "Dicho esto, ¿ya estás preparada para dar una vuelta por el sendero con tus esquís?".

"No", dijo, entre risas. "De todos modos, bajaré".

Bajó por la pendiente mientras yo la veía sin moverme. Sonreí al verla moverse una y otra vez. Dejó de girar para mirarme, y dejó de sonreír. Negué con mi cara. Giré para regresar al hotel. Me pareció que debía actuar con más sigilo. Pablo estaba de pie, con sus brazos cruzados sobre su pecho, mientras no paraba de reír.

"No digas ni una palabra", le dije, levantando mi dedo índice y poniéndolo sobre mis labios.

"Ahí está el hombre solidario que conozco", dijo entre risas.

## Capítulo 4

### Laura

Llegaba el sábado, mi día predilecto de la semana. Era mi día libre, lo que significaba que no tenía que escribir nada. Usaba las horas del día para leer o terminar los quehaceres del hogar que había dejado pendientes a lo largo de la semana. Mi trabajo era ser una “escritora en las sombras”. Eso quería decir que escribía para una empresa editorial que nunca sabría quién era yo.

No quería recibir tanta atención. Lo acepté desde el principio. Empecé a leer una novela llena de romance y situaciones jocosas para empezar a escribir mi historia. Sabía que en dos días debía comenzar a escribir una historia de ese género, por lo que tenía que prepararme, aunque no me gustaban las novelas románticas.

Prefería las novelas de acción o ciencia ficción, pero tenía que investigar para el proyecto. Además, podía hacerlo en la sala de estar de mi casa, con ropa de dormir para el invierno, mientras afuera no paraba de nevar.

El trabajo en casa me dificultaba tener amistades o iniciar una relación de pareja. Era un obstáculo para crecer, o al menos eso pensaba. A pesar de ello, la soledad me alegraba. No me gustaba recibir la atención de la gente. Adicionalmente, tener que hablar con un jefe me producía ansiedad. Desde que había empezado a trabajar de forma remota solo me comunicaba con ellos por vía electrónica.

Eso me parecía más relajante. Estaba contenta con mi labor. Podía leer lo que otras personas habían escrito y recibir dinero para escribir otras historias. Le dedicaba seis días de la semana, dieciséis horas cada día.

La novela estaba escrita con un tono de ilusión y dulzura. Era una lectura fresca, con varias frases cargadas de ironía. Me había vuelto una especialista en ese tipo de novelas. De hecho, la última novela en la que había trabajado me había llevado más tiempo, porque el autor usaba un estilo más pesado y tuve que refrescarlo. En su libro había un protagonista valiente y salvaje, y al mismo tiempo delicado. Lo recreé mentalmente, sintiéndose feliz con la naturaleza sensible de todas las chicas con las que había estado, y sentí algo de envidia de él y los personajes masculinos que aparecían en esas historias impresas. Se esmeraba tratando a las chicas con caballerosidad, sobre todo cuando las llevaba a la cama. Tenía claro que solo eran historias, ficciones para entretener, pero no dejaba de pensar en mi situación sentimental. Esperaba que Leonel se comportara, al menos de vez en cuando, como uno de esos personajes.

Si conocía a alguien tosco, era Leonel. No le gustaba que me acercara a él para abrazarlo o besarlo, un gesto que haría feliz a cualquier mujer. No demostraba cariño en ningún momento. Me dije que debía entender el origen de sus reacciones. Todos en su familia eran gente de negocios, acostumbrados a asentir y estrechar manos. Además, su madre estaba más pendiente de los socios del club que del bienestar de Leonel.

Él, tenía una niñera, una mujer muy reservada, una persona muy profesional, que tampoco se sentía muy a gusto con las expresiones de cariño. Lo comprendía, aunque esperaba que se relajara, que se “atreñera” a besarme o mostrarme de alguna manera que me quería. Sinceramente, me preguntaba si realmente aún quería pasar toda mi vida con alguien como él. Conversamos en

algunas ocasiones sobre la posibilidad de tener hijos.

Habló del tema como si estuviese planteándose comprar un cachorro. Esperaba tener un hijo con pedigree para que ganara premios y lo hiciera sentir orgulloso. Además, cuando le sugerí que no buscáramos una niñera, se molestó. Aseguró que yo estaba loca y que cuando me calmara hablaríamos sobre el tema. Ignoré su comentario, porque estaba segura de que no pasaría tiempo en casa como para ayudarme con el bebé y por esa razón quería una niñera.

Dejé de pensar en el tema al escuchar el sonido de la puerta abriéndose. Era Leonel. Puse mi marcador de libros en la hoja que leía y me puse de pie para saludarlo. Llegaba para pasar el fin de semana conmigo, como había asegurado que haría, pero al ver su atuendo, me di cuenta de que no quería quedarse en casa. Besé su mejilla y noté la duda en su cara. Bajó su cara y frunció su ceño. Se fijaba en mi gruesa ropa de dormir.

"Cariño, pensé que ya estarías lista", dijo. "¿Olvidaste que te dije que pasaría tiempo contigo desde hoy? ¿Enfermaste y no me lo dijiste?"

"No estoy enferma. Solo creí que cuando dijiste que pasaríamos tiempo juntos, hablabas de acostarnos a ver algo en la televisión, no a dar un paseo", respondí. "Y por lo que he visto, hay mucha nieve".

"Por favor", contestó. "No hay tanta nieve. Sabes muy bien que no me gusta perder tiempo viendo esas películas estúpidas. Será mejor que te vistas".

"Leonel, no tiene que ver con las películas o su trama", respondí suavemente. "Te lo sugiero porque quiero pasar tiempo contigo".

Vio mi libro. "Podemos pasar tiempo juntos en el restaurante Las Cuevas. Hice una reservación para cenar", contestó, con un tono más alterado. "¿Entonces lees estas cosas pervertidas cuando no estoy en casa? ¿En eso usas tu tiempo?"

"No leo cosas pervertidas, y lo sabes", dije. "Este es el libro para mi nuevo proyecto".

"Ah, cierto. Quieres ser 'escritora'", dijo, haciendo un gesto de comillas con sus manos. "¿No crees que ya es hora de olvidar ese 'sueño'?"

"¿Cómo dices?", le pregunté. "Soy escritora. No es un sueño. Estudié Literatura y vivo de ello. Hasta donde recuerdo, mis ingresos son casi similares a los tuyos, gracias a 'mi sueño'".

"Laura, ganas dinero con ese trabajo, pero tienes tan claro como yo que no podrás vivir de eso toda tu vida", dijo, exhalando con fuerza. "Pero ya olvídale. Tenemos que irnos pronto. Toma tu bolso y salgamos".

Crucé mis brazos y fruncí mi ceño. Era el momento de defender mi opinión. "No lo haré", respondí. "Quiero que estemos juntos, tú y yo, y no estar rodeado de ricos que creen que el resto del mundo solo sirve para limpiar baños".

"Esos ricos pagan mi sueldo", respondió. "Además, estoy intentando llevar a mi chica a un excelente lugar, y fijate cómo reaccionas".

"Estoy muy agradecida con todos tus gestos, incluyendo este", respondí. Su celular sonó y paré. Vio la pantalla e ignoró la llamada. "No tienes que hacerlo. Toma tu llamada. Siempre lo haces, aunque yo esté aquí".

"Vaya. Actúas como si estuvieras muy molesta. Parece que esas novelas te vuelven loca. Además, no me respetas".

"Te respeto. Y no estoy molesta", dije. "Pero me gustaría que en algún momento complacieras mis deseos".

"Supongo que venir aquí, comer esas cenas basura que preparas, oír tus historias sobre esas novelas tontas que escribes mientras finges ser novelista y escuchar como si me interesara no es complacer tus deseos".

"Qué idiota eres", dije en voz baja. "Me esfuerzo cada día para trabajar y preparar una cena y que cuando llegues esté caliente, a pesar de lo cansada que estoy".

"Oh, ¿ahora trabajar en pijama, en casa, es muy agotador?", preguntó, con tono irónico. "Ya basta de esto. ¿Vendrás conmigo?".

"No lo haré", dije, respirando con fuerza.

"De acuerdo. Deberás asumir las consecuencias", aseguró.

"¿Qué rayos quieres decir?".

"Que este es el fin", dijo, volviendo hacia la puerta. "Terminamos, Laura. Me harté de estas bromas pesadas. Ya no me siento bien contigo".

"Debes ser tú quien está bromeando", respondí, con molestia. "¿Me dejarás después de todo el tiempo que hemos estado juntos? Creí que seguirías conmigo y tendríamos hijos".

Abrió la puerta y me vio. "No me pareces una mujer ideal para tener hijos, incluso para convertirte en mi mujer por el resto de mi vida", dijo, con una sonrisa irónica. "Pásala bien con tu 'nuevo proyecto'".

Escuché el portazo con el que se despedía. Aún no entendía lo que había sucedido. Tuve que sentarme y tomar aire. Estaba estupefacta. Vi la sala de estar. Creí que la tristeza me desolaría de inmediato. Sin embargo, eso no ocurrió. Más bien me sentí libre, como si me hubiera quitado un gran peso de mis hombros. Imaginé que pronto empezaría a llorar, que me derrumbaría, pero no fue así.

Exhalé y sonreí. Parecía que me hubiera quitado unos grilletes que me ataban a la infelicidad. Había creído, o me había obligado a creer, que, si mi relación con Leonel llegaba a su fin, la melancolía se apoderaría de mí, azotada por el dolor de los sueños que no se convertirían en realidad. Pero eso no había sucedido.

Ya no estaría en mi apartamento, esperando que él llegara ni preguntándome dónde se encontraba o por qué tardaba, mientras mi hijo o hija lo extrañaba y yo le daba consuelo. Me convertiría en un ama de casa infeliz, sola, preparando sus cenas y lavando su ropa mientras añoraba unos planes que habían quedado en el camino. Eso ya no pasaría. Estaba calmada, con una sensación de paz aterrizando en mi pecho: no estaría más con él, esperando una vida que no tenía.

Me puse de pie para ir a la cocina. Llegué allí y tomé una botella de vino. Quitó su corcho y el olor inundó mi nariz. Puse la botella en mi boca y tomé un trago. Estaba asombrada todavía por lo que había sucedido. Jamás hubiera creído que eso ocurriría. Giré para llegar al balcón. Después de tomar aire abrí las puertas. Quería cerciorarme de que realmente estaba ocurriendo. La nieve

estaba frente a mí. Caía suavemente sobre mis mejillas. La temperatura me obligó a entrar nuevamente. Suspiré y pasé. Froté mis manos y fui a la chimenea para encenderla.

Sonreí mientras la leña se encendía. La realidad del tiempo que había pasado con él estaba asomándose. Me había enfocado en complacerlo, aunque eso implicase pasar por alto sus frases irónicas, sus duros apretones en mis muñecas y su manera arrogante y molesta de tratarme en general. Me había aferrado a esa imagen de relación maravillosa, de pareja ideal, que incluso me había descuidado a mí misma.

Me veía como si me tuviera asco, y yo lo había soportado. Yo no había entendido lo mal que estaba ese comportamiento, porque estaba contaminada por él. Se había convertido en mi dueño, al punto de que me decía cómo reaccionar o qué decir. Era igual a su papá: un tipo vanidoso y lleno de dinero, que solo buscaba a una chica para completarlo. Por ese motivo, la madre de Leonel pasaba tanto tiempo en el club. Esperaba que la compañía de sus amigas le ayudara a sobrellevar su pesar.

Ansiaba sentirme más contenta. Yo había creído que mi suegro maltrataba a su esposa, sin detenerme a pensar que su hijo actuaba del mismo modo conmigo.

Negué con mi cara y giré. Las luces de la ciudad se reflejaban en mi ventana. Frente a mí aparecían imágenes navideñas y grandes pinos iluminados y rematados con hermosas y radiantes estrellas. Entonces lo recordé. La Navidad estaba muy cerca. Saberlo me hizo sentir terriblemente triste. Sería una fecha que pasaría en soledad. Esos días eran agradables para mí. Solía pasarlos con mis familiares y amistades, pero esta vez todos habían planificado con mucha antelación dónde estarían. Papá llevaría de viaje a mamá, como siempre, de modo que me veía forzada a estar en Navidad con el jefe de Leonel y su engreída novia.

Fui al sofá a contemplar desde allí las iluminaciones navideñas. Tomé aire y busqué la manta para calentarme. Tomé mi celular para llamar a Catherine, pero no lo hice. Esperaba informarle lo que había hecho Leonel, pero su reacción era previsible. Después intentaría convencerme de salir a tomar unos tragos, pero no sentía ningún deseo de salir. Me concentré en la historia del proyecto. La trama me permitiría adentrarme en una pasión que solamente existía en esas páginas, pero al menos me tranquilizaba y me hacía sentir que estaba acompañada.

## Capítulo 5

### Marcelo

Tuvimos más trabajo el domingo que el día anterior. No era usual que hubiera tantos estudiantes un día como ese. Los tipos ricos acostumbraban volver a sus casas durante los domingos. Pensé que gente con tanto dinero podría regresar a sus ciudades un día después y no pasaría nada con sus yates ni sus casas de millones de pesos. Pablo se fijó en los estudiantes que regresaban de las montañas. Yo debía organizar nuestro salón para las sesiones siguientes.

Afortunadamente, contaba con él. Podía trabajar las horas que considerara suficientes. Oraba para que Pablo no se casara todavía. No podría trabajar solo. Cuando concluimos la clase, volví al hotel.

A pesar de que me sentía bien cuando estaba solo y podía tener un espacio al cual ir luego de trabajar, me gustaba su compañía. Nuestras conversaciones eran muy amenas. Y aparte de su capacidad para conversar, me gustaba el hecho de que siempre estaba pendiente de mí, de manera que muchas veces evité meter en problemas gracias a sus consejos.

Era consciente de que, de no haber sido por su amistad, me habría involucrado en unas cuantas situaciones complicadas, tal como había sucedido con Adriana. Esperaba evitar un adiós turbulento y lleno de drama. Aunque la había visto en la recepción, organizando su equipo para esquiar, me escondí bajo una mesa hasta que saliera. De todos modos, lucía contenta. Al parecer, estaba feliz por volver a su casa. Tal vez alguien la esperaba. Y esa persona le daba algunos problemas. En ese momento, siempre estaba yo para ayudar a chicas como ella.

Tomé los expedientes de los estudiantes. Los guardé en una caja y busqué otro grupo de carpetas. Daríamos una clase al día siguiente, en otra montaña, pero los aprendices darían unas vueltas en la ladera cercana al hotel. Todos los estudiantes, independientemente de que ya hubieran superado algunos niveles, debían hacer una rutina como si fuesen principiantes. Era una orden del hotel.

Luego de hacerlo, podrían subir a otras zonas más difíciles. Eran mis estudiantes favoritos. No solo posaban para las fotos, también sabían esquiar bastante como para hacer bromas pesadas y creer que eran los dioses de la nieve. Pablo estaba llegando. Escuché el ruido de sus botas al entrar. Ordené las carpetas restantes en las mesas.

"La nieve abajo es espectacular", dijo, con una sonrisa. "Me encanta estar en un ambiente con nieve natural. No me gusta para nada el ruido de las máquinas en las montañas. Altera mi paz".

"Lo sé", dije, y tomé aire. "Ojalá pudiera tomar mis esquíes y dar un paseo".

"Podremos hacerlo", aseguró. "Cuando la Navidad esté más cerca, tendremos menos estudiantes".

Arrojé sus llaves y su billetera para que cayeran sobre su pecho. "Así es", dije.

Sonreía de par en par. "¿Por qué no vamos al bar a tomar algo cuando termines?", me preguntó.

"Carajo. Sería estupendo", dije. "Nada como unas cervezas y chicas sexys para subir mi temperatura. Es lo que más necesito ahora que Adriana se fue. Si se hubiera quedado más tiempo, hubiera sido una cagada, pero creo que entendió todo y pudo irse contenta, sin rencores. Siempre

hay una chica que quiere volver a acostarse conmigo y complicar las cosas, como ella".

"Tal vez pensó mucho en ti porque sabe que eres un pendejo", dijo, antes de reír. "Te recordará con alegría y nunca te sacará de sus pensamientos. Sé que las mujeres adoran a patanes como tú".

"No tengo problemas con eso, mientras lo haga en la sala de estar de su casa, lejos de mí", respondí, riendo.

Cuando ya había organizado todo, llegamos a la montaña esquiando. Pablo subió la cremallera de su chaqueta y yo hice lo mismo segundos después. Nos ubicamos en el fondo y le pedimos a un conserje que subiera con nuestros esquís a nuestros dormitorios. El hotel proporcionaba esa gentileza, con lo que me sentía un profesor muy importante, más de lo que era en realidad.

Luego fuimos al bar. Entre los presentes había hombres ricos y atractivos que intentaban acostarse con rubias lindas. Estaba totalmente ocupado. Eso no nos asombró. Sabíamos que podía pasar. Aunque eran varias, me sentí desanimado al ver que no eran tantas como me hubiera gustado. Los tipos tenían mucho dinero, lo que, por supuesto, resultaba interesante para las mujeres que iban al hotel. De todos modos, me relajé. Me sentía contento de oír la música de la banda, poder tomar un trago y pasear con mis ojos por los espectaculares cuerpos de las chicas.

Fuimos al final de la barra. Pedimos cervezas y exhalé mientras apoyaba mis brazos en la barra. Vi la televisión. Transmitían un juego de fútbol, pero no se podía oír la narración. El fin de semana concluía, lo que me alegraba. Pronto comenzaría una nueva semana, sin problemas. Giré y me encontré con la expresión pensativa de Pablo, una que casi siempre mostraba. Se notaba que estaba meditando, como de costumbre, en lo que había hecho.

"¿Conversaremos o prefieres quedarte solo para pensar?"

"Vaya. Te pido disculpas", dijo Pablo. "Estaba pensando algunas cosas, pero todo está bien". Tomó un trago y me miró.

"No te preocupes", le dije, suspirando. "Te entiendo. Solo dime qué ocurre".

"Bueno, estoy analizando mi futuro", respondió. "Hablo de que quizás deba concentrarme en construir mi propia familia. ¿No has pensado en ello?"

"¿A qué te refieres exactamente con 'familia'?"

"Bueno, a eso, a comprometerse", respondió. "De eso hablo. No quiero pasar toda mi vida esperando que un camarero de un hotel me traiga la comida después de que doy clases. Deseo casarme con una mujer, tener un hijo o dos, cocinar allí todos los días para todos, un auto, una pequeña piscina.

Quiero pasar los feriados en un hogar, ir de viaje una o dos veces al año. Hablo de una verdadera felicidad. Sí, no tienes que decirlo. No te gusta conversar sobre ese tema. Te sientes como una estrella de rock y no quieres abandonar ese barco. Es solo que creo que esta etapa de mi vida debería llegar pronto a su fin, y espero que la próxima sea igual o más placentera".

"Pues no pienso lo mismo", dije, riendo. "Tal vez pueda pasar muchos años más en este".

"Es lo que afirmas ahora", dijo, y luego rió. "Pero no he olvidado que hace unos años, era yo quien aseguraba exactamente eso que dices. Decía que pasaría el resto de mi vida en hoteles, conociendo a una mujer distinta cada noche, y llegar a la vejez mientras seguía con mi vida de



soltero".

"Tampoco lo he olvidado. Lo que no entiendo es qué cambió".

"Tampoco lo entiendo", dijo, y exhaló con fuerza. "Solo fue un pensamiento que llegó a mi mente una mañana al despertar".

"¿Sientes que estás atravesando una crisis por tu edad?".

"Con suerte, no será así", dijo entre risas. "Apenas estoy acercándome a los treinta. Si ese fuese el caso, mis crisis estarían comenzando muy temprano".

Pablo estaba hablando sobre su posible futuro con una mujer, unos hijos y una casa con una pequeña piscina mientras yo oía sus planes con atención. Era un tema del que hubiera preferido no hablar tras la intensa mañana de trabajo que había tenido, que se había prolongado con las lecciones de la tarde. Vi a las chicas sensuales y pensé que debía confesarle a Pablo la verdad. Que nunca había pensado en comprometerme. Tampoco quería pensar en ello ni siquiera por un momento.

No había ataduras, nadie por quien preocuparse ni nadie a quien darle explicaciones. Estaba contento con el estilo de vida sencillo que llevaba. Conocía a muchos hombres que se habían casado y la mayoría eran terriblemente infelices.

Habían escogido mal a sus esposas, y ahora se sentían atrapados. Aunque sus esposas tenían grandes tetas, artificiales, siempre intentaban escabullirse de sus casas para no verlas. Además, no había estado con una chica que me hiciera pensar que ese pudiera ser mi destino. Esperaba no llegar a ese punto.

Lo oía, pero mi atención se enfocó en el lado derecho del bar. Una alta chica blanca con cabellos negros y senos provocativos conversaba con un grupo de amigas. Giraba y sonreía. En otras circunstancias le pediría a Pablo que me acompañara para hablar con ellas, pero no quería que arruinara el momento y las chicas se alejaran, atemorizadas. Decidí actuar por mi cuenta.

"Oye, amigo profeta", le dije, tocando su hombro. "Me encanta oír todas tus inquietudes, pero hay una chica alta que no para de verme. Puedes quedarte aquí, pensando en tu futuro matrimonio, pero yo iré a hablar con ella. Está en la otra esquina, y creo que debo ir a saludarla. De todos modos, no creo que me case con ella, a menos que ella lo sugiera y me haga correr".

Rió y yo empecé a reír después. "Anda, amigo. No te preocupes por mí".

Tomé lo que quedaba de cerveza y caminé para hablar con la chica. Sonrió una vez más. Noté que tenía una camiseta roja ceñida a su cuerpo, pantalones negros y botas de invierno. Sus pezones se levantaron por el frío. Tuve una erección al imaginarme sus senos desnudos rebotando frente a mí. Las chicas que la rodeaban abrieron ampliamente sus ojos mientras reían.

"Buenas noches", le dije. "Me llamo Marcelo".

"Feliz noche, Marcelo", respondió, con tono provocativo. "Soy Inés".

Me senté a su lado y comenzó a decir cumplidos abiertos y osados, cada uno más provocador que el anterior. El resto de las personas no nos importaba. Puso su pierna entre las mías. Estaba jodidamente buena. Además, me había ayudado a salir de una charla que no me interesaba. Eso aumentaba su atractivo. Inés era su nombre, una palabra que me parecía muy dulce, aunque lo que

menos buscaba en ella era dulzura. Ninguna de sus palabras era importante para mí.

Tampoco quería saber lo que pensaba, si era inteligente o no. Siempre había sido un patán, aunque no actuaba de ese modo. Lo había logrado con años de experiencia. Me esmeraba por tratar de forma educada a cada chica que conocía, hasta llevarlas a la cama. Me parecía lo ideal. Dejé de pensar en mi comportamiento cuando Inés tocó mi pierna y acercó su boca a la mía.

"Podríamos ir a mi dormitorio. Allí estaremos más relajados", sugirió en voz baja. "Guardé una botella de vino y podríamos tomar unos tragos".

"Estupendo", dije, y le sonreí. "Me despediré de mi amigo y volveré para que subamos".

Asintió. Me levanté, pero me haló con su mano y besó con fuerza mi boca. Me mantuve inmóvil, intentando calmarme. Chupó mi labio inferior después de besarme. Tuve una erección de inmediato. Me retiré lentamente y sonreí educadamente. Esperaba girar y que nadie notara cómo estaba mi pene. Negué con mi cara y volteé mi cuerpo para despedirme de Pablo. Él continuaba pensando en su futura esposa. Tomé el suéter que había dejado en mi silla y reaccionó con mis movimientos.

"Parece que lo lograste".

"Así es", dije, riendo y girando para ver a la chica.

"¿Por qué siempre vas por la chica con la apariencia más artificial? Podrías elegir a cualquier otra", me preguntó con alegría.

"Porque hablan sin parar, no buscan compromisos y suelen quitarse la ropa con más rapidez", dije. "Creo que te queda claro que esta noche no voy a casarme".

Fui hacia la silla de Inés y la tomé del brazo. Sonreí y me despedí de Pablo. Le indiqué al camarero que le sirviera otra cerveza. Caminé para ir a la habitación de la chica, pero antes volteé para verlo. Él negaba con su cara, pero lucía feliz. No iba a casarme, a pesar de que tal vez él sí lo haría y no pudiera continuar trabajando a tiempo completo conmigo.

## Capítulo 6

### Laura

Comencé a escribir las primeras páginas. Ya había iniciado la nueva novela, la segunda parte de la historia romántica que había concluido. Estaba sintiendo una felicidad enorme por el fin de mi noviazgo. Tecleaba mucho más rápido que de costumbre. Aproveché esa sensación de alegría para escribir, pues el jefe me había indicado que quería una historia “con muchas frases irónicas, pero con un protagonista que parezca sacado de un cuento de hadas”.

Me pareció perfecto para el momento. Desarrollé la estructura del guion en menos de veinte minutos. Tenía la creatividad a mil kilómetros por hora. Luego inicié la escritura. Mis ideas, que antes habían parecido desaparecer de mi mente, ahora regresaban como una lluvia sobre mi mente.

Catherine me había llamado temprano. Le comenté que quería hablar con ella, pero que debía contárselas personalmente. Respondió que iría a mi apartamento una vez que hubiera concluido su trabajo. Eso me pareció muy oportuno, pues me permitiría hacer una pausa y luego dormir. Mientras tanto, me concentré en mi computadora y los diálogos. Ya no me preocupaba que pudiera estar sola para Navidad. Me sentía contenta, pues ya no pensaba en mi exnovio.

Mi plan era convertirme en una persona común y corriente, con un novio también común y corriente, mientras disfrutaba las fechas navideñas, tomaba fotografías y compartía con personas que se sintieran felices conmigo. Tomé aire cuando entendí que eso sonaba muy bien, pero no se volvería realidad por los momentos. Debía lograr ese cambio el año siguiente, de tal modo de que los próximos feriados no me resultaran tan dolorosos.

Alguien tocó mi puerta y dejé de pensar. Me puse de pie y caminé para abrir la puerta. Me di cuenta de la cantidad de páginas que había escrito, y noté que ya oscurecía afuera. Era Catherine. Sonrió y me mostró una botella de vino que tenía en su mano.

"¿Por qué la trajiste?", le pregunté.

"Sinceramente, no tengo idea", dijo, y rió. "Pero como no sé qué tipo de noticias me darás, y tampoco acostumbras decirme que quieres conversar conmigo, decidí traerla".

"Tienes toda la razón", dije. "Había olvidado que esa es una de las razones por las que te considero mi mejor amiga".

Pasamos y busqué dos copas. Tomé un sacacorchos y lo puse en las manos de Catherine. Encendí la chimenea para calentarnos. Descorchó la botella y llenó las copas. Pasamos a la sala de estar y tomamos asiento en mi sofá. Ella pasó por sus ojos por la sala y sonrió. Se levantó y contempló la ciudad desde la ventana.

"Creo que este es el mejor lugar en el que una persona puede vivir", dijo con alegría. "Quiero ser como tú algún día".

"Espero que no lo seas", dije, sonriendo. "Serías una mujer sola, alejada de la civilización y reprimida. Creo que debemos conversar sobre esos planes".

"Un momento. ¿Qué dijiste?".

"Lo que oíste", le dije, exhalando. "Leonel estuvo aquí. Vino y pensé que nos quedaríamos en casa, abrazados, viendo películas, pero sus planes eran ir a ese club de pendejos ricos al que suele ir. Comenzamos a discutir. Obviamente, su idea de 'pasar tiempo conmigo' era distinta a la mía. Me recriminó por mi trabajo de escritora, por ser mujer o incluso por existir. Le respondí que no iría a ese club, llamaron a su celular, le dije que respondiera y decidió terminar la relación. Se fue, y mis planes para nuestro futuro también se marcharon".

"Cuánto lo lamento, Laura", dijo Catherine, mostrando su solidaridad.

"¿Pero sabes qué? No me sentí mal", le conté. "Me sentí realmente libre y poderosa. No lloré ni siquiera un poco. Solo me arrepiento de no haberlo dejado antes. Siempre me maltrató. Después me sentí desanimada, cuando me di cuenta de que estaría sola en Navidad. Además, parece que estoy condenada a pasar toda mi vida sola. Seré como una solterona. Me sentí asombrada por mi presente y mi futuro".

"Entiendo", respondió, exhalando con fuerza. "Me parece que eso fue lo mejor que pudo suceder. Ya no tienes que satisfacer sus necesidades. Tampoco tienes que soportar las sandeces ni el maltrato de ese pendejo. Puedes ser tú misma. ¿Por qué no vamos de compras? Puedes tomar lo que queda de tu trago y vestirte para que salgamos".

"No hay forma de que me niegue a eso", le dije entre risas. "Y no te imaginas lo que significa tu compañía en este momento. Estoy agradecida por tu presencia, y también porque no has dicho, todavía, que ya sabías que esto pasaría".

"Lo haré. Después", dijo. "Te recordaré todo lo que te dije, con cariño y amor, para que no olvides que soy más inteligente que tú y por eso siempre debes escucharme".

"¿Debo hacerlo?".

"Siempre", dijo, y rió.

Tomé el resto de mi vino y me dirigí a mi habitación para buscar otra ropa. Hacía mucho frío, pero las nevadas habían cesado momentáneamente. Recogí mi cabellera con una trenza y me vi en el espejo. Me puse una bufanda pequeña y un suéter. Cerré mi apartamento y fuimos a su auto. Como tenía una camioneta con cauchos idóneos para el frío y mi auto estaba en mi garaje hacía dos meses, ella decidió conducir. Fuimos al centro de la ciudad. Nuestra primera parada fue en mi restaurante favorito de toda la vida, La Torre. Iba con mucha frecuencia.

Siendo adolescente, pedía permiso a mis padres para ir, asegurando que quería comer algo afuera. Había perdido el hábito de ir, pues Leonel iba exclusivamente a restaurantes lujosos. Al volver, la calidez del lugar me hizo evocar que antes de convertirme en una mujer que quería ser amada, era un ser humano que se interesaba en lograr sus metas. Sentí que regresaba a otro hogar.

"Entonces hoy, a mitad de mañana", contó Catherine, tomando agua. "estaba conversando con Lucas, uno de mis compañeros de trabajo... ¿Lo recuerdas? Estuvo en la fiesta de aniversario de la oficina, el año pasado".

"¿El sujeto con pecas que no podía controlar sus palabras totalmente fuera de lugar?".

"¿Te refieres a que dijo que quería chupar tus tetas? Sí, hablo de ese Lucas", dijo, riendo. "Bueno, le comenté que seguramente me ibas a contar que habías roto con Leonel, y así fue. En solo segundos, me pidió que nos viéramos los tres. Le respondí que eso no sucedería. Que preferías

descansar en Navidad. Insistió durante toda la tarde, intentando convencerme y diciéndome que era una mala amiga por no buscarte más compañía, pero no lo logró. Solo hizo que me asustara por su comportamiento. Además, no paró de manejar su motocicleta y se notaba su olor a transpiración".

"Qué asco", dije, con una sonrisa tímida. "Agradezco lo que hiciste para deshacerte de él".

"Siempre lo haré. Es mi deber como amiga", dijo, con tono alegre.

"Vaya. Ya empezó a sonar esa horrible música de Navidad", dije al oír el sonido en los altavoces del restaurante.

Catherine estaba asombrada. "¿Por qué lo dices? Sé que amas estas fechas", dijo. "Si hubiera un San Nicolás en versión femenina, esa serías tú. Además, siempre tendrías un pino navideño en tu apartamento, si el verano te permitiera hacerlo".

"Así es", dije. "Pero ahora no quisiera pasar esta Navidad en soledad. Eso me preocupa".

"No vas a pasarla sola, amiga", aseguró. "Llamé a mi padre y le dije que no iría".

"¿De verdad?".

"De verdad", dijo, con tono jocoso. "Podría estar contigo en lugar de ir a casa de mis padres a responder una y otra vez las preguntas de mi madre sobre cuándo voy a casarme y con quién. Es lo que hace... cada vez que los visito".

"Creo que deberías hablar con ella seriamente", le sugerí, con una risa en mi garganta. "Sé que solo ella se preocupa por ese asunto".

"Así es", respondió, con una gran risa. "Papá, en cambio, se queda sentado, tomando vino mientras ríe y habla hasta quedarse dormido".

"Me alegra mucho que haga eso", respondí, con una sonrisa. "Compraré algunas cosas para la cena navideña y unas botellas de vino. ¡Vamos a pasarla muy bien!".

"De hecho, me gustaría hacer otras cosas", me contó. "Podríamos estar en otro lugar en Navidad. Sería algo nuevo para ti. Así, abandonarías por unas horas ese apartamento en el que hay tantos recuerdos de Leonel. Solo tendrías que disfrutar".

"De acuerdo", contesté. "Ya despertaste mi curiosidad. Cuéntame".

"Podremos ir a Loma Alta", dijo. "Un amigo reservó en el hotel Las Colinas. Como no podrá ir, le dije que no cancelara. Podremos ir por él. Esquiaríamos, tomaríamos muchas cervezas y abriremos nuestros obsequios navideños en su habitación. Hay árboles de Navidad y decoración en todos los dormitorios".

"Se oye muy bien", dije. "Debo cambiar mi vida. Ese sería un excelente comienzo".

La amistad de Catherine me hacía pensar que tenía mucha suerte. Era mi mejor amiga hacía muchos años. Me apoyaba si yo caía, y yo hacía lo mismo por ella. Su personalidad era distinta a la mía, pero nos entendíamos muy bien. No nos permitíamos caer en la depresión ni la tristeza. Era el único ser que me daba ánimos en todo momento. Además, me sugería cómo avanzar. Muchos preferían acompañar a alguien en un momento como ese. Se comportaban como patanes, como el caso de Leonel, pero igualmente me sentí agradecida.

Me encantaba mi profesión y mi apartamento, pero entendía que ese lugar evocaba muchos momentos desagradables. No podía dejar que ese espacio se convirtiera en una prisión, aunque ya mi exnovio se hubiera ido. Podría pasar unos días en un edén de la nieve como Loma Alta. No conocía la zona, aunque siempre había querido hacerlo. Ahora estaba abriéndose una nueva posibilidad para mí.

Catherine probó la ensalada. "Oh, y podremos conocer a algún chico adinerado. Sé que por esta época hay muchos esquiando", aseguró. "Ya me siento lista para conquistar a un anciano con billetes".

"¿Estás oyéndote? Das asco", dije, riendo.

Sonrió. Sus dientes estaban llenos de lechuga. "¿Por qué? ¿No te parezco atractiva?", preguntó.

"Lo eres", afirmé con alegría. "Pero no quiero que uno de esos hombres me vea como un juguete nuevo".

"Te equivocas, amiga", respondió. "Tienes éxito y eres muy atractiva, aun cuando uses ropa de dormir. Eres tú quien convierte a ese hombre en un juguete. Y el hombre que realmente te conquistó será muy afortunado".

"No quisiera pensar en otros hombres justo ahora que la Navidad se acerca y ya no tengo novio", le recordé.

"No tienes porque te dejó. No lo olvides", me dijo. "Por cierto, existe una condición para esta estadía".

"Ya me dejaste clara la parte complicada del asunto", contesté. "Ahora quiero que me hables de esa condición".

"Que tengas relaciones con otro hombre para que olvides a Leonel", respondió. "Estoy segura de que es exactamente lo que te hace falta. Tener sexo animal, primitivo".

"Con unos días en Loma Alta, creo que tendré tiempo para estar con varios", comenté entre risas.

Decidí decirle que aceptaba. Al decirle que estaba de acuerdo, sería el fin del debate. Realmente no quería tener sexo con nadie, aunque solo fuese por una noche, ni empezar otra relación, pero tenía claro que Catherine insistiría hasta que yo cediera. Esperaba conversar con ella sobre los detalles de ese asunto en otro lugar que no fuese un restaurante. Podría ir a Loma Alta sin tener que dormir con un hombre. Me parecía que no tenía otra alternativa.

Estaba feliz de poder viajar. Ya no pensaba en Leonel ni la soledad de mi presente. Se presentaba la posibilidad de bajar mis defensas, atreverme a hacer algo distinto y disfrutar unos días lejos de la ciudad. Además, solo vería a esa gente por unas horas, salvo a Catherine. No había nada que perder.

Guardé silencio mientras pensaba en Loma Alta. Ya había trazado un plan en mi mente. Iría allí, me relajaría, me inspiraría en la nieve para mis futuras novelas y regresaría con otro enfoque sobre mi vida. Un enfoque que ya se alimentaba de mi nueva visión de mujer alegre y con una carrera en ascenso. El descanso estaba cerca. Y me serviría para transformar mi dolor en un renacer lleno de felicidad.

# Capítulo 7

## Marcelo

Mecí mi trago. Las burbujas se agitaban y se acumulaban. Tomé asiento en la barra mientras pensaba en quitarme la ropa para ducharme. Después me acostaría a dormir hasta el día siguiente. Sin embargo, no podía hacerlo. Aún restaban otras clases, lo que me enfadaba. Si bien no entendía el motivo, no tenía ningún deseo de conversar con nadie, ni siquiera con la chica sensual que iba hacia mi silla.

Tomé aire al ver que estaba cada vez más cerca. Intenté darme aliento. Obviamente desearía iniciar una charla, pero yo no compartía ese deseo. El día había sido agotador, y ni siquiera había terminado.

Se sentó a mi lado. "¿Qué tal?", me preguntó. Lucía contenta. "Me llamo Glenda. He notado que vienes aquí después de esquiar. Quise acercarme y conocerte".

"Hola, Glenda", dije, aburrido. "Mi nombre es Marcelo".

"Es un placer, Marcelo", respondió. "Mis amigas y yo vimos cómo dabas tus clases con tu compañero. Eso fue fantástico. De hecho, despertaste mi interés en el esquí".

"Qué bueno", respondí, con desinterés. "Entiendo que eso sucede con muchas chicas".

Era una mujer muy sexy y quería llevarme a la cama. Reunía las características de las chicas que solía buscar. Y aunque no tenía ánimos para cruzar más palabras con ella, no tenía forma de salir de allí. Simplemente quería tomar una copa para distraerme. Solo podía tener algunos minutos libres antes de retomar las clases, en las que vería a numerosos hombres ricos y chicas con grandes superficiales con grandes sonrisas.

Como no podía huir y tampoco deseaba lastimarla, giré para escuchar sus palabras. Hablaba de su viaje a Los Trigales, de lo mucho que le gustaba el invierno y de muchas cosas más de las que hablaba la gente normal. Levanté mi vaso y tomé otro trago, y noté que las puertas principales del hotel se abrían. Siguió conversando, pero despegué mi atención de la charla.

Sentí algo raro en mi pecho. Parecía que me había quedado sin palabras y no podía moverme. Vi pasar a una chica muy hermosa, tal vez la más linda que había visto jamás. Su cabellera castaña, adornado con algunos toques rojos aportados por el sol, llegaba casi hasta su cintura. Entró en el vestíbulo y abrí mi boca de par en par. Aunque se notaba su emoción, también palpé su timidez. Caminaba detrás de su amiga y escuché sus pasos sobre el piso rústico. Su mirada potente estaba llena del verdor de sus ojos. Me impresioné tanto que no pude oír la pregunta que me hacía mi compañera.

"Marcelo, ¿estás aquí?", preguntó, con una sonrisa. "¿Te pasa algo?".

Me puse de pie para ver mejor a la otra chica. "¿Perdón?", le pregunté. "Oh, sí. Espero que me disculpes, pero debo irme. Me encantó charlar contigo. Ojalá disfrutes tus días en el hotel".

"Bueno... de acuerdo", respondió, girando para ver quién estaba captando mi atención. "En ese caso, hasta luego".

Busqué un billete de cincuenta pesos para dárselo como propina a mi camarero. Sonrió mientras me tomaba el resto de mi cerveza. Debía conocer a esa nueva chica, una mujer blanca con cabello castaño que estaba entrando al hotel y también a mi presente. Caminé por el vestíbulo para hablar por ella, pero ya no estaba. De hecho, ya no había nadie allí. Los recién llegados estaban ya en sus dormitorios o las montañas. Salí por las puertas principales para saber si estaba afuera, pero el sonido del ascensor me detuvo.

Di vuelta y me dirigí de prisa hacia él, pero las puertas se cerraban. La miré rápidamente, aunque no notó mi presencia. Apenas pude ver parte de su cara y el rostro de su amiga conversando con ella. Debía saber de quién se trataba y qué hacía allí. Era la primera vez en mi vida que sentía tanta emoción al ver a una chica.

¿De qué modo podría obtener información sobre ella? Me pareció que se había convertido en una obsesión. Quizás estaba haciendo exactamente lo que quería evitar, pero no pensé en ello en ese instante. Mi meta principal era llegar hasta ella y presentarme. Giré otra vez para ver el vestíbulo. Avancé hasta la recepción. Me convencí de que la influencia que tenía en el hotel serviría para obtener los datos que buscaba. En caso de que no fuese suficiente, la recepcionista no podría resistirse a mi sonrisa. Pero no pude caminar más. Pablo estaba llegando del baño del vestíbulo. Aseó sus manos y lanzó los trozos de papel en el cesto de basura. Entonces llegó a mi lado.

"¿Dónde estabas?", preguntó. "Estaba buscándote para informarte que está cayendo mucha nieve en las colinas. No habrá clases esta tarde".

"Estupenda noticia", respondí, concentrando mi atención en la recepción y el vestíbulo.

"¿Te encuentres bien, amigo? Noté que conversabas con esa belleza mientras tomabas", dijo, con tono alegre. "Creí que la llevarías al 'dormitorio del placer'".

Estaba analizando lo que me ocurría. Por primera vez sentía un deseo genuino de ver a alguien. Lo tomé como una señal. Debía conversar con ella. Tal vez era una chica artificial o una loca, pero logró en solo un momento que dejara de pensar en cómo llevarla a la cama rápidamente. Muchos hombres huirían ante una situación como esa, pero no era mi caso. Lo tomaba como un reto personal, un reto que aceptaría sin pensar. No me moví mientras veía la recepción. Pablo no paraba de charlar, aunque no oía nada en absoluto. El bosque de su mirada se había anclado en mi mente, tal como había sucedido con su trasero seductor, y sus senos moviéndose abajo y arriba cuando se inclinó para tomar su equipaje. No le había prestado atención a Pablo.

"¿Estás aquí?", me preguntó Pablo mientras movía su cabeza. "¿Adónde te fuiste? ¿Te extraviaste?".

"¿Cómo dices?".

"¿Qué tienes, Marcelo?".

"Nada. Solo que vi a una chica que me paralizó", respondí, negando con mi cara. "Su cuerpo me encantó. Era una chica de gran estatura, con muchas curvas y una linda sonrisa, cabellera color castaño. Y esa mirada, carajo. Su mirada felina me atrajo de inmediato. Vine a buscarla, pero no pude conocerla. Ya había subido por el ascensor".

"Guao. Aparentemente es muy hermosa", comentó. "¿De verdad te sientes bien? Hasta donde recuerdo, ninguna chica te había puesto así".



"Lo estoy", respondí, y luego exhalé. "Es solo que me sorprendió. Me sorprendió mucho, honestamente".

"Imagino que no oíste lo que dije de las lecciones".

"Te oí. No habrá más lecciones por el resto del día", respondí, entrando de nuevo en el tema. "Por una parte lo lamento, pero por otra me siento contento. No tenía ningún deseo de continuar con las clases. No me sentía muy animado, aunque no sé por qué".

"Pero la chica de mirada profunda llegó y te despertó", dijo, con una sonrisa. "Debería ir a buscarla para que te despierte y te envíe conmigo cuando te necesite. Incluso podría pagarle".

"Muy gracioso", le dije.

"¿Te gustaría tomar una copa acá?"

"No por ahora. De hecho, dejé de tomar con la chica con quien estaba para buscar a la chica de ojos verdes", dije, abriendo mis ojos de par en par. "No creo que sea buena idea llegar al bar otra vez. Se veía un tanto frustrada cuando me despedí de ella".

"Imagino por qué se sentía así", dijo, entre risas. "De acuerdo, amigo. Nos vemos más tarde, si te parece bien. Podríamos ir a las montañas un rato a esquiar, si la nieve lo permite. Sé que te encantaría".

"Puede ser", dije, viendo hacia la entrada. "Voy a subir a mi dormitorio, en caso de que necesites algo".

"Estupendo, amigo", respondió. Se despidió y fue a su habitación.

Tomé aire y pasé mi mirada por todo el lugar. Los aromas de durazno y lavanda se mezclaban en el pequeño espacio. ¿Sería el olor de la chica que buscaba? ¿Sería el mismo perfume que sentirían mis fosas nasales si me acercaba a ella? ¿Me agradaría del mismo modo? Quizás subir, encender la televisión y tomar otra cerveza sería una buena idea para superar lo que sucedía y olvidar ese aroma. Subí por el ascensor. Llegué a mi piso y crucé a la derecha para llegar a mi dormitorio. Abrí la puerta y la cerré, quitándome las botas y sacudiendo mi chaqueta para quitarme la nieve sobre ella. Busqué unos pantalones y una camiseta gruesa. Encendí el televisor y me recosté en el sofá.

La imagen de la chica llegaba a mis pensamientos cada cinco segundos. Tomé aire mientras pasaba por los canales, aunque nada de lo que veía me interesaba. Si finalmente me acercaba a ella, ¿qué sucedería? Se veía segura de sí misma. No lucía como ninguna de las chicas con las que me había acostado.

Al parecer, quería mostrar su personalidad sin pensar en lo que dijera el resto de la gente. No se dejaría llevar por un tipo con sonrisa sensual como yo. ¿Qué pasaría si esa fuese su personalidad? ¿Quedaría en ridículo frente a ella? Exhalé profundamente, cambiando de nuevo los canales mientras estiraba mi cuerpo. Pensé que Pablo quizás decía la verdad. Debía dejar de pensar, tomar mi equipo de esquí y salir a la montaña para pensar en otra cosa. Era evidente que esta chica, a quien no conocía y tenía una personalidad aparentemente distinta a la mía, estaba alterando mi normalidad.

Ninguno de los programas me parecía interesante. Decidí apagar la televisión. Me puse de pie

para ver por la ventana. Tomé mi celular para revisar las condiciones climáticas. Según los informes más recientes, en unos minutos dejaría de nevar. Vi las montañas y comprobé que los senderos eran visibles.

Era una buena noticia, porque significaba que podría esquiar. Los senderos se abrirían de nuevo, pero como no habría clases, tendría tiempo para estar a solas. Hacía muchos años que no lo hacía. Sonreí al recordarlo y sacudí mi cara. Bajé mi cara y noté que había dos chicas en el patio. Se trataba de la chica que me había hecho enloquecer y de su amiga. Vi sus caras por unos segundos mientras mi mente me pedía ir hasta ella con prisa. No habría forma de que la olvidara. Debía conocerla.

Giré y fui con prisa a buscar mis cosas. Tomé mi chaqueta para esquiar, me puse los calcetines y los zapatos y dejé mis llaves en mi bolsillo. Abandoné el dormitorio y a toda velocidad llegué al ascensor, y aunque presioné el botón, no llegó. Estaba moviéndose con tanta lentitud que me exacerbé. Decidí tomar las escaleras. Lo hice con toda la rapidez posible. Recordé que debía bajar apenas cuatro pisos. Llegué al vestíbulo rápidamente, pero debí calmarme para tomar aire. Me abrí paso entre la gente y salí por la puerta principal. Reí por mi comportamiento. Levanté la vista para ubicar mi dormitorio, y me orienté con él. Caminé por el sendero del lado derecho de la entrada del hotel.

Estaba contento, pero al llegar a la ubicación de las chicas, ya no había nadie. Pasé con mi mirada por las cercanías para saber si estaban por allí. Apenas se veían las huellas de ambas. Entonces exhalé con ansias: había dejado mi gorro en la habitación. Crucé mis brazos sobre mi pecho. Tuve que regresar al hotel. El frío estaba afectándome. Sacudí mis botas para quitar la nieve de ella, y vi el paisaje otra vez. Ahora mi deseo era mayor: tenía que encontrarla. Y pronto.

## Capítulo 8

### Laura

La majestuosidad del lugar era impresionante. "Busquemos algo para entretenernos", sugerí.

Pasé por la entrada y me sentí feliz. Era una porción del paraíso en la tierra. Un paraíso blanco. Los copos de nieve, de blanco puro, caían sobre mis hombros y frente a mí. Los rayos del sol se colaban por los pinos, y noté que en las cimas de las montañas ya estaba despejado. Era una imagen espectacular, incluso más de lo que se veía en las fotografías y postales de Loma Alta. Estando allí, comprendí por qué tanta gente amaba ese lugar.

No sabía qué costo tenía una noche en un dormitorio de nuestro hotel, pero sí sabía que era mucho dinero, pues la ropa de los huéspedes y sus relojes y celulares daban cuenta de lo adinerados que eran. Catherine, por su parte, no escatimaba en gastos. Hacía mucho dinero con sus inversiones en bienes raíces, además de que su padre tenía una gran fortuna. Además, tenía un fideicomiso que eliminaba todas sus preocupaciones. Adicionalmente, había tenido dos buenas ventas de apartamentos en fechas recientes, por lo que supuse que esa ganancia estaba pagando parte de nuestra estadía.

"Podríamos ir al centro de la ciudad para comprar algunas cosas", respondió. "Me han contado que las tiendas de Loma Alta son excelentes. Si lo hacemos, podemos tomarnos la tarde de mañana para esquiar. Es una parada obligada en Loma Alta. Tenemos que hacerlo al menos en una ocasión. Tal vez haya gente que venga y no esquíe, pero no quiero que sea mi caso. Creo que la nieve cayendo en tu nariz y que tu cuerpo se mueva por los senderos será una experiencia agradable para ti".

"Parece que olvidaste que no sé esquiar".

"Eso no es tan importante", respondió, mientras levantaba sus manos.

"De acuerdo, pero igualmente deberíamos tomar alguna clase o algo parecido si queremos bajar por un sendero con unos esquíes", respondí, con tono de broma. "Estamos de vacaciones. No quisiera caer ni tener fracturas".

"Eso no será problema. Mis amigas me han contado que este hotel siempre contrata a los mejores profesores de nuestro país", contó, con una amplia sonrisa. "Nos convertiremos en expertas en poco tiempo. Como iremos al centro de Loma Alta, compraremos nuestra ropa para esquiar. Así no nos congelaremos. No quiero rentar ropa. Siento que estoy usando ropa vieja. Me hace entrar en pánico. Además, hay un centro de esquí en nuestra ciudad. Será útil si decidimos esquiar allá. Y si no lo hacemos, los conservaremos hasta que volvamos a Loma Alta".

"No creo que pueda volver a este lugar. No tengo suficiente dinero", dije, y reí. "Igualmente te agradezco que me hayas traído. Creo que ya me siento mejor. Este paisaje es maravilloso".

"Me alegra saberlo. Es la razón por la que te traje, relajarte y que entiendas que tu exnovio fue una gran cagada y nunca debiste estar con él", respondió, con una gran sonrisa. "Entremos. Busquemos datos sobre los profesores y tomemos algo. Después iremos al centro a comprar las cosas".

"Estupendo".

Volvimos al frente de nuestro hotel. La realidad me hacía feliz: estaba en un hotel precioso, con un

paisaje lleno de blanco. Los huéspedes que me rodeaban no estaban allí para olvidar exnovios, pero Catherine era buena para encontrar parajes que me permitieran tranquilizarme.

La entrada de nuestro hotel me parecía mágica. Se notaba la calidad de los acabados. Era una sala amplia, con techos elevados y pisos rústicos de cerámica. Tenía aires modernos, aunque los detalles, como las velas y los cuadros, le daban un aire de antigüedad. Me impresionó lo elegante que era cada detalle. Era lo mismo que sucedía con nuestros dormitorios. En ellas había grandes camas, con sábanas blancas y suaves.

Nos quedaríamos en una habitación doble, con un baño y una cocina. Había un par de chimeneas, además de una que estaba en la sala de estar. Afortunadamente se encendían con gas, porque no sabía cómo encenderla con leña. Noté que las personas lucían equipos de esquí recientes. Además, las chicas se preparaban con maquillaje antes de salir a esquiar. ¿Por qué lo hacían? Me parecía inútil. La nieve haría que se vieran como unos zorrillos.

Llegamos al escritorio de uno de los conserjes. Era un señor mayor. Sonrió amablemente. Tomó unos apuntes y luego se detuvo. Nos hizo una reverencia al ver que nos acercábamos. Catherine sonrió y empezó a hablar.

"Buenas tardes", dijo con alegría. "¿Es posible que nos dé un listado de los instructores de esquí del hotel? De ese modo, podremos seleccionar uno e inscribirnos en una de sus clases".

"Por supuesto", dijo, sonriendo. Buscó una hoja de papel. La extendió para que lo tomáramos. "Los primeros del listado, Pablo y Marcelo, son los especialistas. Además, su atención es personalizada. Sus lecciones son las mejores. No tienen disponibilidad hasta Navidad, pero al parecer cuatro estudiantes cancelaron sus lecciones de mañana. Puedo programar un turno para ustedes, si lo desean".

"Estupendo", respondió Catherine. "Cargue los montos a mi habitación".

"De acuerdo", respondió. "Nuestros conserjes las acompañarán al ascensor. Luego los guiarán al centro de esquí de la montaña. En esta tarjeta anotaré la hora".

"Suena fenomenal", dijo, guardando la tarjeta con la información.

"Solo debo pedirle que sea cuidadoso con sus equipos durante su lección", dijo, con una sonrisa. "Nuestros conserjes las esperarán al pie de las montañas para tomar sus equipos, limpiarlos y llevarlos a sus dormitorios".

"Vaya. Qué emocionante", dije. "Me habían dicho que lo hacían, y ahora veo que es verdad. Le agradezco toda la ayuda".

"De nada. Espero que disfruten su estadía en el hotel", dijo, asintiendo y sonriendo.

Giramos para llevar a la sala de estar. Había poca gente allí. Escuché un ritmo sosegado que venía de los altavoces del hotel. La sala tenía madera oscura en el piso y mármol en las mesas y mostradores. Tuve miedo de tropezar con algo y estropearlos, por lo que di pasos lentos detrás de Catherine. Luego me senté a su lado. Ordenó vino de la bodega del hotel y esperamos, tranquilas y sonrientes, que nos lo sirvieran.

"Cuéntame cómo te has sentido".

"Feliz. La soledad ya no me preocupa para nada", le conté. "Creo que con cada hora que pasa, me

siento mejor. Y en cuanto a Leonel, estoy confundida todavía, o eso creo. Abusó de mí, pero ahora estoy contenta de que ya no tenga que estar con él. Esta distancia me permite darme cuenta del sufrimiento que me ocasionó.

Ya no tendré que casarme ni soportarlo. No obstante, me siento un tanto... extraviada. Ahora no sé qué persona era. Me convertí en su compañera, y eso es todo lo que he sido. Ahora debo esforzarme para saber quién soy, cuál es mi verdadera personalidad. Eso me perturba".

"Te entiendo. Es normal", contestó ella. "Lo que trato de decirte es que, aun cuando tu relación hubiera sido excelente, al romper te sientes de ese modo, perdida. Además, no fue tu caso. Ese pendejo por poco te destroza la vida".

"Lo sé", dije. El camarero llegó con nuestros tragos y lo probé. "En cualquier caso, me siento bien, en líneas generales. Y ahora que estoy aquí, quiero invertir parte de esta estadía para encontrarme conmigo misma. Me siento contenta. Nunca hubiera pensado que eso pasaría al terminar con él".

"Estupendo", dijo, probando su vino. "Debemos concentrarnos en comprar nuestras ropas para esquiar y disfrutar ese momento mañana".

"Esa idea no me genera tanta emoción", confesé, con una risa. "De todas formas, estamos en vacaciones. Quiero atreverme a hacer algo diferente".

"Oh, y recuerda que debes buscar a un esquiador sexy para que pases una noche con él", dijo, riéndose.

"Lo sé, lo sé", dije, sintiéndome sorprendida. "Voy a hacerlo".

Al terminar nuestra botella, seguimos conversando sobre el hotel, los planes que habíamos hecho y el tipo de hombre con el que ella también planeaba acostarse. Catherine tampoco tenía novio, algo que por poco olvido. Nuestra estadía en el hotel era un fin de semana de amigas solteras. Eso me hizo pensar que, si ella conocía a un hombre, tal vez olvidaría esa idea de que yo tuviera sexo con un tipo. Mi pasado reciente no se parecía en absoluto a ese plan, pero tal vez allí radicaba lo interesante. Tomé aire mientras me lo planteaba a mí misma. Sería como un reinicio para mí. No tenía como hábito intentar conquistar un hombre, y menos acostarme rápidamente con él. Catherine era más atrevida y risueña, y yo en cambio estaba tras las sombras, siempre con temor a iniciar una conversación. Sabía que los grandes escritores, los que tenían un aura de misterio, solo le atraían a la gente si eran del sexo masculino.

Vi fijamente a Catherine. Luego bajé mi cara para ver mi copa. Ya estaba preparada para salir, aunque yo quería descansar un poco tras el viaje. Vi mi celular para saber qué hora era. Luego volví a verla.

"Subiré a la habitación para tomar una ducha y luego nos iremos", le comenté. "En menos de quince minutos estaré de vuelta para que vayamos al centro"

"De acuerdo", dijo, llamando al camarero para pedir otra copa. "Voy a esperarte aquí".

Me puse de pie y tomé mi suéter. "Estupendo", dije.

Abandoné el bar. Me dirigí con calma hacia el ascensor. Sonreí mientras veía a otros huéspedes. Presioné el botón y vi que otro ascensor se abría. Luego de que todos bajaran, entré y las puertas

se cerraron. Presioné el botón para subir y vi al techo. Una silueta masculina se agitaba frente al ascensor. Iba a abrir el ascensor para que pasara, pero no pude moverme. Se notaba nervioso, como si huyera de alguien o quisiera encontrar a otra persona. Su imagen era muy provocativa.

Tal vez era el sujeto más sexy que había visto. Lucía musculoso en su camiseta. Sin duda era parte de un equipo de esquí o algo similar, y era muy sexy y viril. Sus cabellos eran negros y copiosos, y noté el marrón de sus ojos. Me asombró la diferencia de los tonos. Había subido sus mangas y noté que tenía tatuajes en ambos antebrazos.

En mi mente, la imagen de un sujeto tatuado me había parecido muy sensual toda la vida, pero al verlo, sentí que me había quedado corta. Puse mi espalda sobre la pared y suspiré. El ascensor subió y pude relajarme. Era la primera vez que un hombre me había atraído de ese modo. Leonel me había parecido atractivo cuando lo vi, pero no me causó una emoción como la que estaba sintiendo en ese momento.

Me pareció incluso que debía tener algún detalle, algún defecto que disminuyera su sensualidad. No era posible que un hombre tan sexy fuese tan perfecto. Pero el calor que brotaba de mi pecho y la temperatura que subía en mis muslos me hicieron pensar que eso no importaba. Tal vez Catherine tenía razón. Había llegado el momento de tener sexo con un hombre en este hotel. Incluso podría acostarme con ese hombre tan sexy y con tantos tatuajes.

## Capítulo 9

### Marcelo

El viernes había comenzado. Eso quería decir que tendría mil ocupaciones en el fin de semana que se iniciaba. Hubo muchos estudiantes en la primera clase. Se trataba de un grupo del primer nivel, por lo que debíamos tomar más tiempo para la lección.

Debíamos hablarles del equipo, los movimientos que debían hacer en las pistas y las señales de alerta. Dimos casi toda la clase afuera, para que pudieran quitarse y ponerse los esquíes con tranquilidad. El clima era muy frío, pero tan soportable como en otras ocasiones.

Años de experiencia en climas fríos habían hecho que me adaptara. Como cuatro estudiantes habían cancelado un día antes, no tuve que organizar nada más. Eso me alegró, pues el agotamiento estaba haciendo mella en mis músculos. Había tomado una ducha caliente en la noche, pero no había sido suficiente. El sedentarismo de mi vida en los últimos meses estaba pasándome una gran factura.

"Cuéntame", pidió Pablo. Abrió la caja con el equipo de esquí. "¿Pudiste hablar con la chica que buscabas?"

"Pues... no", le conté. "Subí las escaleras, vi el patio por la ventana y me di cuenta de que estaba allí. Tomé mis cosas y bajé con prisa. Sentí que los pies se me congelaban. Y no lo logré. Ya no estaba cuando llegué. Tampoco estaba dentro. Volví y fui al bar para tomar algo. Cuando dejó de nevar, fui a pasear por unas horas".

"Ahora entiendo por qué luces como la mierda".

"Tal vez no hice los ejercicios de calentamiento", respondí, con una sonrisa. "En cualquier caso, la chica no salió de mi mente ni un instante. No pude distraerme".

"Vaya, vaya", respondió. Tenía una gran sonrisa. "Jamás hubiera creído que eso pasaría. ¿Me dices que hay una chica que no logras sacar de tu mente?"

"No tienes que burlarte de mí", dije, con tono alegre. "Es solo que es muy atractiva y quiero conocerla. No creo que vaya a cambiar".

"Entiendo", dijo. "Es normal. De hecho, es muy normal. Buscas a una chica, no puedes encontrarla y luego no puedes sacarla de tu mente".

"¿Por qué sigues burlándote?, le pregunté, con tono quejoso. "No se trata de cualquier chica. No sabes cómo es. Te aseguro que, al verla, también la habrías buscado sin pensar en el clima".

"Seguramente no lo habría hecho", dijo, y luego rió. "Pero habría pagado por ver cómo te congelabas las bolas afuera, buscando a una chica en medio de una nevada. Me alegra saber que posiblemente, solo posiblemente, no eres tan pendejo como aparentas".

"Eso no es verdad", dije, sonriendo.

Organizamos todos los equipos al ver que los novatos estaban llegando. Con nuestra ayuda, descendieron del ascensor lentamente. Les indicamos dónde ubicarse y qué preparativos debían

tener para la lección. Noté que cada uno de ellos había comprado equipos nuevos y costosos, además de ropa para esquiar. Supuse que los tonos amarillos eran una tendencia, pues la mayoría parecía un grupo de canarios.

Había dos chicas que no usaban atuendos de ese color. Estaban de pie, detrás de todos. Estaban al fondo, pero sus figuras me permitieron descubrir que eran mujeres. Tenían grandes chaquetas de varios colores, además de gafas de sol. Sus ropas eran claras. Si también hubieran tenido ropa brillante, podría haber perdido la vista. Me fijé en Pablo. Él veía al resto de los estudiantes, movía su cara y subía los brazos. Estaba comenzando la lección, como de costumbre, mientras yo me quedaba de pie, abriendo el equipo para explicar su funcionamiento y el propósito de cada parte.

"En estos pestillos meterán sus botas", contó Pablo mientras tomaba el par de botas. "Quiero que lo vean. No tienen que hacerlo por ahora. Después lo haremos, juntos".

Me di cuenta de que las chicas del fondo intentaban alzar sus caras para escuchar las instrucciones y ver el equipo. Parecían los ayudantes de Santa Claus. La más pequeña por poco cae. Se apoyó en la más alta y casi derriba al resto de la clase. Bajé mi cara para que nadie notara mi sonrisa. Las ataduras que habían hecho en toda su ropa las hacía ver muy ridículas, pero me detuve a pensar que tal vez venían de una ciudad con un clima caluroso y los vendedores de las tiendas de Loma Alta las habían convencido de que debían comprar de todo, aunque fuese innecesario y seguramente solo iban a estar en el hotel por unos días.

Pensé que les resultaría difícil atender una llamada en sus celulares por el grosor de sus guantes. Supuse que a los ricos no les importaba comprar ropa que solo usarían por unos días, aunque fuese costosa.

No había ventiscas tan fuertes como el día anterior. Pensé que, si tuviera ropa tan gruesa y atada como las de las chicas, ya habría tenido fiebre o problemas de presión arterial. Pero en mi caso, ya estaba habituado a los climas fríos. De hecho, habíamos estado en una ocasión trabajando para la entidad de parques y reservas naturales. Nos buscaron para entrenar a un grupo de esquiadores que estarían en Rusia para subir a las montañas más altas. Esos parajes eran maravillosos, pero el frío era tan fuerte que rápidamente congelaba los dedos.

Tuve que pedirles que fuésemos a una ciudad cercana para comprar ropa de invierno más gruesa. Ahora, al ver al par de chicas, recordé cómo lucía yo entonces. Pero había una sutil diferencia: en Rusia podía moverme, pero ellas ahora no podían hacerlo. De tropezar, la gruesa ropa impediría que se hicieran daño.

Pablo terminó y empezamos a ayudar a los principiantes a moverse. Él se quedó con los alumnos de la parte delantera y me pidió ayudar a los paquetes, o mejor dicho, a las chicas. No paró de reírse de mí. Me dirigí a ellas para ayudarlas. Se notaba la ansiedad de la chica de menor estatura. Luego comenzó a reír y se sentó. Negué con mi cara, en un intento de evitar que se sintieran humilladas. Me pidió que ayudara a su amiga en lugar de perder mi tiempo con ella.

"Díganme sus nombres, por favor", les pedí.

"Catherine", dijo la chica sentada en la nieve.

"Laura", dijo la otra, con una leve risa.



"¿Vienen de Arco Azul?".

"No", dijo Laura entre risas. "Tal vez parezca mentira, pero venimos de Monte Blanco. Seguramente nuestros atuendos hagan pensar a la gente que es la primera vez que estamos en un clima como este".

"No iba a comentarles nada, chicas", les dije, intentando calmar mi risa.

Noté que sonreía, pero no pude ver su boca. "Me consuela saber que me sentiré caliente al volver al hotel", dijo.

"¿Puedes mostrarme cómo te pondrías los esquíes?", le pedí, a sus espaldas.

Puso sus pies en los aparatos. Empezó a reír y quejarse. Flexionó sus rodillas para obligarse a poner su cuerpo sobre los esquíes. Subió para apoyarse en los postes y no caer. Se movió en varias direcciones. Noté que tenía cierta agilidad. De hecho, era tan rápida que podía haber tomado clases del nivel intermedio. Me sorprendió comprobar las destrezas que tenía.

"¿Han esquiado antes?".

"Sí, pero no recuerdo cuándo", contó Laura. "No había comprado equipos para esquiar hasta ahora. Aunque tal vez no nos creas, ambas vivimos en una ciudad con nieve, pero no podemos esquiar pues trabajamos mucho".

"Interesante. ¿En qué trabajas?".

"Escribo. Escribo novelas ‘en las sombras’", contó.

"¿‘En las sombras’?".

"Sí. Escribo para una compañía editorial, con escritores que realmente no escriben nada, pero quieren publicar historias", contó. "Escribo para ellos, la editorial revisa el material y luego lo publica con el nombre de ese autor".

"Guao", respondí. "Estoy enterándome de la existencia de profesionales como tú".

"Mucha gente no nos conoce", respondió Laura entre risas.

"De acuerdo, Catherine", dije. La tomé por su mano para ayudarla a ponerse de pie. "Ahora cuéntame de ti".

Le costó más tiempo y esfuerzo ponerse de pie. No obstante, podría tomar la primera clase sin riesgo de lastimarse. O por lo menos ese era mi deseo. Me sentí atraído por Laura. Aparentaba ser una chica tranquila y llena de dulzura. Además, lucía como alguien de mi edad. Pero el disfraz que ocultaba su cuerpo no permitía que viera algo más que sus mejillas. Esa era una mala noticia para mí, o tal vez buena, en función del cuerpo que tuviera y que yo no había visto.

"Estupendo", dije en voz alta mientras giraba. "¿Ya todos están preparados para dar una vuelta por la montaña?".

"Sí", respondieron todos con fuerza.

"Las damas deberían bajar primero".

"De acuerdo", respondió Catherine.

"Es una gran idea. El resto nos usaría como almohada en caso de que caigamos", dijo Laura con

risas.

Catherine se movió para quedar en un extremo de la montaña. Lentamente fue bajando, lanzando chillidos mientras lo hacía. Tras unos momentos, Laura hizo lo mismo, con destreza notoria. Sus movimientos me asombraron. Había aprendido todo con rapidez. Recorrió la nieve con calma, balanceándose de un extremo a otro con soltura.

El paseo con los esquís en el sendero completaba la lección de la tarde, lo que me motivaba a cerciorarme de que todos descendieran con calma y no se lesionaran. Cuando llegaban ilesos, me parecía que me convertía en un mejor profesor. Además, me gustaba revisar los equipos, para ver que no los hubieran estropeado. Los primeros aprendices llegaron, y sus sonrisas alegres me contagiaron su felicidad. Los ayudé a parar mientras aplaudían y se felicitaban.

Cada uno de los aprendices llegó a la parte más baja de la montaña. Los esperé a todos, invitándoles a hacerse a un lado para que los demás encontraran el camino despejado. Laura inclinó un poco su cuerpo y luego se quitó sus gafas y su gorro. Los cabellos castaños de su cabellera captaron mi atención. Reía animadamente y se esforzó para no caer. Parpadeé un poco ante la sorpresa. Mostró una amplia sonrisa, que se semejaba a los rayos del sol. El ambiente lleno de blancura le aportaba aún más belleza de la que ya sentía. Me quedé impactado por lo que observé. El siguiente aprendiz bajó y lo ayudé a detenerse, haciendo luego una pausa para ver la cara de Laura. Se trataba de la misma chica que había estado buscando antes, cuando la había visto llegar al hotel. Aunque habíamos conversado durante toda la clase, no había sabido de quién se trataba. Carajo. Tuve una ocasión de oro y la había desperdiciado, aunque sí había podido conocerla un poco. ¿Cómo había podido ser tan tonto?

Vi a Pablo y él notó mi sorpresa. Se acercó a mí y tocó mi antebrazo. Se fijó en las dos chicas. Ellas se movían de un lugar a otro. Giró e hizo un leve ruido con su garganta.

"¿Sucede algo?"

"Es ella", le revelé, aún impactado. "Es la chica que estaba ayer en el hotel".

"¿La que estaba envuelta como un juguete nuevo?"

"La misma", dije, riendo ligeramente.

Pablo rió y dio unos pasos. Comenzó a revisar los equipos de esquí de cada uno de los aprendices. Todos habían bajado ilesos, sin ningún percance ni problema de salud. Pero no podía pensar en ellos. Quería subir para volver a ver a Laura. No obstante, aunque todos ya habían bajado, ellas no estaban en el grupo. Bajé mis gafas y sujeté mis pies a mis esquís. Tenía que encontrarla. Subí con prisa, para que Pablo no me sugiriera quedarme.

## Capítulo 10

### Laura

Subimos desde la parte más baja de la montaña. Reímos y reímos hasta que nos quedamos sin aire. Giré un poco para ver las laderas. Catherine tomó mi mano para mantener mi equilibrio. Observé de nuevo al sujeto de gran tamaño y músculos pronunciados, cuya silueta se había asomado por el cristal de mi ascensor. Se trataba del mismo hombre. El sujeto de los tatuajes. Y ya sabía su nombre. Marcelo. Era quien me enseñaba a esquiar. Catherine me observaba mientras subíamos. Sonreí animadamente.

Nos sentamos en unos bancos y dos conserjes se acercaron para llevar nuestros equipos de esquí a nuestra habitación. Mis músculos estaban tan rígidos que había podido moverme muy poco. El esquí y la nieve me gustaban, pero tenía claro que debía soltarme más y usar ropa más ligera para pasarla bien. Apenas pude zigzaguear un poco al final de la montaña y por poco caí. A pesar de ese traspie, me sentí muy bien. No había disfrutado tanto en mucho tiempo. Además, Catherine estaba a mi lado y me alegraba la tarde.

Regresamos al hotel, pasamos por la entrada principal y nos quitamos algunos de nuestros suéteres. Un conserje las tomó con el fin de ponerlas en nuestro dormitorio. Llegamos al bar y una vez allí tomamos asiento. Pedimos cafés calientes para calentarnos un poco y prolongar nuestra relajación. El rojo de mis mejillas, la única parte de mi cuerpo que había recibido rayos del sol, era notable. Sentí la temperatura un poco alta del hotel de inmediato. Afortunadamente ya me había quitado algunos suéteres, pues de lo contrario ya habría empezado a sudar como un pollo en un horno.

"¿Qué tal te pareció la experiencia?", me preguntó Catherine.

"Bueno, tal parece que podría convertirme en una gran aficionada de ese deporte", dije, impresionada por mis palabras. "No obstante, sentí que me había convertido en una cebolla, llena de capas, mientras bajaba por la montaña. Creo que para la próxima ocasión me vestiré de un modo más ligero. Afortunadamente no había niños entre los estudiantes".

"Lo sé. Habrían entrado en pánico al vernos. O tal vez se hubieran acercado para tomarse fotografías con nosotros, creyendo que éramos fenómenos", comentó, con una gran risa. "A pesar de todo, creo que podríamos dedicarle más tiempo a esta actividad. Podríamos buscar dos sujetos sexys que nos sirvan como compañeros".

"En todas las actividades incluyes a los hombres", respondí, y reí. "Podría pasarla bien, aunque no esté con un hombre, cada vez que esquíe hasta llegar a la parte baja de las montañas. Pero solo podría hacerlo con esos remotes. Sería imposible para mí recorrer todo el trayecto de ida y vuelta sin ellos. Esa ausencia le quitaría toda la diversión al paseo".

"Entiendo", dijo, con tono alegre. "Si no estuvieran, nos habríamos quedado a mitad de la montaña sin aire, pensando en morir de frío en lugar de terminar el recorrido. Gracias al cielo compramos todo el equipo. Sé que eventualmente lo usaremos al volver. Pienso en ellos y creo que podríamos romper cada cierto tiempo con la rutina".

"Oye, no es el fin de nuestras vacaciones", dije, con una sonrisa. "Apenas llevamos dos días aquí. Aún podemos esquiar varias tardes más".

Levantó su café para brindar conmigo. "Puedes estar segura de que así será", dijo.

"Hablando de ese tema, uno de nuestros instructores, Marcelo, estaba frente a mi ascensor ayer. Lo vi cuando bajé para lo de nuestras compras", le conté, con calma.

"Sin duda es un buen tipo. Y esos tatuajes... Vaya, son deliciosos", respondió.

"Lo son", dije. "Sinceramente, me parece uno de los sujetos más sexys que he visto. Solo imagínatelo con una camiseta y unos pantalones cortos, tal como yo lo vi. Parecía un paquete muy, muy apretado".

"Vaya. Oigo campanas de amor por esta zona", aseguró Catherine con una risa.

Mis mejillas se ruborizaron. "Te equivocas", dije. "Solo creo que es un hombre... muy atractivo. Pero eso no me preocupa. Sé que no se fijará en mí. Solo estará pendiente de los huéspedes de este hotel. Todas parecen sacadas de una revista de modelaje".

"Por Dios, Laura. Eres tan bella como ellas. Incluso más", aseguró. "Y no solo eso. Estás llena de atributos, como tu inteligencia, el empeño que pones en tu trabajo, y tu honestidad. Ellas no tienen nada de eso. Son solo zorritas con las tarjetas de crédito de sus padres y unas tetas infladas con seiscientos miligramos de silicona".

"Eso no impide que se vean muy sexys. No puedo competir con ellas", respondí. "Además, no tengo habilidades sociales. No puedo decir ni una sola oración coherente. No sé hablar con un hombre. No entiendo de qué va eso de conquistar a alguien".

"Conquistaste a Leonel", me recordó.

"Él me conquistó", dije, riendo. "Me limité a conversar sobre temas que llegaban a mi mente. Eso le pareció agradable, o al menos eso decía".

"Amiga, eres una mujer estupenda", respondió, con una gran sonrisa. "Eso te va a permitir, entre otras cosas, poder conocer a un lindo sujeto como Marcelo y mostrarle tu verdadera personalidad".

Asentí y volteé para ver la entrada del bar. Marcelo estaba llegando. Caminaba despacio mientras agitaba su cabellera. Arremangó su chaqueta de invierno. Lucía sexy una vez más. Había dejado caer los tirantes de sus pantalones. Me fijé en sus pantalones apretados y sus dientes impecables, mostrados al aire en una sonrisa maravillosa.

Lucía como un bombero a punto de apagar un incendio. Un incendio que ya se iniciaba en mis entrañas. Tomé aire, en un intento por bajar la creciente tensión de mi cuerpo. Catherine vio mi cara y con su mano cerró mi boca. Sonrió con complicidad.

Él, en tanto, avanzó para llegar a la barra y ordenó una cerveza. Al recibirla, la probó, y luego la dejó sobre la barra. Sentí que mi pecho iba a colapsar. Pasó sus ojos por el bar, fijándose en cada persona. Tras unos segundos, descubrió mi presencia. También vio a Catherine.

Mi respiración se hizo pesada. Cerré mis ojos por unos segundos y bajé mi cara. Me fijé en mis botas y cuando levanté mi rostro noté que sonreía. Le respondí con otra sonrisa y volví a bajar mi cara. Comencé a jugar con una servilleta y escuché que empezaba a caminar. Catherine estaba

confundida.

"Se acerca", comenté susurrante.

"Estupendo", respondió, en voz baja. "Muéstrate tal como eres y todo saldrá perfecto. Solo actúa naturalmente".

Volví a subir mi cara mientras mi corazón latía con fuerza. Catherine tomó su café y se retiró de la mesa. Marcelo se aproximaba. Mis manos se empaparon y me costaba tomar aire. Levanté mi café con ambas manos y enfoqué mi atención en la barra. ¿Y ahora cómo debía actuar? ¿Qué debía decir o hacer?

No recordaba de qué iba una conversación que incluyera cumplidos y algo de cortejo. Habían pasado años desde la última vez que había tenido una charla con un hombre. Inhalé y exhalé. Lo vi acercarse mientras el aroma de su perfume anegó mis pulmones. Me sentí un tanto mareada... de placer.

"¿Este asiento... está disponible?".

"Así es", respondí, con una sonrisa nerviosa.

"Estás en mi clase inicial, ¿cierto? Creo que tu nombre es Laura".

"Sí y sí", dije. Tomé café y proseguí. "Y debo decir que la pasé muy bien. Incluso pensé tomar lecciones al regresar a mi ciudad".

"Creo que tienes talento", dijo con seguridad y una sonrisa. "Estoy contento de transmitirte la calma que necesitabas para llegar a la parte baja. Ha pasado mucho tiempo desde que comencé a esquiar, y ahora no puedo imaginar mi vida sin la nieve".

"¿Has dado clases por muchos años?".

"Sí. Comencé cuando tenía veinte años. Esquío desde que tenía unos diecinueve años, en mi casa de Los Olivos", me contó. "Me inicié en el mundo del esquí a los siete años. En ese momento, sentía mucho miedo, pero lo superé. Entré en las competencias y tomé más clases. Eso me hizo percatarme de que disfrutaba más el esquí si no comprendía una competición. Dejé de competir para convertirme en un instructor. Así, no tendría que ser el número uno. Con mi amigo Pablo, fundé una compañía independiente. Eso nos permite dar clases durante todo el año, con horarios flexibles".

"Qué historia tan interesante", dije. "En cuanto a mí, paso la mayor parte de mi tiempo en mi casa. Trabajo allí. Desafortunadamente, no he viajado tanto como quisiera. Aunque mi empleo me permite trabajar desde cualquier parte que disponga de conexión a internet, no he salido mucho de mi ciudad".

"Tengo la certeza de que tienes talento para escribir", contestó. "Y creo que no hay problemas al quedarse mucho tiempo en una ciudad. Seguramente tu novio estará contento por tu compañía permanente".

"Bueno", dije, y reí. "Estoy sola. Esa persona no existe".

"Como antes de que yo llegara y tu amiga se fuese", dijo, con una sonrisa.

"¿Qué hay de ti?".

"Soledad". Dijo, y empezó a reír. "Mis esquíes y Pablo son quienes me acompañan. Como se convirtió en mi mejor amigo, me alegro tenerlo siempre a mi lado".

"Entiendo. Me sucede lo mismo con Catherine. He contado con su gran amistad por mucho tiempo", le conté. "De hecho, fue quien me convenció de venir a este hotel para las fiestas".

"Comprendo. Es un viaje de chicas", dijo.

"Sí", respondió. "Como terminó recientemente mi relación de tres años con mi novio, Catherine aseguró que este tiempo aquí sería bueno para mí".

"Lamento esa noticia", dijo, con educación.

"Oh, no lo sientas. Fue lo mejor que me pudo pasar. Ahora lo veo", respondí, con una sonrisa torpe. "No había nada de química entre nosotros. Era un idiota".

"Ninguna mujer podría estar al lado de un idiota", dijo, y sonrió.

Sus palabras salían de su boca con un tono gentil. Era notable el interés que sentía en mis palabras y mis opiniones. Además, era atento ante cada una de mis frases. Era la primera vez que eso me sucedía con un hombre. Tampoco había estado cerca de un sujeto del que brotara tanta sensualidad. Ese hecho me permitía estar a su lado y ver su cara maravillosa por largo rato, sin pensar en nada más. Seguimos nuestra charla, y solo supe el tiempo que había pasado cuando la luna se posó en una ventana.

"Parece que es el momento de ir a mi habitación. Catherine y yo descansaremos y luego vamos a comer todo lo que nos sirvan desde el restaurante. Debo ponerme otra ropa".

"Si me lo permites, te llevaré a tu puerta".

Le hice un gesto a un camarero para entregarle mi taza, sonreí y tomé mi suéter del costado de la silla vacía en la que estaba. "Te lo agradezco. Acompáñame", contesté.

Los huéspedes estaban llegando a raudales al bar. Catherine ya no estaba allí. Había tomado un ascensor para ir a la habitación. Me pareció el instante ideal para hacer lo que ella me había sugerido. Me contó sobre la temporada en la que estuvo en Rusia, impartiendo clases de seguridad y primeros auxilios a los arriesgados esquiadores de ese país. Fuimos con calma por el pasillo que dirigía a los ascensores y recordé la pequeña montaña por la que yo había descendido. No podía verme a mí misma subiendo una colina más alta que esa, y menos en otro lado del mundo. Pensé, no obstante, que poder estar en un país tan lejano sería interesante. Eso despertó mi curiosidad y mi envidia.

"Ir allí sería fascinante", le conté. "Siberia es uno de los lugares que siempre he querido conocer".

Presionamos el botón del ascensor para subir. "Estuve allí y puedo decir que los paisajes son impresionantes, como pocos en el mundo", reveló.

"Vamos al piso cuatro", le informé. Me fijé en sus músculos levantándose cuando presionó el botón con el número cuatro. Luego volvieron a la calma.

"Durante una tarde, fuimos con los guías a pescar en las zonas más heladas. Allí pudimos ver alces y osos", contó. "Fue increíble. Me sentí en un documental sobre la naturaleza. Siempre he querido regresar, pero no como instructor, sino como turista. Así podré ver mejor el paisaje".

Nuestro ascensor llegó a nuestro piso. Bajamos y dimos varios pasos para llegar a mi dormitorio. Dejé de caminar y giré para verlo. Sonreí, me incliné para besarlo y puse mis labios en su mejilla. Entonces tomé el pomo de mi puerta.

"Disfruté mucho nuestra charla", admití. "Y también tu lección y tus sonrisas".

"¿Podrías darme tu número telefónico?", me preguntó. "Me gustaría tenerlo, en caso de que algún momento quiera llevarte a comer antes de que te vayas". Su voz sonaba raramente conservadora

"Sería interesante, pero me gustaría que el destino se encargue de eso", respondí, sonriendo. "Si volvemos a vernos, y ambos nos sentimos bien, será la ocasión ideal para tener una cita".

Pasé a mi habitación sin decir nada más. Como pude, encendí los bombillos e intenté calmar mis emociones. Apoyé mi espalda en la puerta, con mi corazón latiendo a mil kilómetros por horas.

# Capítulo 11

## Marcelo

La chica de mis sueños estaba entrando a su habitación. No podía moverme. Deseaba pasar con ella, continuar con nuestra agradable charla y hacer muchas otras cosas, pero entendía que no podía hacerlo. Ella era distinta al resto de las chicas que había conocido.

Me dije a mí mismo que, por alguna razón que desconocía, con ella debía ser más prudente. Quería saber más de ella, aunque no entendía por qué. Tal vez era la pureza de su rostro, o el hecho de que estuviera soltera y que su pendejo exnovio hubiera saboteado su felicidad. Solo quería continuar a su lado. No esperaba comprometerme en una relación larga con ella. Aun así, era una emoción inédita para mí.

Estuve por unos momentos al lado de su puerta. Dejé caer mi espalda en la pared mientras suspiraba y veía el pasillo vacío. Me asombró su inteligencia, pero sobre todo su humildad, pues no intentaba lucirse con su talento ni sus virtudes y podía ponerse en el lugar de los demás. No paraba de recordar cada frase que había dicho sobre su trabajo, su infancia y los planes que había trazado para su porvenir.

Un rato después me pareció que debía bajar de nuevo. Mi presencia en medio del pasillo podría asustar a alguien que apareciera para llegar a su habitación. Además, Pablo estaría esperándome para darme un sermón sobre mi ausencia y la forma en que había tenido que ordenar todo tras el fin de la lección vespertina.

Esperaba que al contarle sobre mis emociones, pudiera identificarse conmigo y dejara de quejarse. Lo convencería, pues estaba en medio de su "necesidad" de casarse. Muchas chicas habían estado en mis habitaciones durante mis viajes por varios lugares del mundo, pero solo Laura había podido despertar esa emoción indescriptible en mi pecho. Yo no había encontrado a una chica con la que pensara ni siquiera tener una relación seria, pero claramente Laura me había atraído como ninguna lo había hecho.

Tomé aire y fui a uno de los ascensores. Un grupo de huéspedes llegaba y caminé con prisa hasta él. Presioné el botón para llegar a la recepción y dejé caer mis hombros en una de las paredes mientras cruzaba mis brazos sobre mi pecho. Había guardado un par de suspiros y una sonrisa que finalmente estaban brotando. Llegué a la planta baja y fui con prisa al bar.

Sabía que Pablo estaría ahí, aguardando con impaciencia mi vuelta. Había llegado antes de que yo subiera y ya había tomado asiento. Me había visto conversar y tomar con Laura. Quería que la conociera, pues había sido testigo de mi fijación con ella desde su llegada al hotel.

Tomó un trago de su cerveza. "Finalmente llegas. No sabes lo feliz que me siento por haber tenido que organizar todo, en la cima de la montaña, mientras estabas aquí", contó con ironía. "Espero que te haya servido de algo. Me di cuenta de que charlabas con ella".

"Pablo", le dije, tocando su hombro, "no te ofendas, pero fue muy útil. Además de ser muy atractiva, siente simpatía por mí, pero de un modo natural. No es nada exagerada ni artificial. Y sé que ha hecho planes, quiere hacer cosas productivas en su vida. Podemos hablar con tranquilidad.



Le gusta Siberia, sabe dónde está y quiere conocerla. A decir verdad, esa mujer tiene un encanto que no sé describir con seguridad".

"Impresionante", dijo, con una sonrisa. "Parece que su listón es mucho más alto que el de las chicas con tetas grandes y operadas".

"Exacto. Me alegra que me entiendas".

"Imagino que la pusiste contra la pared y la llenaste de semen", dijo. "Y supongo que fue el mejor sexo que has tenido, porque tardaste como veinte minutos para bajar".

"No la puse contra la pared", le respondí, antes de reír "Hablas como si fueses un adolescente calenturiento. Esos minutos sirvieron para conocerla más. Charlamos, y fue muy grato. La acompañé a su puerta y la dejé entrar".

"Se negó a que la cogieras", dijo, con una sonrisa y tono firme.

"Exacto. Y aunque parezca increíble, me pareció estupendo", dije, sonriendo también. "Cree que la vida puede volver a juntarnos, y que entonces sabremos si debemos tener una cena".

"¿Y eso te hace pensar que...?".

"Que debería jugar un poco con la vida, el destino y esas cosas", respondí. "No me parece justo conocerla y dejar todo en manos del destino. Eso no va a pasar. Ese no puede ser 'mi destino'", dije, y luego reí.

Tomé asiento y vi a las huéspedes que pasaban por la puerta para tomar unas copas. El atractivo de sus cuerpos era impresionante. Eso, irónicamente, solo me hacía pensar en Laura. En su blanca piel, sus poderosos ojos esmeralda y las curvas de su cuerpo, que despertaban mis emociones. Ansiaba aparecer en su puerta, con champán y chocolates en mis manos, pero eso no sería suficiente ni agradable para ella.

Tenía los pies en la tierra, sabía lo que quería y realmente disfrutaba hacer cosas nuevas, como el esquí. Su personalidad estaba lejos de cualquier chica de las que había conocido. Además, no había tenido estudiantes que disfrutaran tanto las primeras lecciones, salvo las chicas que también disfrutaban las "clases personalizadas" que les impartía en horas nocturnas, luego de las lecciones, en los hoteles y resorts que me recibían. Ahora, la sensación en mi cuerpo era muy distinta. Me prestaba atención, sonreía y se percataba del interés que yo también le mostraba, lo que representaba un gran inconveniente, pues solía quedarme callado hasta que la chica me pedía ir con ella a su apartamento o habitación.

Traté de sacarla de mis pensamientos, pero era imposible. Ya no podía actuar como si nada me importara, como me sucedía antes de conocerla. Por primera vez en mi vida, una mujer se robaba todo mi interés. Había llegado al punto de sentirme rechazado y sentirme mal por ello. Antes, cuando una chica no quería estar conmigo, actuaba como si nada hubiera pasado, buscaba otra y pasaba la noche con ella. Eso no sucedía con Laura. Mi mente estaba concentrada en ella exclusivamente. De hecho, mi cerebro estaba tan perdido en el cuerpo de Laura que no había notado que una rica chica de piel negra estaba ya a nuestro lado. La extrañeza de Pablo era clara como el agua. Se percataba de mi descontrol. Reaccioné cuando tocó mi antebrazo.

"¿Qué pasa?".

"Como comenté antes, mi nombre es Génesis, dijo, sonriendo. "¿Por qué no te acercas a mi mesa? Tomaríamos una cerveza y podríamos conocernos más".

"Ya... estoy tomando algo", le dije, subiendo mi cerveza. "De todos modos te lo agradezco, Némesis". Estaba hablando como un tonto.

"Génesis", dijo Pablo, corrigiéndome y gruñendo ligeramente.

"Sí, Génesis. Es lo que quise decir", dije, aclarando. "Tu oferta es atractiva, pero prefiero quedarme aquí con mi amigo".

"De acuerdo", respondió frunciendo mi ceño.

Giró y se marchó con prisa. Cuando llegó a la mesa en la que estaban sus amigas, dijo algo en voz baja. Sentí sus expresiones de molestia de inmediato. Lo que pensarán me importaba un rábano. Giré y me apoyé en la barra. No me había negado jamás a compartir una copa, y otras cosas, con una chica como ella, especialmente si estaba tan buena como ella, pero solo podía pensar en una chica que estaba en un piso superior. El cuarto piso. Laura. No había forma de sacarla de mi cerebro. Y no habría forma de cogerme a otra mujer si solo podía imaginarla a ella.

Cuando vi al camarero levanté mi mano, ordenando una cerveza más. Regresó y ordené un par de tequilas. Tomé el limón que trajo y le entregué la otra mitad a Pablo. Aunque se mostró sorprendido, tomó el trago junto al limón. Luego dejó el pequeño vaso junto a la mesa. Sentí el ardor en mi garganta. Era el momento de relajarme. Tenía que hacerlo. Tomé aire mientras mi pecho se llenaba de calor.

"Ahora sí. Cuéntame todo", me pidió Pablo.

"¿Qué carajo dices?"

"Digo que te negaste hace unos minutos a estar con una chica jodidamente sexy y ahora llenas tu hígado con tequila. Parece que quieres calmar tu dolor", dijo, y sonrió. "¿Te sientes mal?"

"Estoy bien", dije en voz baja. "Es solo que en este momento no quiero estar con otra chica. No dejo de pensar en otras cosas. Creo que debo subir a descansar. No logro concentrarme, pero mañana deberé estarlo. Debemos dar otras lecciones. Unas cuantas, por cierto".

"Entiendo. Tu comportamiento me hizo pensar que Laura había sacado tu mente de este lugar", respondió, con alegría.

"¿Qué? ¡Eso es absurdo!", respondí con firmeza. "Debo descansar. Por eso quiero subir. Me quedaré sin fuerzas si no lo hago. Eso no sería una buena noticia en el momento en el que conquisté a Laura. No podría hacerle el amor".

Me vio fijamente mientras sacudía su cara y sonreía. Su expresión era sospechosa. Era como si no quisiera contarme algo. Bebí el resto de mi cerveza, le di una propina a nuestro camarero y extendí mis brazos. Me sentí sorprendido y pasé por mis ojos otra vez por el juego en el televisor. Sabía que podía ver el partido o cualquier otra cosa en mi dormitorio, con el volumen que quisiera y cerca de la chimenea.

"De acuerdo", dije. "Es hora de ir a dormir". Me sentía cansado.

"Pero si apenas son las siete y cuarenta minutos", me informó, con algo de risa.

"Entiendo, pero no quiero estar aquí", respondí. "Mañana a primera hora te espero en la montaña". Me levanté para caminar.

"Eso espero", respondió. "Y también espero que no pienses mucho en tu chica. Sé que te altera".

"Eres tú quien se altera. Deberías acostarte con una chica para que te relajés", le dije mientras giraba para ir al pasillo.

Presioné el botón del ascensor para que me llevara al piso de mi habitación. Sabía que lo único que debía hacer era llegar allí, tocar su puerta y mostrar mi sonrisa irresistible si quería conquistarla. Practiqué mis movimientos, llegué a mi piso y caminé hacia mi dormitorio.

Una de las camareras del hotel había organizado mis sábanas, encendido el fuego de la chimenea y cerrado las ventanas. Me quité la ropa y me puse un atuendo para dormir.

Tomé asiento en el sofá para encender mi televisor y cambié todos los canales. Quería ver algo que no fuese una película romántica ambientada en Navidad. Una de acción atrajo mi interés, pero luego de cuarenta minutos me sentí aburrido.

Entonces lo apagué. Hice lo mismo con las luces. Suspiré y caminé hacia mi cama. Cubrí todo mi cuerpo con una sábana y puse los brazos sobre mi pecho. Estaba muy claro: no podía pensar en otra persona que no fuese Laura. Su belleza y su personalidad me hacían imposible no sentir algo genuino por ella.

Pero no era un simple deseo sexual lo que sentía. En lugar de limitarse a ello, quería volver a charlar con ella, saber más cosas de su vida y ver de nuevo su sonrisa. Pensé en ello mientras el fuego se reflejaba en las paredes del dormitorio.

Me di cuenta de que actuaba como un idiota. Estaba emocionado por una mujer que en pocos días volvería a su ciudad, por lo que no podríamos vernos otra vez. Ella regresaría a su hogar en algún punto cardinal de Monte Blanco.

Mi siguiente parada, en cambio, era el este del estado de Los Triguales.

No habría forma de pasar una o más noches con ella por esa distancia. A pesar de ello, no iba a permanecer con los brazos cruzados. En ese momento estaba a solo metros de mí, aunque luego se marchara. Debía planificar un encuentro, de tal modo que no se percatara de que no se trataba del destino. Esperaba que creyera que el destino nos unía, si bien ese destino no formaba parte de mis creencias.

La imagen de Laura llegó una y otra vez a mi mente, mientras intentaba planear una forma de encontrarme otra vez con ella.

## Capítulo 12

### Laura

Comimos todo lo que pudimos. Luego pedimos postres hasta saciarnos. Descorchamos una botella de champán y caminé hacia mi cama, donde me desplomé rápidamente. Me dormí tan rápido que solo pude darme cuenta del momento en el que envolví mi pecho con una gran manta y exhalar antes de conciliar el sueño. Y luego empecé a soñar.

En mi sueño estaba de pie, en una montaña llena de nieve. Mi piel estaba cubierta por un vestido blanco corto de seda. No tenía zapatos ni accesorios. La brisa aleteaba y levantaba mis cabellos. A pesar de todo, no tenía frío en absoluto. Avancé lentamente para ver el fondo de la montaña. Me emocioné al percatarme de mi ubicación: estaba en el Monte Rusia, desde donde podía contemplar la belleza de Siberia. El lugar era precioso, y me costaba asimilar todo lo que veía.

El cielo de la noche estaba sobre mí. Las estrellas resplandecían. Levanté mi mano y pude acariciar una nube cercana. Suspiré en un par de ocasiones antes de girar para recordar dónde estaba. No entendía por qué había llegado sola a ese lugar. Estaba experimentando la misma sensación que sentía en la sala de estar de mi apartamento en Monte Blanco, desde donde podía observar el paisaje a la distancia, en una profunda soledad.

Sentí pasos repentinos. Me exalté un poco y me di la vuelta. Había nieve moviéndose. Una persona estaba caminando hacia mí con lentitud. Sentí miedo. No tenía idea de dónde podía ir u ocultarme. Noté que se trataba de Marcelo. Su pecho se mostraba exuberante.

Cada uno de sus músculos parecía moverse con la brisa fresca. Solo la parte baja de su cuerpo estaba cubierta con unos pantalones para el invierno. Había dejado los tirantes a los lados.

No me moví mientras él caminaba. Se detuvo cerca de mí y me ofreció su mano. Con la otra tocó mi hombro. Me atrajo a su cuerpo y puso sus labios sobre los míos. Me acogió en su pecho y la brisa continuó levantando mi cabellera. El deseo que ardía en su cuerpo era impresionante. No había notado algo así en ningún hombre.

Marcelo dio un paso atrás. La luz de sus ojos me iluminó, al igual que su sonrisa. Flexionó un poco sus piernas para levantarme. Mi cara quedó sobre su pecho y me sujeté a él, como si fuese un ángel caído del cielo. Vi sus ojos fijamente.

Giró para regresar al lugar del que había llegado. Avanzó con lentitud por el camino nevado y me puso de pie. Sus manos desataron los tres nudos de mi vestido. Luego se inclinó para bajarlo. La suave tela cayó poco a poco sobre la nieve.

La nieve dejaba de caer lentamente, por lo que pude ver una cama de gran tamaño, en cuyas esquinas había cuatro grandes postes. Tenía la misma manta de plumas que había usado para cubrir mi cuerpo antes de dormir. Quedé desnuda frente a él, en la gran cama.

Entonces quitó su cinturón y sus pantalones. Quedaron sobre sus pies. Con lentitud llegó a la cama y su cuerpo quedó sobre el mío. Usó su mano para tocar mis piernas y luego abrirlas. Su pecho quedó sobre mis tetas y su boca atrapó mi vagina exaltada.

El brillo volvió a su mirada. Humedeció su boca y separó mis labios vaginales con uno de sus

dedos. Su lengua se empapó con mis líquidos. Gemí. Mi vientre estaba caliente y mis senos se levantaban.

Usó su dedo pulgar para palpar aceleradamente mi clítoris mientras sus labios dibujaban círculos por mi vagina. Su lengua ardiente me contagiaba su lujuria, y despertaba al mismo tiempo un mar de emociones en mi cuerpo. Mi boca no pudo emitir ningún otro sonido ni ruido.

Entonces puse mis dedos en su cabellera. Enrollé algunos cabellos en mis dedos, al tiempo que él bebía mis jugos descarnados. Las estrellas brillaban con mayor intensidad, y las contemplé mientras anticipaba la llegada pronta de mi clímax. La brisa se hizo más fuerte, al igual que mis vibraciones. Bajé mi cara y Marcelo subió la suya, halando suavemente mis mejillas y besando con deseo primitivo mi boca.

Puso mis manos sobre mi cráneo para atar mis brazos. Reclinó su rostro y luego me vio sin parpadear. Su expresión era indescifrable. Retrocedió un poco y luego se impulsó, penetrándome. Descubrí que su pene era inmenso. Intenté gemir o decir algo, pero fui incapaz de hacerlo. Sucumbí otra vez ante la excitación y la pasión que me transmitía. Nunca hubiera imaginado el tamaño de ese órgano.

Me penetró sin parar. Se retiraba y luego volvía. El inmenso pene me llenaba. La temperatura de mi cuerpo subió rápidamente. Me costó respirar. Cerró sus ojos mientras escuchaba el sonido de sus bolas chocando con mis muslos.

Tomó mis manos y me sentí cada vez más deseada. Unos segundos después fui capaz de gritar. El alarido frenético chocó con las estrellas. Su tronco estaba latiendo en mi vagina hambrienta de él. Se acercó a mis oídos y oí sus gemidos animales. Subí las piernas para recibirlo con comodidad y arqueé mi espalda.

Alejó sus dedos de los míos para sentarse, haló mi cintura hacia adelante y se movió con mayor frenesí. Sus gruñidos deleitaron a mis oídos. El orgasmo estaba a punto de hacerme estallar.

Tensó su mandíbula y noté la rigidez de todos sus músculos. Su mirada desbordada de deseo se encontró con la mía. Ya estaba al borde del clímax cuando vi su pecho agitado. Con sus poderosas manos me deslizó más hacia su cuerpo, con lo que su pene entró a lo más profundo de mí. Me penetraba enloquecidamente.

Dejé caer mi cara mientras cerraba mis ojos. Exhalé, aunque me costó. Copos de nieve caían sobre mis pezones, al tiempo que la parte más baja de mi vientre se sacudía con ráfagas de calor. El éxtasis me agitaba, aunque no entendía cómo era posible que sintiera tanto placer.

Caí de bruces sobre mis almohadas. Recuperé poco a poco la calma y vi a ambos costados. Entonces me di cuenta de que había estado soñando. Él ya no estaba conmigo. Subí mi espalda para sentarme. Mis mejillas y mi pecho estaban empapados, y mi aliento era pesado.

Mi sueño había terminado, y con él el placer. Suspiré y puse mis manos sobre mi pecho acelerado. Mi cabeza quedó de nuevo sobre las almohadas. Había soñado que Marcelo me hacía el amor. El sueño húmedo me había provocado un orgasmo. Eso jamás me había sucedido. Vi mi dormitorio y una leve vergüenza me abrumó. Pero entendí que ningún huésped sabría de mi sueño, a menos que mis alaridos poderosos hubiesen sido reales y los hubieran oído.

Me costaba inhalar. Aún sentía las vibraciones de excitación en mi piel. Me puse de pie para ir a

la ducha. El agua caliente empapó mi frente. Cerré la ducha y busqué ropa para salir. Cuando regresé a mi habitación, busqué mis botas y me las puse.

A esa hora de la noche y con la oscuridad circundante, sabía que no habría muchos huéspedes en las áreas comunes. Abandoné mi suite en absoluto silencio, no sin antes tomar mi suéter, mi gorro y mis guantes protectores. Cuando llegué al pasillo, me cubrí con dos suéteres más y caminé a los ascensores.

Presioné el botón y al llegar subí.

Bajó y mi mente no paró de pensar dónde podría estar él, si ya dormía o hacía algo más. Seguramente ya dormía, como había sucedido conmigo antes de su llegada placentera a mis sueños.

Salí del ascensor y llegué al vestíbulo. Asentí cuando vi a la recepcionista. Ella sonrió con gentileza al ver que me acercaba. Sentí la fría temperatura inmediatamente. No se comparaba en absoluto con la nieve fresca de mis sueños atrevidos. Recordé algunos instantes de ese sueño mientras daba otros pasos por el vestíbulo para llegar a la zona cubierta del exterior. Una vez allí, me senté en un banco.

La nieve brindaba un espectáculo agradable. Vi la montaña en medio de la oscuridad. Adentro, nadie subía ni bajaba. Era como si todos los relojes se hubieran detenido. La paz del lugar, el silencio imponente y las estrellas sobre mí me calmaron. Unos copos de nieve cayeron sobre mis hombros. Otros más se deslizaron por mis mejillas, y el calor de mi cuerpo las derritió.

Quedaron como manchas húmedas sobre mi rostro. Eso me hizo feliz. Había olvidado lo que se sentía porque Leonel me había hecho olvidarlo. Me di cuenta de que finalmente, estaba siendo yo misma.

Me había quedado a su lado por mi afán de construir una familia, un futuro con él, a medida que la relación creciera y me sintiera más apegada a él. Por casi tres años me había convencido a mí misma de que solo con él sería una persona feliz y amada. Pero con el paso de los días, fue claro que él no se esforzaría por nuestro noviazgo.

A pesar de ello, me había habituado a su presencia, a sus llegadas, a esa ilusión de un posible pero lejano futuro, que me había resultado muy complicado huir de esa infelicidad. Ahora me daba cuenta de que el hecho de que decidiera terminar lo nuestro fue un regalo de la vida. Por fin podía tomar mis propias decisiones sin escuchar sus ironías. Podía hacer lo que quisiera y ser independiente.

Al comenzar mis vacaciones, no me había imaginado que encontraría un hombre que se sentiría interesado en mis palabras. Tampoco hubiera creído que ese hombre me atraería tanto también. Solo había pensado en pasar unos días tranquilos y sin complicaciones, alejada de la rutina de mi ciudad. Pero había encontrado a un hombre con el que quería tener sexo. Y no solo eso: también me agradaba su compañía.

Incluso había tenido sueños calientes con él, y ahora estaba fuera de mi hotel, en un intento por olvidarlo, al menos momentáneamente. En eso nos diferenciábamos bastante: era un tipo aparentemente muy intenso en la cama.

En todo caso, era mejor para mí pensar en Marcelo en vez de enfadarme por pensar en Leonel. Si

los comparaba, Marcelo era como el protagonista de la novela romántica en la que estaba trabajando. Leonel, en tanto, era... bueno, un pendejo con pene. Sonreí mientras pensaba en ese contraste. Estaba transformando mis experiencias en material para una novela. Aunque esa imagen me producía alegría, era obvio que tenía que regresar a mi presente.

Estuve en las afueras por una hora. Las bajas temperaturas hicieron que regresara. Vi que el amanecer comenzaba a mostrarse. En unos minutos saldría el sol. Un grupo de pajaritos comenzó a cantar en los pinos más cercanos. Me puse de pie, extendí mis brazos y sonreí. Volví a sonreír y giré para regresar a mi habitación. Fui a la recepción. Cerca de allí había máquinas expendedoras y una máquina de café.

Me serví una taza caliente. Sabía que pronto algunos esquiadores bajarían de sus habitaciones para ir a las montañas. Luego, grupos más numerosos colmarían el resto de las colinas.

Supuse que sería difícil para los habitantes locales lidiar durante la temporada alta con tanta gente llegada de todas partes. Además, habría nieve frente a sus casas, que siempre tendrían que quitar. Sería como vivir en una eterna nevada. La imagen de la nieve permanente me agradaba, aunque sabía que eso solo pasaba en mis pensamientos, porque habría meses en los que tendríamos un sol radiante.

Era la primera ocasión en años en las que sentía un deseo real de conversar con varias personas, sentirme como parte de un grupo de gente y no actuar como una ermitaña. Terminé mi café y subí a mi dormitorio.

Tomaría una ducha, me cambiaría la ropa y luego volvería a la planta baja para comer mi desayuno. Catherine seguramente aún dormía. Había tomado más botellas de vino que yo.

Estaría sintiendo los efectos del licor. Eso no cambiaría por el resto de la mañana, pero esa no era una mala noticia. Estar sola me permitiría buscar, y tal vez encontrar, al sujeto que había aparecido la noche anterior en mis sueños excitantes.

## Capítulo 13

### Marcelo

Me levanté cuando aún los rayos del sol no se asomaban en mi ventana. Me puse de pie y vi las montañas. ¿Era inusual que lo hiciera? De hecho, no lo era. Era un hábito que había desarrollado en mi casa. Pero sí había algo inusual: Laura había estado en mi mente desde el momento en el que abrí mis ojos.

Pensé en ella y supuse que dormía como un ángel, arropada entre sus mantas, con una sonrisa amplia y su cabello suelto mezclándose con sus mejillas. Tenía claro que había mucha paz en el hotel. Incluso había bajado en varias ocasiones a tomar asiento en los bancos cercanos a la entrada para escuchar los sonidos de las aves madrugadoras mientras el sol comenzaba a aparecer. Se había convertido en el mejor momento de mi día.

Me permitía despejar mis pensamientos, reflexionar sobre mis acciones y preparar todo para las lecciones que debía dar, sin temor a equivocarme ni miedo alguno. Lo recordaba en los instantes más complicados de la semana o cuando mi vida se tornaba difícil. La rutina de una ciudad grande no permitía hacer cosas como esa, pero al poder llegar allí, tomar asiento y recibir los primeros rayos del sol mientras veía los pinos, me sentía relajado y renovado.

El sol se asomó en todo su esplendor. Entonces entré a mi ducha para darme un baño y luego me vestí para llegar a la parte baja del hotel. Desayuné un croissant y tomé un café negro. Después regresé a mi habitación. No quería que nadie me viera, salvo Laura. Ya había planificado nuestro encuentro. Nos topáramos “por casualidad”. Estaría allí para llevar un desayuno a un huésped de su piso. Tal vez no saldría bien. Seguramente se percataría de que todo había sido preparado.

De todos modos, quería hacerlo. No dejaba de pensar en su sonrisa mientras estaba sentado frente a la ventana. Debía encontrarme con ella, aunque no fuese por obra del destino.

Guardé silencio mientras tomaba el resto de mi café. Puse mi espalda sobre la pared. El sonido de una puerta, el ascensor o unos pasos me inquietaban. Tal vez estaba perdiendo mi tiempo.

Tal vez ya estaba abajo. Habría tomado el ascensor antes de que yo subiera a esperarla. Se sentiría acosada al verme cerca de su habitación. No habría dudas al respecto. Aunque no estaba acosándola, era la perspectiva que tendría al verme. Esa situación hizo que me alterara. Quizás no estaba haciendo lo correcto. El ascensor llegaba una y otra vez.

Me encontraba en medio del pasillo de un hotel, esperando a una chica con la que apenas había conversado, aguardando para verla e invitarla a cenar. ¿Por qué ahora no tenía el valor de acercarme a ella como había hecho con tantas mujeres? ¿Qué carajo sucedía conmigo?

Me sentía como un cobarde. Tomé aire mientras cerraba mis ojos. Ya no había café en mi taza. Giré, puse la taza en un mostrador y vi el croissant. Tal vez no comería por el resto del día. De todos modos, incluso si comprara mi mentira, tal vez rechazaría salir conmigo. Relajé mis pesados hombros. Me convencí de salir de ahí, tomando el ascensor. Di unos pasos, y entonces su puerta se abrió. Sentí que iba a desmayarme cuando su puerta chocó con mi brazo.

Tocó mi antebrazo con cuidado. "Por Dios", dijo ella. "Disculpe, caballero. No quise... un



momento".

Quería mostrar algo de sorpresa. "Oh, hola", respondí. "Subí a llevar este croissant a la habitación 432 para el desayuno".

"¿De verdad?".

"De verdad. Estaba cerca de la cocina. Había muchos pedidos y me pidieron que los ayudara", dije, y encogí mis hombros.

"Vaya", dijo, con una sonrisa. "¿Ahora las chicas de limpieza desayunan en los dormitorios?".

"¿Cómo dices?".

"Digo que ya los huéspedes salieron de ese dormitorio", dijo, con una gran risa. "Dieron una vuelta por la montaña temprano y regresaron para buscar sus cosas. La chica de limpieza entró para limpiar cuando ellos se fueron".

Terminó de hablar y la chica de limpieza salió de una habitación cercana, con todos los utensilios de limpieza en un carrito. Nos sonrió amablemente. Era la habitación 432. Vi el croissant y no pude evitar sonreír. La chica giró para tomar un ascensor e intenté mostrarme alegre ante Laura. Ella no lucía molesta, sino muy contenta.

"De acuerdo. Reconozco que mentí", dije. ". Obviamente, este plan no fue muy bueno. Como quería verte de nuevo, planeé algo para ‘toparme’ contigo. Realmente quería cenar, pero seguramente te negarías por lo que dijiste del destino".

"Entonces urdiste un plan para engañar al destino", respondió, negando con su cara y regalándome una sonrisa. "Te diré algo que no te he contado".

"Por favor", dije, acercándome a ella.

"En realidad, no creo en eso del destino", dijo, y rió. "Lo dije para comprobar si tu interés en mí se mantenía después de no pedirte entrar a mi habitación. Ahora veo que sí estás muy interesado. Además, te has ganado mi admiración por ese esfuerzo que has hecho para verme, a pesar de lo ingenuo de tu plan".

"Claro. Y te pido disculpas. Soy muy torpe. No soy muy hábil para estas cosas", respondí. "He pasado tantos años viajando que he olvidado cómo es el proceso de cortejo. Me siento...".

"¿‘Proceso de cortejo’? Supongo que hablas de un viaje en el tiempo. Hablas como si estuvieras en el siglo pasado".

Rió, tomando su vientre con ambas manos y viendo al techo. Intenté reír, pero la humillación que sentía no me lo permitía. Bajó su cara, me regaló otra sonrisa y vi su expresión de solidaridad. Recuperó el aliento, cerró su puerta y se quedó cerca de mí. Hizo silencio por un momento mientras su cara se llenaba de rubor. Me vio fijamente, retiró algunos cabellos de su rostro y quitó su mano con rapidez.

"Disculpa. Es una vieja costumbre", contó, agitando su rostro.

"No te preocupes", dije, antes de reír. "No puedo decir que aguardar por una chica en el pasillo de un hotel sea una vieja costumbre".

"Y me alegra que no lo hagas", dijo, y sonrió. "Si lo hicieras, podrían demandarte por acoso".

"Eso es algo que quiero evitar", dije, y solté una risa nerviosa.

Di un paso y comí el croissant. Puse la servilleta en el pote de basura. Sacudí mis manos cerca del pote. Ninguno dijo nada. Me asombró mi actitud torpe.

Había sido hábil para conversar con todo el mundo. Jamás me había sentido incómodo ni nervioso, pero con Laura no podía ni siquiera decir dos palabras coherentes.

Me había convertido en otro ser humano, un jovencito que no tenía experiencia con las chicas, intentando convencer a la chica más popular de salir con él. Y pensar que eso no me había sucedido ni siquiera en ese momento. ¿Qué rayos me sucedía? Con Laura era diferente. Había logrado que mis palabras se ahogaran en mi garganta. Subí mi cara para verla y me di cuenta de que intentaba hacerle cualquier pregunta, pero me costaba. Entonces sonrió.

"¿Sueles despertar tan temprano?", le pregunté finalmente.

Noté el rubor de sus mejillas. "Honestamente, no sé", dijo. "Me levanté porque estuve soñando. Luego no pude dormir más. Entonces decidí vestirme y bajar. La paz me hizo sentir mucho más tranquila.

Esa calma me agrada muchísimo. Es como la calma que llega tras las intensas nevadas. Los pájaros me invitan a despertarme. La belleza del paisaje no deja de emocionarme. ¿Será que en algún momento el planeta fue completamente tranquilo, como este lugar?"

"Seguramente. Me hice la misma pregunta, pero en lugar de bajar, vi las montañas en la ventana de mi dormitorio", dije, con una ligera sonrisa. "Te entiendo perfectamente. He estado mucho tiempo en lugares como este, temprano, dejándome llevar por el eco de los pajaritos, los copos de nieve que caen antes de la salida del sol y las hojas de los pinos pasando de verde a blanco. Me siento como un gramo de vida en la tierra, lo que me permite recordar que debo ser humilde y pensar con calma en las cosas que haré".

"Lo que describes es muy lindo", respondió, tomando aire mientras caminaba a su puerta.

"Laura", le dije, acariciando su hombro. "Tal vez cometí un error con mi 'plan', pero para ser sincero, no has salido de mi mente desde que nos vimos. Me siento nervioso, no sé qué hacer y las palabras no salen de mi boca. Si te acercas a mí, empiezo a actuar de una manera totalmente opuesta a lo habitual.

Creo que debo hacer algo para solucionarlo. Es la primera vez que una chica causa ese efecto en mí. Entonces me gustaría que desayunemos juntos. Quiero saber un poco más de ti y revelarte mi verdadera personalidad. Entiendo que en unos días te irás, pero esta es la única idea que llega a mi mente para salir de esto".

"Guao", respondió, y luego sonrió. "Qué hermosas palabras. Parece que también las planeaste".

"¿Te gustaron?"

"Absolutamente", dijo, con una gran risa. "De acuerdo. Acepto tu propuesta. Solo te pido que me des unos minutos para cambiar mi ropa y maquillarme un poco".

"Estupendo", dije. Noté el atuendo de dormir que llevaba. "Te esperaré justo acá".

Volvió a sonreír, giró y entró. Cerró la puerta y puse mi espalda de nuevo en la pared. Mi plan no había funcionado, pero había logrado convencerla de compartir una comida conmigo. Recordé lo

inteligente que era, cómo me había hecho pensar en engañar al destino para después informarme que no creía en esas cosas.

Me dije a mí mismo que debí haber entrado anoche, cuando la acompañé, pero tal vez lo habría arruinado. De todos modos, ya había urdido un plan más sencillo. Saldría de su habitación, no pararía de reír, yo la seducía con mis encantos, especialmente con mi mágica sonrisa, e iríamos a desayunar en la terraza del hotel. Tomé aire, cerré mis ojos y exhalé.

Todo estaba mal. No reiría sin parar por mí. No era esa clase de mujer. Además, no se rendiría ante mi sonrisa. Y en último lugar, no habría forma de desayunar en la terraza de nuestro hotel. Nos congelaríamos por la nieve. Era el segundo plan que trazaba erróneamente. Me había concentrado en mí y mis deseos. No había pensado en nadie más. Ni siquiera en Laura. Había llegado el momento de hacerlo. Era una persona importante para mí.

Dejé de pensar en ello cuando escuché que su puerta se abría. Lucía radiante y seductora. Vi que tenía unos pantalones ceñidos, unas botas bajas de tono gris y un suéter rosa. Sonrió y caminamos por el pasillo. Al llegar al restaurante, pedimos una mesa para dos y tomamos asiento.

"¿Hoy no vas a dar lecciones?", me preguntó.

"Sí. Pablo dará la de esta hora", le conté, y sonreí.

"Vaya. Tu socio es también tu aliado en este plan, por lo que veo", dijo.

"Así es. Un hombre siempre tiene que tener un buen socio", dije, y reí.

Desayunamos e hicimos pausar para charlar. Supe más cosas sobre su vida. Me di cuenta de que era más valiente y decidida de lo que yo creía o ella misma pensaba que era. Ese vigor colmó la sala. Me levanté para acompañarla al ascensor una vez que terminamos el desayuno. Ya estaba preparado para llegar en unos minutos a la montaña para dar la siguiente clase. Mi abrigo estaba en mis manos.

"Agradezco el desayuno", dijo, con una sonrisa. "Espero que no vuelvas a acosarme después de esto".

"Podría hacerlo, de ser necesario", dije, y reí. "Pero no hará falta. Puedes decirme cuándo volveremos a vernos".

"Te contactaré para que me des una clase privada de esquí", dijo. "Espero que me muestres el talento que supuestamente tienes para esquiar".

Sonreí mientras se despedía de mí. Entonces pasó al ascensor y las puertas se cerraban. Era claro que estaba en el paraíso.

## Capítulo 14

### Laura

La comida con Marcelo no había estado en mis planes, pero la pasé muy bien. Tras el torrente de placer que había experimentado con mi sueño, supuse que no podría hablar con él cuando lo viera otra vez, pero eso no sucedió. Se había mostrado tan apenado que tuve que hablarle, usando frases irónicas y comprensivas. Disfruté cada segundo a su lado. Había desayunado con un hombre muy sexy.

La comida fue succulenta. Me hubiera gustado pasar más tiempo con él, pero recordé que no podía involucrarme demasiado. Con nadie. Le dije adiós. Un adiós que esperaba que fuese definitivo, aunque le había asegurado que lo buscaría para que me diera una lección privada, y subí a mi dormitorio. Pronto terminarían mis vacaciones.

Una nota de Catherine en mi puerta me pedía que fuese al bar para encontrarme con ella. Quería que la acompañara al centro a hacer otras compras. Empecé a creer que tenía problemas con las compras, pero igualmente quise acompañarla. Yo también compraría muchas cosas si contara con el dinero suficiente. Busqué botas más altas, me enfundé en un suéter negro y una bufanda y abandoné mi habitación.

Catherine estaba en el bar, como había escrito en su nota. Tomaba una margarita y conversaba alegremente con un sujeto guapo. Agité mi cara a medida que me acercaba. Reí al notar el tono jocoso y distendido que usaba para conversar. Me detuve cuando llegué a su lado y le mostré una gran sonrisa. Ella tomó otro sorbo y le hizo un gesto a su camarero. Sentí ganas de hablar como ella lo hacía.

"¿Nos vamos?", le pregunté.

"Justo ahora", respondió.

"Parece que compras demasiado", aseguré. "Lo que me hace feliz".

"¡También soy muy feliz!", dijo, y comenzó a reír mientras caminábamos. "Me di cuenta de que hablabas con Marcelo en el restaurante".

"Pudiste haberte acercado a saludarlo".

"No lo hice porque se veían tan contentos que no quise cortar la emoción", contó, subiendo la mano para llamar la atención de un taxista.

Nuestra primera parada fue en una pequeña cafetería del centro. Pedimos café. Una dosis de cafeína era de ayuda para mí, tras la noche que había tenido. Después de salir de allí, iniciamos nuestro recorrido por las tiendas de ropa. Nos quedó muy claro que la ciudad era un lugar predilecto de muchos actores y cantantes. Vimos la ropa con calma y giramos cada vez que una persona famosa pasaba por alguna calle y la gente se enfocaba en él o ella.

"Anoche escuché unos ruidos que venían de tu habitación", me contó. "Supuse que estabas teniendo una pesadilla".

"Así fue", respondí, con prisa. "Pero ya olvidé cómo fue. Cuando me levanté, sentí escalofríos.

Eso me impresionó".

"¿Y eso no te molestó?".

"Mucho", contesté, soltando una risa larga y nerviosa. "Me molesta como pocas cosas. Ahora dime, cuál es el plan de compras de hoy".

"No tengo idea, a decir verdad", dijo, y suspiró. "Quiero comprar algunos vaqueros para mí y un par de obsequios para mis padres. Así evitaré que se enfaden".

"Vaya, lo lamento", respondí. "Podrías estar con ellos en vez de estar aquí conmigo".

"No tienes que lamentarlo. Al venir contigo, evité soportar sus enfados navideños", dijo, y rió. "Realmente no deseaba visitarlos. Ahora cuéntame, ¿cómo estuvo tu desayuno con él? ¿Te llevó después a su dormitorio?".

"No lo hizo", dije, y reí. "Y la pasé muy bien. Cuando salí de mi habitación para tomar aire fresco, la puerta golpeó su brazo. Dijo algo sobre la entrega de comida a una habitación. Yo había despertado temprano y sabía que en ese dormitorio ya no había huéspedes. Una de las encargadas de la limpieza salió de allí en ese preciso instante. Era mentira. Entonces confesó todo".

"¿Qué confesó?".

"Que esperaba que yo saliera de la habitación para hablar conmigo", dije, y sonreí. "Había planeado todo con intención de invitarme a compartir un desayuno en el restaurante del hotel. Iba a negarme, pero no había forma de rechazar su propuesta. Cuando me confesó lo que le sucedía y noté lo agitado que se sentía, así como el deseo que tenía de desayunar conmigo, decidí acompañarlo".

"Vaya. Fue muy lindo de su parte", respondió. "¿Qué temas surgieron en la charla?".

"Hablamos de muchas cosas", le conté. "Me sentí muy contenta. Como dices, es muy lindo, más de lo que creí que pudiera llegar a ser. Sé que las chicas no solemos conocer a hombres que sean dulces y sinceros, además de atractivos. No había disfrutado tanto hacía mucho tiempo".

"Es una excelente noticia", comentó, con algo de indiferencia.

"De acuerdo", le dije, dejando de caminar. "Habla de una vez".

"¿Qué dices?", preguntó. "No tengo nada más que decir".

"Claro que sí. Dime con sinceridad tu opinión sobre lo que pasa aquí. Sé que quieres decir algo más que 'fue muy lindo' y 'excelente noticia'. Puedes hablar".

"Bueno...", dijo, exhalando con fuerza, "estoy feliz por ti. Me alegra que te sientas bien con otro hombre que no sea el pendejo de Leonel. Por eso no me gustaría estropear tu felicidad. Es solo que...".

"¿Qué?".

"Que me gustaría que seas muy cautelosa con un hombre como él. Marcelo suele conquistar a las chicas... para después abandonarlas", comentó, con tranquilidad.

Entendí la intención de su frase y sentí incertidumbre de inmediato. Era probable que estuviera diciendo la verdad. Habíamos comido juntos y le había permitido conocerme más, al punto de

conectarse con mi corazón. A pesar de que me había dicho que no debía involucrarme con él ni con nadie, era claro, por la confesión que le había hecho a Catherine, que empezaba a sentir algo por Marcelo.

Me había conectado con Marcelo para olvidar a Leonel, y seguramente ese era otro error. Además, las películas románticas que se acumulaban en mi lista de reproducción no eran muy útiles en ese aspecto.

No era muy racional para calmar mis emociones ni mis sentimientos. Otro hombre con intenciones malignas podría hacerme daño. Y estaba convencida de que la experiencia que había vivido con Leonel habría servido para que construyera un muro alrededor de mi corazón, aunque fuese una protección muy débil.

Al parecer, no había sacado de mi mente la idea de que era una jovencita de las historias ficticias que leía, esperando que llegara un apuesto príncipe que la rescatara de las tinieblas y la hiciera olvidar su pasado atroz.

Tomé aire y guardé en el armario las faldas que había estado observando. Me sentí mal. Muy mal. Como una estúpida. Catherine se veía en un espejo, con un suéter nuevo sobre su pecho. Ella se percató de mi expresión y exhaló profundamente, cruzando su mirada con mis ojos.

"Laura, solo quiero que evites sentir algo profundo, como el amor, por él. Lo que intento decir es que Marcelo es un nómada. Pasa todo el año entre una ciudad y otra, por su trabajo de instructor", me recordó. "Vive de eso. No tiene un hogar fijo.

Ha sido instructor por años. Es su pasión. No creo que de un día para otro quiera estar con una mujer para siempre. Eres una gran amiga. Prácticamente te considero parte de mi familia, una especie de hermana menor. Abre tus ojos. Entiendo que estás pasando por un momento difícil de tu vida, y por esa razón, odiaría que él u otra persona te lastimara".

Sería muy complicado tomar distancia. Asentí, aunque no dejaba de pensar en él. Ese pensamiento se unía a las frases que me había dicho ella. Estaba de acuerdo con su argumento, aunque ya no podía verme lejos de Marcelo. Y aunque la separación de Leonel me había hecho sentir un poco mal, rápidamente me había sentido libre y lista para avanzar. Esa sensación de libertad se había afianzado en mi pecho. Podía experimentar la emoción que quisiera o simplemente no sentir nada por un hombre. Podía dejar que un hombre me hiciera daño o hacerle daño a él. También podía comenzar una relación a largo plazo, aunque Marcelo viajara todo el año y apenas supiera algunas cosas de él.

Ansiaba que esa libertad se convirtiera en energía. En esos latidos vibrantes de mi corazón al recordar su compañía. En ese ánimo que desbordaba mi pecho al sentirme tan conectada con un hombre que olvidaba el resto del mundo.

En el paso del tiempo agotando esas sensaciones llenas de adrenalina, y en la satisfacción que sentía por las gratas experiencias vividas con esa persona. Su plan había sido llevarme a ese hotel para que me acostar con un hombre y olvidara, pero parecía que ese plan había dado un giro, porque estaba notando que abriría las puertas de mi corazón y dejaría que un hombre me hiciera daño.

"Oye, amiga", le dije, con una ligera sonrisa. "Entiendo tu temor y agradezco que te preocupes por mí, así como tu cariño, pero no tienes que pensar en lo que pueda pasar. De hecho, ni yo misma lo

hago.

Nunca he pensado que este corto viaje sea suficiente como para sentir una gran emoción por alguien y dejarme llevar, al punto de que me lastimen. Pero si eso llegara a pasar, no me importaría. Quizás eso sea justo lo que necesite. Quizás así pueda sacar de mi mente la ansiedad que Leonel me causó. ¿Te digo la verdad? Nada de eso me preocupa.

Esta libertad que me has brindado con este viaje no tiene comparación. Nunca me había sentido tan libre en mi vida como me siento ahora. Puedes estar segura de que a partir de ahora, seré la dueña de mi destino. Ahora puedo liberar mis emociones y controlarlas sin pensar en nada más".

"Guao", contestó, con una gran risa. "Me encantó ese discurso. Y me encanta también que experimentes esa alegría. Es lo que hace años quería que vivieras. Ahora, se me ocurre algo que sería interesante que hicieras".

"¿A qué te refieres?".

"A tener sexo con él, exprimir sus bolas y después negarte a darle tu número de celular", dijo con alegría. "Actúa como lo ha hecho la mayoría de los hombres, incluso él, con las mujeres, por décadas. Haz con él lo que te plazca.

Vé a esa habitación sin pensar en el futuro o lo que pase mañana temprano.

Controla tu sexualidad, así como dices que controlarás tu destino. Así, no podrá lastimarte, y esa sensación de libertad crecerá más y más. Cuando regreses a tu apartamento, te sentirás más viva y satisfecha que en toda tu vida".

"Es un buen plan", le dije, meditando sus palabras. "De hecho, es un plan excelente".

Me arrojó una camiseta. "Me alegra que te guste", comentó. "Ahora debemos prepararte para que se convierta en realidad".

Sus palabras me arrancaron una sonrisa. Pasó por todos los pasillos de la tienda. Cuando llegamos a un espejo, ambas vimos mi cuerpo. Me di cuenta de que podría hacerlo. Podría estar con él, exprimirlo y marcharme. Tenía la capacidad de controlar mis emociones y todo lo que sucediera.

Una ráfaga de poder y vigor sacudió mis entrañas, aunque nada de eso ocurría cuando él se ponía frente a mí. Además, sus manos temblorosas, su respiración apresurada y su sinceridad me invitaban a acercarme a él y mostrarle lo que sentía. Habíamos hablado durante nuestro desayuno mientras yo recordaba su paso por mis sueños.

Estaba en Rusia con él, con suaves copos de nieve cayendo sobre mis mejillas mientras la noche silenciosa caía sobre nosotros. Su mirada intensa me cautivaba. Ese sueño no se había infiltrado para llenarme solo de deseo. Ahora quería estar con él, solo con él, en medio del silencio, para olvidarme del universo. Que pudiéramos compenetrarnos a un punto del que seguramente no habría retorno, algo para lo que quizás yo no estaba lista aún.

Catherine comenzó a hablar y me sacó de mis reflexiones. Tomé aire y le mostré una sonrisa. Había más ropa que quería que viera. Me vi en el espejo y asentí. Aunque estaba con ella en esa tienda, mis pensamientos estaban lejos de allí, en medio de la nieve de las montañas. ¿Por qué Marcelo tenía ese efecto en mí? Tal vez él era lo que necesitaba para sentirme plena. O tal vez él

terminaría de destruir mi corazón. Eso quedaba en manos del tiempo. Y del destino.



# Capítulo 15

## El día de Navidad

### Marcelo

Escuché sonidos a lo lejos. Me desperté y me percaté de que eran campanadas. Me puse de pie y vi por la ventana. El cristal se empañaba y sonreí. La Navidad estaba llegando. Una ligera nevada cubría los pinos. Eso, no obstante, no significaba que yo estuviera feliz por la espera de Papá Noel, la reunión familiar o una cena navideña.

Nada de eso sucedería. Era una navidad como cualquier otra, en un hotel en el que daba clases de esquí. Giré y estiré mis brazos lo máximo que pude mientras soltaba todo el aire en mis pulmones. Sentí tristeza en el fondo de mi corazón, por primera vez en mucho tiempo. Sabía que mi único plan era llegar al piso inferior, donde estaba el bar, para ir a tomar algo fuerte con licor. Era lo mismo que hacía todas las navidades. Eso me permitía sentirme un poco acompañado.

Busqué unos pantalones, unos zapatos deportivos y un abrigo de lana. Fui al baño para cepillar mis dientes y alisar mis cabellos. Me apliqué algo de perfume para oler bien en caso de que encontrara a mi chica. Descendí por el ascensor y el eco de unos villancicos llegó a mis orejas. Un pequeño grupo de huéspedes conversaban, sonreían y tomaban chocolate caliente cerca de la chimenea.

Noté sus avanzadas edades. No tenían familiares en casa o sus familias solían viajar y dejarlos solos. Ese tipo de personas solían llegar a Loma Alta para pasar las fechas navideñas, pues así se sentían más acompañados. Pasé al bar y tomé asiento en la barra. Le pedí a mi camarero una cerveza.

Le extendí un billete de cincuenta pesos como propina. "Es una lástima que tengas que servir tragos en este día tan especial para tanta gente", comenté. "Tómalo como un obsequio navideño".

"Te lo agradezco", dijo, y sonrió. "Y creo que el hecho de que tenga aquí en esta fecha también es una lástima".

"Agradezco tus palabras", respondí. Me levanté, probé mi cerveza fría y di unos pasos.

Fui hasta una de las ventanas del bar. Tres o cuatro personas bajaban por uno de los senderos. Seguramente creían que era bueno hacerlo ese día, pues no había nadie más esquiando. A la mañana siguiente una gran cantidad de huéspedes volvería para esquiar. Tendrían ropas y equipos nuevos, muchos de los cuales habrían sido presentes de sus familiares. Sabía que el día después de Navidad y el de Año Nuevo eran dos de las de mayor trabajo.

El día de Navidad era una de las pocas fechas en las que podía estar tranquilo. Pero ahora, la tristeza me abrumaba. Estaría solo, de nuevo, en Navidad. Solía estar con Pablo, pero había regresado temprano para pasar la noche con su familia. Lo entendía. Dijo que los echaba de menos y que le parecía buena idea estar con ellos, pues estaban envejeciendo.

Comprendía sus emociones, aunque no esperaba hacer lo que él había hecho. Me había quedado en Loma Alta, en uno de sus hoteles de lujo, tomando una cerveza en el bar, la que seguramente sería la primera de muchas. Regresar a casa no estaba en mis planes. No deseaba hacerlo.

Regresé a la barra cuando terminé mi bebida. Me senté y vi la televisión. Estaba en silencio. Un canal transmitía una película navideña. Una imagen llegó a mi mente y sonreí. Era la cara de Laura durante la primera clase de esquí. Su rostro estaba cubierto y no podía verla bien.

El eco de su risa alegre se oyó en los senderos. Incluso los esquiadores más lejanos se contagiaron con su alegría. Les transmitía su bondad y su resplandor. Me fijé en mi camarero y le mostré la botella vacía.

"¿Estarás aquí hasta mañana?", le pregunté.

"Me iré en unas horas, señor".

"Puedes decirme Marcelo", le dije, y sonreí.

"Bueno, Marcelo, este es mi turno", me contó. "Suele venir más gente en la noche. Muchos huéspedes se acercan a tomar algo después de las cenas navideñas. Hay un grupo de camareros que llegará más tarde. Hicimos un sorteo y, por suerte, me iré temprano".

"Qué cagada", le dije. "No tendrían que obligarlos a eso. Además, deberían aumentar sus sueldos por trabajar días como estos".

"No me molesta. Sé que es parte de mi trabajo", dijo, con una sonrisa. "¿Y tú? ¿Qué piensas hacer?".

"Me quedaré contigo mientras tomo más y más cervezas", dije, y reí. "Hablando en serio, siempre estoy viajando por mi trabajo, por lo que difícilmente esté en casa en estas fechas. Ya me acostumbré. Casi siempre mi socio me acompaña, pero se marchó temprano. Entonces decidí quedarme a beber algunos tragos. Para mí, sería como un día más".

"Me sentaría contigo, pero debo trabajar", dijo, y rió.

"Agradezco tus palabras", dije, y sonreí. "Creo que saldré a esquiar más tarde, para relajarme un rato, pero no sé si pueda hacerlo. Tal vez haya tomado demasiado para entonces".

"Entiendo. Toma otra cerveza", me dijo. "Es como un presente navideño que estoy ofreciéndote".

"Lo agradezco, pero lamento que no tenga tu regalo aquí. Lo olvidé en casa", dije, y reí.

Tomé un trago y sentí que el licor inundaba mi pecho. Sabía que sería terrible dejar que el alcohol me abrumara, especialmente en una fecha como esa, pero no había nada más que pudiera hacer en ese momento.

¿Por qué no me emborracharía? Además, el camarero estaba acompañándome, aunque estaba del otro lado de la barra. Imaginé a Pablo al otro lado del país, comiendo con sus familiares mientras abría sus regalos. Sonreí con la imagen, hasta que una mano tocó mi hombro y me sacó de mis pensamientos. Seguramente eran calcetines feos y una pila de sacacorchos.

Giré y me encontré con cinco uñas perfectamente pintadas. Era Laura. Lo supe antes de verla por su rico aroma. Sonreí al verla. Estaba frente a mí.. Tenía un vestido salmón que cubría su cuerpo hasta sus muslos.

Su boca estaba pintada con un rojo intenso y no paraba de sonreír. Su cabellera estaba exquisitamente peinada. La había recogido en su espalda con una agujeta rosa Me fascinó su

belleza. Acaricié sus dedos y luego puse un beso en el dorso de su mano.

"Feliz Navidad", le dije, con una sonrisa en mi boca.

Su cara estaba ruborizada. "Igual para ti", dijo.

¿Cuándo había sido la última vez que una mujer me había impactado tanto con solo verla? ¿Cuándo una mujer me había dejado sin palabras por su impresionante belleza? No lograba recordarlo. Laura me dejaba sin palabras. Era un sueño hecho realidad. Quería tomar asiento y compartir un rato de la fecha navideña conmigo, en ese bar. Ese sueño era grato, y de inmediato quise mostrarle lo feliz que estaba.

"¿Tomamos una copa?".

"Por supuesto", le respondí. Halé su asiento para que se pusiera a mi lado.

"Dele a la señorita cualquier cosa que le apetezca", le indiqué a mi camarero, guiñándole mi ojo.

"Solo quiero café con leche", dijo ella, y giró para verme. "Espero que eso cuente como una copa".

"No hay problema", dije, sonriendo ampliamente. "¿Por qué viniste al bar en Navidad?".

"Supuse que estarías aquí", dijo, con una ligera sonrisa.

"Supongo que ya me conoces bien", dije, sonriendo. "¡Oye! Es idéntico a ti cuando tomaste la primera clase de esquí", dije, fijándome en el televisor. Había un niño vestido con ropa de invierno.

"Qué mal chiste", respondió, tocando mi antebrazo. "Si mal no recuerdo, ese fue el día en que nos conocimos".

"Lo fue, en parte", le revelé, exhalando. "Ya te había visto cuando llegaste al hotel. Intenté encontrarte. Tenía muchas ganas de conocerte y hablar contigo, pero perdí tu rastro. Luego te vi en el patio. Bajé para presentarme, pero ya no estabas".

"Entonces estabas buscándome".

"¿Cómo dices?".

"Estuve en el patio y luego entré para subir a mi dormitorio", dijo. "Las puertas del ascensor de cristal se cerraron y vi tu silueta. Me pareció que intentabas localizar a una persona".

"Y así fue", le dije. "Quería localizarte".

"Creo que tuviste suerte después de todo, ¿no te parece?".

"Mucha, en realidad", dije. Vi sus ojos. Cuántas ganas tenía de besar su boca.

"¿Qué te parece si tomamos una copa de verdad?", planteó.

"Me parece estupendo. Me encantan tus preguntas", respondí. Reaccioné, calmado mi nerviosismo. "Camarero, traigas tres gin tonics. Tomaré uno, le daré otro a esta hermosa mujer y dejaré el otro para usted por su gentileza".

"Es muy amable, pero como estoy trabajando, no puedo tomar licor", contó amablemente.

"En ese caso, regresaré cuando terminé tu turno para tomar una copa contigo", le respondí.

"Me parece una excelente idea", dijo entre risas.

Sonreí y aclaré mi garganta. Estaba más relajado que cuando ella había llegado. Nuestro camarero preparó nuestras bebidas. Probé la mía, y vi cómo Laura hacía lo mismo, con mucha tranquilidad. Me asombró la calma en su cara. La mayoría de las chicas que se hospedaban en hoteles cercanos a centros de esquí solían tomar cervezas en lugar de otras bebidas. Secó sus labios con una servilleta y giró para ver mi cara. Esperó que el café se enfriara un poco para tomarlo.

"¿Qué haces acá en lugar de estar con tus padres?", me preguntó.

"En realidad, aunque son unos seres humanos estupendos, no son muy amorosos", le conté. "Papá es muy exitoso con sus empresas. Mamá también pudo abrir su propia tienda. Aparentemente, no satisface las expectativas que tenían en cuanto a mi carrera"

"Abriste tu propia empresa", me recordó.

"Es verdad", dije. "Y se los he dicho en un millón de ocasiones. Aun así, papá no está contento, porque tiene una extensa cadena de tiendas. Para él, un negocio no es rentable si no genera diez millones al año. En esta rama, creo que eso jamás sucederá".

"Creo que el dinero no es lo único importante en la vida", dijo, antes de sonreír.

Tomé otro trago. "¿Qué hay contigo?", le pregunté. "Entiendo que tu exnovio es un idiota, ¿pero y tus padres?".

"Están en la playa. Suelen estar en casa de su jefe en Navidad, pero este año no fueron allí. Él se fue de viaje y ellos también. Dijeron que como no tenían nadie con quien pasar las fiestas, podrían broncearse en la orilla de una playa del Caribe".

"Parece una idea genial", dije. "Es una lástima que no estén contigo, aunque me alegra que por esa razón podamos estar juntos".

"Qué lindo. Te lo agradezco", respondió. Sonrió y continuó hablando. "De hecho, bajé para invitar a estar con Catherine y conmigo esta tarde. Abriremos nuestros obsequios y ordenaremos almuerzo a nuestros dormitorios. Tal vez Papá Noel deje un regalo para ti en el árbol de Navidad. También habrá bebida suficiente para todos. Y tu amigo, el camarero, puede subir cuando termine de trabajar. Seguramente ya conoció a mi amiga".

Lo vi y él bajó su cara para ocultar su sonrisa. Al subirla de nuevo, asintió. Fruncí mi ceño, pero giré y la dulce cara de Laura me cautivó de nuevo. No había forma de ver algo que no fuese ese precioso rostro.

"Estupendo. Subiré contigo", dije.

Hable con Javier, nuestro camarero, y le pedí que subiera cuando completara su turno. Prometió que lo haría. Tomé el resto de mi cerveza. Subimos, y una lluvia de confeti cayó sobre mis hombros. Catherine lo había arrojado. Estaba tomando una copa. Le deseé feliz Navidad y tomamos asiento.

Abrieron sus obsequios. Cada uno era más tonto que el anterior. Era ropa de Navidad muy llamativa. Laura encendió el televisor. Vimos películas navideñas. Todas eran muy aburridas e inverosímiles. A pesar de ello, estaba disfrutando con sus compañías.

Era una navidad mucho mejor de lo que había pensado. Y no solo eso, sino que me interesaba que

ellas disfrutaran también y se sintieran cómodas. Comenzó a oscurecer, y Javier subió para acompañarnos. Me quedé sentado mientras las chicas interpretaban canciones navideñas. Se movían a los lados, agitaban sus copas y se tomaban de la mano. Me di cuenta de que tal vez mi soledad no era tan agradable. Que quizás, aunque fuese una posibilidad remota, debía intentar mantener a Laura a mi lado.

## Capítulo 16

### Laura

Conversamos, tomamos fotografías, bailamos y tomamos algunos tragos. Luego todos nos pusimos frente a la chimenea para darnos calor. Escuchamos con atención canciones navideñas que interpretó Javier con una guitarra que había subido.

No había tenido una Navidad tan agradable como esa. Quería que esa mágica noche nunca terminara, o que al menos pudiera repetirla después, aunque, claro estaba, la repetición no sería tan hermosa como la primera vez. La Navidad me sirvió para agradecer por mi empleo, mi renacer y mi afán para continuar a pesar de las dificultades de mi camino. Además, ahora tenía otro motivo para sentirme agradecida: tenía amigos. Amigos de verdad.

Tenía a Catherine, un ángel protector enviado desde el cielo, que me había convencido de salir de mi apartamento en busca de nuevas experiencias. A pesar de que sabía que Leonel me causaba daño, no había hecho más de lo que debía, y se había limitado a expresar su desacuerdo con esa relación. Estaba al tanto de que, si decía algo más, me sentiría presionada.

Yo debía dejarlo cuando llegara el momento oportuno. Y debía ser mi decisión, la de él, o la de ambos. Me amaba más de lo que me consideraba mi amiga. Yo también la veía prácticamente como una hermana. Una hermana mayor.

Marcelo estaba en nuestro dormitorio. Compartió esas horas navideñas con nosotros. Su nerviosismo inicial terminó pronto. Se relajó y no tuvo miedo de hacer el ridículo. Hizo unos tontos pasos de baile, cantó desafinadamente, y mostró unas muecas exageradas para imitar a algunos cantantes. Javier lo veía desde el piso de nuestra habitación. Todo lo que Marcelo hacía me parecía lindo. Catherine y yo reímos sin parar.

Pensé que rechazaría mi invitación para pasar la Navidad con nosotros. Eso me agitó un poco. Por eso, y para que no se negara, me puse un vestido festivo de Catherine. Ella alisó mis cabellos y me aplicó algo de su maquillaje en mi cara. Quedé asombrada con su talento para maquillar, hasta el punto de decirle que tal vez debía abandonar los bienes raíces. Al ver la cara de Marcelo en el bar, me alegré. Todo salió como lo planeé. Dijo que sí de inmediato. Y la tarde y la noche fueron maravillosas.

La noche terminaba y los primeros rayos del sol se filtraban por la ventana. Mientras Catherine dormía plácidamente en su cama, Javier estaba en el sofá, también durmiendo. Yo estaba en mi dormitorio, aunque no recordaba cómo había llegado allí. Me mantuve en mi cama, estirando mis brazos y viendo algunos copos de nieve que caía. La imagen final de esa noche era la boca de Marcelo besando mi mano y luego saliendo para ir a dormir, tropezando con todo a su paso. Había sido muy educado. Entonces el eco de un golpe en mi puerta me agitó.

Busqué mi bata para cubrirme. "Un momento", pedí en voz baja.

Di pasos por mi habitación, con la resaca agitando mi cuerpo por el licor que había tomado horas antes. Tomé una bata en el baño, la até con fuerza y me vi en el espejo. Abrí mis ojos de par en par. Mi cabello y mi maquillaje eran un desastre. Recogí mi cabellera con una agujeta. Me cepillé

los dientes y usé una toalla que mojé para limpiar mi cara. Lucía horrible. Como un león al que le hubieran desarreglado la melena. Un león que, además, sufría una resaca. La persona que estuviera tocando mi puerta solo quería verme. Suspiré, derrotada.

Llegué a la sala de estar y me reí de Javier. Tenía su boca abierta. Estaba apoyando un pie en el piso y otro en el borde del sofá. Mi pie tocó una copa de vino. Me detuve para no hacer más ruido y luego tomé el pomo de la puerta principal. Suspiré de nuevo y la abrí.

Al ver por la rendija que había abierto, me di cuenta de que era Marcelo y me sentí feliz. Abrí completamente, tomé su camisa para atraerlo hacia mí y luego cerré. Recliné un poco mi cuerpo e intenté calmar, aunque internamente sentía que estaba a punto de vomitar.

"Luces muy linda", dijo con una sonrisa.

"Por favor, haz silencio", le pedí, llevando mi dedo índice a mi boca y caminando hacia mi habitación.

Cerró con calma la puerta. "Supuse que justo así te verías", comentó. "Es la primera vez que comparto unos tragos con una chica que toma tanto alcohol".

"Supongo que rompí un récord mundial", dije, y tomé asiento mientras lo veía

"Me alegra haberte traído esto", respondió, mostrándome una cajita.

"No me dirás que trajiste más licor", le dije, tomando la caja. "Lo de pasar el efecto del alcohol con más licor no resulta. Es solo una historia de las abuelas. Y lo tengo muy claro desde que estuve en la universidad".

"No traje alcohol", dijo, y rió. "Es un paquete completo para tu resaca. Es un emparedado de jamón, huevos y queso. También hay jugo de naranja, analgésicos y agua".

Observé el contenido del empaque y lo puse sobre mi cama. "No sabes cuánto te lo agradezco", respondí.

"Ahora debes levantarte", dijo. "Hoy voy a darte esa clase privada".

"¿Aunque pueda vomitar los esquis?".

"Eso no pasará", dijo, y sonrió. "Una vez que hayas desayunado y tomado una píldora, te sentirás mejor y lista para salir".

Vi sus ojos fijamente y me sentí tranquila. Entendí que seguramente no saldría. De hecho, no tenía ningún deseo de hacerlo. Comencé a comer el emparedado y después fui, como pude, a la ducha. Le mostré una sonrisa torpe y cerré la puerta del baño.

La sensación era extraña. Sabía que estaba sin ropa, y que él estaba del otro lado. Aunque había planificado un encuentro sexual con él, no iba a hacerlo todavía.

Me concentré en mojar todo mi cuerpo, con prisa, y al salir sequé mi cabellera. De ese modo evitaría que la nieve lo congelara. Luego me vestí con la ropa de invierno que tenía disponible: pantalones, bufanda, un suéter delgado y unas botas. Me sentía más libre para mover mis extremidades, en lugar de parecer un paquete frágil. La imagen que vi en el espejo me agradó. Finalmente me puse el gorro.

"De acuerdo", le dije al volver a la sala de estar. "Vamos".

"Creo que te ves mejor que con la ropa de esquimal que tenías en la primea clase", dijo, con tono jocoso mientras sonreía.

Comenzamos de la mejor manera posible. Me llevó a las montañas para enseñarme los movimientos principales. Luego me habló de las destrezas que debía desarrollar en el siguiente nivel. Me explicó que si balanceaba mis caderas podría moverme de una manera más rápida y controlaría mejor los movimientos. Con sus dedos sujetando mi cintura y halándola donde le placía, me relajé rápidamente. De hecho, olvidé el frío, porque sus manos me llenaron de calor. Si decidía extender la clase por el resto de la tarde, y la noche, me sentiría muy feliz.

Tras dar unas cinco vueltas por las montañas, decidió que era el momento e ir a una montaña más complicada. Tomé aire al verla desde la cima. La dificultad del sendero me desanimó rápidamente. No sabía si debía dar ese paso. Él notó mi miedo y sonrió. Puso su mano en mi hombro.

"Puedes hacerlo", aseguró. "Además, estaré muy cerca. Si crees que no puedes más, solo baja la velocidad y siéntate. Es el mejor mecanismo para frenar el movimiento. Estaré a tus espaldas. Así podré ver que no viene nadie más".

Sus palabras me dieron la fortaleza que necesitaba. Asentí y sonreí. Me pareció irónico que alguien me animara a demostrar mis capacidades, porque estaba acostumbrada a estar con alguien que me obligaba a esconderlas.

Me sentí tan animada que me impulsé a llenarme de valor. Incliné mi cuerpo para tomar impulso. Dejé las manos a los lados y moví mis caderas, tomando en cuenta sus indicaciones. Realmente me sentí feliz. Sí: estaba esquiando. La nevada refrescaba mi pecho. Estaba haciendo algo que no había hecho en muchos años: disfrutar. Pero el final de la montaña estaba cerca, y me llené de miedo.

Había olvidado cómo detenerme. Hundí los palos para intentar frenar. Fue útil, aunque mis piernas estaban moviéndose demasiado. Reí con fuerza y Marcelo llegó al lugar en el que estaba. Cuando finalmente me detuve, lo hice con tanta rapidez que caí de bruces sobre mi espalda.

"No fue una conclusión muy linda", dijo, y sonrió. "Pero me alegra lo bien que lo hiciste. Estoy impresionado".

"Agradezco ese cumplido", respondí, tomando su mano.

Me levanté, cedimos nuestros equipos a un conserje y caminamos al bar en busca de alguna bebida para calentarnos. Aunque mi cuerpo parecía una bandera en el viento y la temperatura de mi cuerpo había sentido, estaba muy contenta. Quise tomar chocolate. Un camarero me entregó una taza de sentí la temperatura alta en mis dedos.

Marcelo ordenó un par de croissants antes de sentarse a mi lado. Tomé uno y noté que estaba recién preparado. Entonces me percaté del apetito que sentía.

"No me has contado", me indicó. "¿Cuándo se van?".

"Esperaremos el Año Nuevo aquí", le conté, con alegría. "Afortunadamente, nadie hizo reservas previas en nuestra habitación".

"Me alegra mucho saberlo", dijo. "Y ya que estarás aquí para esa fecha, ¿te gustaría recibir el Año



Nuevo conmigo? Nuestro hotel dará una gran fiesta. He estado en algunas y sé que son estupendas. Usaríamos nuestros trajes más elegantes. Seríamos la envidia de todo el mundo".

No se me ocurría una mejor manera de recibir un año. Su propuesta me pareció perfecta, por lo que asentí y sonreí. Tomé otro sorbo de chocolate y mi cara se ruborizó. Sería la primera vez que estaría en una gala de ese tipo para recibir un año. También sería la primera vez que estaría acompañada por un hombre. Leonel pasaba esas fiestas en otra ciudad.

Cuando me había invitado a estar con él, me negué, porque no me sentía cómoda. De todos modos, él salía sin mí. Anticipar lo que sucedería me emocionaba. Ahora tenía la oportunidad de estar en una gran fiesta, en un maravilloso hotel, y mejor aún, con un sujeto sexy que sí quería estar conmigo.

"Pediré nuestros boletos en un rato", me contó, con alegría. "Y también pediré uno para Catherine".

"Sé que se sentirá muy feliz", aseguré.

"¿Tú también lo estás?"

"Solo diré que... me muero de ganas de estar en esa fiesta", dije, con mi cara inundada de rubor.

Cada momento que pasaba me hacía sentir más relajada y más contenta. Charlamos, pedimos nuestro almuerzo y luego regresamos a las montañas. Tenía mucho deseo de esquiar. Sentía que debía haberlo hecho hacía mucho tiempo, aunque me contentaba saber que podía hacerlo durante el resto del tiempo que tenía en el hotel.

Aprovecharía las lecciones de Marcelo. De ese modo, no me preocuparía lastimarme ni caer por un barranco. Ir a ese hotel había sido una de las mejores vacaciones que había tomado. Sabía que mi tiempo en el hotel terminaría pronto, pero también sabía que podría disfrutar allí el Año Nuevo.

Un año nuevo que comenzaría con pasión, sexo desenfrenado y seguramente mucho vino. El tiempo que había pasado allí me había servido para renovarme y sentir que podía comenzar una nueva etapa de mi vida llena de vigor, sin el temor que me aturdiría antes.

Para ello, debía honrar la promesa que le había hecho a Catherine: se trataba de tener sexo con Marcelo, pasarla muy bien, y luego partir sin remordimientos. Esa sería la parte más placentera de mis vacaciones. Y también sería el final.

# Capítulo 17

## La víspera de Año Nuevo

### Marcelo

Estaba en mi dormitorio, acomodando mi corbata, aplicándome colonia y aplicando gel en mi cabellera. Me vi en el espejo y sonreí, al darme cuenta de la expresión en mi rostro. No usaba un traje tan elegante desde la ceremonia nupcial de mi hermana. Eso había pasado hacía muchos años. Además, en ese momento había usado zapatos casuales, lo que no estaba ocurriendo ahora.

Tenía zapatos elegantes. Todo mi atuendo lo era, porque quería causarle una gran impresión a Laura. Aunque solo teníamos poco tiempo en Loma Alta, me parecía que no quería irme nunca de allí, pues ella lo había convertido en un lugar muy especial.

Me había detenido a verla durante mi lección privada. No paré de reír con sus movimientos iniciales torpes y su caída. La miré siempre mientras escolté sus paseos. Aunque Pablo seguía fuera de la ciudad, me sentía contento de asumir todas las lecciones, pues eso implicaba que, durante los recesos entre cada lección, podía almorzar con Laura. Ya formaba parte de mi rutina, y me hacía sentir contento. Solo me preocupaba cómo se sentiría en el momento de nuestra despedida.

Fui a la sala de estar de mi habitación. Me puse mi chaqueta y la dejé caer con calma en mis hombros. Puse los botones de los puños en los ojales y revisé que no hubiera arrugas. Llevé ambas manos a los bolsillos de mi pantalón. Entonces me vi de nuevo en el espejo y sonreí. Parecía un agente secreto de una película de acción, aunque me faltaba el auto con miles de funciones y los zapatos que disparaban.

Al ver la hora en mi celular, me sentí nervioso. Si no me apuraba, quedaría como un hombre impuntual. Tomé mis llaves y mi sobretodo para salir. Fui al ascensor. Javier estaba esperándolo. Tenía un esmoquin negro y sonrió al verme. Lucía elegante, como de costumbre.

"¿Vas por Catherine?"

"Así es", respondió. "¿Vas por Laura?"

"Exacto", dije, y sonreí.

"Nunca olvidaremos esto", afirmó, con expresión de seriedad.

El ascensor llegaba al piso del dormitorio de las chicas. "Así será", dije, tocando ligeramente su hombro.

Bajamos y abrimos su puerta con calma para ver qué sucedía. No había nadie en la sala de estar. En los dormitorios había silencio. Nos vimos fijamente y ambos supimos lo que pensaba el otro. Entonces decidimos ver más.

Él pasó al bar para abrir el champán que tenía en sus manos. Asentí y sonreí. Tomé cuatro copas y se las cedí. Sirvió champán y llenó las cuatro copas con burbujas.

"Señoritas", dije en voz alta. "Estamos esperando por ustedes".

"En un minuto estaré allí", dijo Catherine en voz alta.

Laura salió por la puerta de su habitación con suma calma. Al verla, me impresioné tanto que no pude decir nada. Sus labios brillaban con un tono rojo fuerte, lo que despertó mi deseo de besarlos cuanto antes.

Había dejado sus cabellos libres, por lo que rodaban por su pecho y su espalda. Había aplicado capas oscuras de maquillaje en su cara, por lo que su mirada se veía aún más intensa. No pude cerrar mi boca cuando bajé mi mirada para ver su cuerpo.

Tenía un vestido ceñido que se aferraba a su delgada cintura. Lentejuelas de varios colores se sacudían sobre sus senos y sus caderas. La tela llegaba hasta sus rodillas. Notó mi expresión y bajó su cara, con algo de vergüenza. Catherine salió unos segundos después. Lucía también muy hermosa.

"Creo que muchos hombres van a sentir envidia de nosotros en la sala de fiestas de este hotel", dije cuando giré para ver a Javier.

"Así es", dijo entre risas.

Tomamos un trago de champán para brindar. Después salimos de la habitación, rumbo a la celebración. Cenamos algo ligero y luego comenzamos a bailar. Las canciones se mezclaban con el vino. El hotel nos obsequió bufandas y sombreros de Navidad.

Eran estupendos, aunque yo parecía un muñeco de nieve mal dibujado con el mío. Laura se veía espectacular, pues el sombrero colorido combinaba con los poderosos tonos de su ropa. Catherine y Javier abandonaron la fiesta para quedarse a solas en una habitación que él había rentado para esperar en ella el Año Nuevo. Laura y yo, en cambio, permanecemos entre los asistentes, bailando y riendo con sus ocurrencias.

Nunca había disfrutado tanto la compañía de una chica. Estaba tan feliz que esperaba que la noche no terminara nunca. Su apariencia era fenomenal, pero la lujuria que experimentaba me hacía sentir un gran deseo de quitarle la ropa y ponerla bajo mi pecho. Comenzó a caer confeti y continuamos bailando, arrojados con las luces de neón.

Perdí la noción del tiempo. Solo me di cuenta de la hora que era cuando mostraron en una gran pantalla una fiesta en el centro de la ciudad de Los Trigales en la que ya contaban hacia atrás para recibir el Año Nuevo.

Estaba contento de estar cerca de todas esas personas alegres y joviales, mientras el año viejo concluía, pero prefería quedarme solo con ella. Me acerqué a ella para besar su mejilla y tomé la copa de sus manos.

"Salgamos de este lugar", le pedí. Tomé mi sobretodo para cubrir mis hombros. "Podremos recibir el año en otro lugar más especial".

Asintió mientras sonreía. Tomó su abrigo y también se lo puso. Tomé su mano para sacarla de la fiesta y guiarla por el vestíbulo. Abrí la puerta principal para que ella saliera. El cambio de temperatura fue notable. Entonces la abrigué entre mi pecho y mi hombro.

Caminamos por la vía rodeada de pinos para llegar al patio cubierto en el que la había visto sonreír por primera vez. Levantó la cara para mostrarme una sonrisa. Nos fijamos en las montañas

sobre las cuales se verían los juegos de fuegos artificiales que lanzaría el personal del hotel.

Escuchamos a los huéspedes en la sala de fiestas. Sus gritos de alegría se combinaban con los gritos de los que salían al patio para ver los fuegos artificiales. Me acerqué a su oído para hablarle en voz baja. ¿Cómo podía haber imaginado que ese sería nuestro presente, que recibiríamos un año juntos, felices y abrazados?

"Cuatro... tres... dos... uno... feliz año nuevo, Laura", le dije.

Giró y su mirada se cruzó con la mía mientras los primeros fuegos artificiales iluminaban el cielo sobre nosotros y llenando de colores el lugar. El juego de luces la hacía ver más hermosa, y me acerqué a su cara para besar suavemente su boca. Sentía que dentro de mí también estaba recibiendo un año nuevo, con fuegos artificiales estallando en mi corazón con ese encuentro ligero de nuestros labios. El sabor dulce y cálido de su boca inundó mi paladar.

Empecé a besarla con más fuerza, y ella me correspondió. Cerró sus ojos mientras me abrazaba intensamente. Llevé mi lengua a su garganta, mostrándole el fuego que sentía. Sujeté su cintura y mi lengua salió de su boca para lamer sus labios.

Noté que su corazón y su respiración se aceleraban. Abrió más su boca para que pasara otra vez. La temperatura de su cuerpo subió y volví a introducir mi lengua en su garganta.

Unos segundos después se alejó de mí. Estaba sin aire, al igual que yo. Gritos de felicidad se unían al eco de los fuegos artificiales. Reímos varias veces, mientras aún mis labios sentían la vibración de los suyos. Giramos una vez más para ver el espectáculo celestial. Por primera vez me sentía tan feliz de recibir un año.

Estaba con ella, abrazándola y contemplando su belleza. Laura protagonizaba el episodio más dulce y encantador de mi existencia, y ya estaba convencido de lo que esperaba hacer en las próximas horas.

La tomé entre mis brazos y al llegar a la entrada del hotel la apoyé con calma sobre el piso. Muchos huéspedes salían de la sala de fiestas. No paraban de reír y desearse feliz año nuevo. Laura, no obstante, no dejaba de verme. Quise preguntarle si quería regresar a la sala de fiestas, pero ya sabía lo que me diría. Yo tampoco quería regresar allí. Creí que diría algo, pero en lugar de hacerlo, puso su mano en mi pecho.

"Quiero que me acompañes", dijo en voz baja, cerca de mi boca.

Me obligué a asentir para mostrarle que estaba de acuerdo. Iría adonde me lo pidiera. Estaba teniendo una poderosa erección. Mis músculos estaban muy tensos. Me calmé, como pude, y pasamos de nuevo por el vestíbulo para llegar a un ascensor.

Sonreímos y deseamos mucha felicidad a cada uno de los huéspedes que encontrábamos. Entramos a un ascensor, presionamos el botón y dejamos espacio para que otros entraran. El aparato empezó a subir.

Ella tomó mi mano y sonrió. Al llegar al cuarto piso, giramos para asentir y descendimos. Me quedé a su lado mientras ella buscaba la llave de la habitación. Pasé después de ella y cerré su puerta. Ella dio unos pasos coquetos, encendió la chimenea de su dormitorio y luego regresó para hacer lo mismo con la de la sala de estar. Me quitó el sobretodo y lo puso en el armario. Entonces giró para regalarme otra sonrisa.

El fuego ardía cada vez más, no solo en la chimenea, sino también dentro de mí. Las llamas se reflejaban en las paredes y las ventanas. Avancé con lentitud hacia su cara. Otro beso de mi boca llegó a la suya. Se apartó para sonreír una vez más.

Luego se quitó sus zapatos de tacón. Los ubicó cerca del sofá y tomó una sábana. Ella tomó asiento en el sofá y yo hice lo mismo, unos segundos después. Sobre las montañas seguían brillando las luces de los fuegos artificiales de la celebración.

Atraje a Laura a mi pecho, abrazándola con una mano mientras usaba la otra para aflojar y quitar mi corbata. Puso sus dedos en mi pecho, apretando mis músculos un momento después. Sentí que la electricidad estaba creciendo. Era tan intensa que me costaba mantener a raya a mi gran pene. Sus senos se asomaban frente a mí.

Levantó sus muslos para ponerse sobre mi regazo. Su vestido cayó a ambos lados de mis piernas. Pude ver la piel de sus muslos. Toqué sus rodillas y su cuello, para hallar su cara hacia mí y besarla otra vez. Ahora era ella quien me desbordaba con su deseo. Era tanto que me lo contagiaba. Sentí su aliento pesado en mi boca.

Acerqué mi cara un poco más para saborear profundamente sus labios. Bajé mi cara y sentí la piel agitada de sus piernas. Quería levantar su vestido. Usó sus manos para desabotonar mi camisa y quitármela. Sus manos nerviosas acariciaban mi pecho, lo que levantó la emoción en mi piel.

Puse mis manos en mis caderas para acomodarla perfectamente sobre mis piernas. Subí más la tela que cubría sus piernas para que llegara a su cintura.

Con sus pies llegó a mi espalda, y puso su ingle sobre mi gran erección. Ese movimiento me hizo gemir. Apreté con fuerza su cintura para que se apoyara sobre mí. Sabía que debía moverme de prisa. Tenía que ver toda su piel. Tenía que probarla. Entonces la vi y noté cómo cerraba sus ojos, respiraba pesadamente y reclinaba su cara.

Bajó sus brazos con calma para bajar la cremallera de su vestido. En poco tiempo cayó sobre sus caderas. Me maravilló ver cómo se movían sus senos con su accionar. Era un par de tetas grandes, blancas y turgentes. Rápidamente moví mi cara para tomar uno de sus pezones.

Impulsé mi cuerpo para tomar sus nalgas con ambas manos. Me moví para quedar sobre ella, con lo que sus piernas acariciaron sobre mi trasero. La levanté para llevarla a su habitación. Cuando pasamos, le di un golpe con mi pie. Me puse en el centro de la cama mientras no paraba de gemir. Se puso sobre mi erección. Levanté mi pene con mi mano y ella se apoyó en él. Su ritmo se acopló con el mío.

La tensión de su cuerpo, acumulada, empezaba a soltarse. Su vagina estaba empapada. Entonces lo supe. Tenía que escuchar sus gritos frenéticos y que mi tronco se llenara con sus líquidos orgásmicos. Tenía que penetrarla profundamente.

Tenía que ver todo su cuerpo antes de que amaneciera.

## Capítulo 18

### Laura

Me llevó al borde de mi cama, y en ese instante me aferré a su cuello para besar sus labios con fuerza. Cara caricia de Marcelo era perfecta. Y cada beso, cada lamido de sus labios en mis senos, cada apretón de sus manos y cada penetración vaginal que me hacían, me hacían arder de placer.

Su lengua chocaba con la mía y pude percibir su aroma a alcohol, su efervescente saliva llenándome de pasión. Sus besos me habían calentado como nunca lo había hecho. En ese momento me di cuenta de que, si íbamos a estar tan cerca, solo habría una forma de aplacar ese intenso dolor y la fuerte necesidad que sentía.

Tenía que hacer que me penetrara, que llegara al fondo de mi vagina, colmando cada centímetro de mi cavidad con su erección. Lo que sentía en mis labios vaginales me hacía darme cuenta de que lo que había visto en mis sueños era muy real: su pene era enorme y poderoso. Mi vagina estaba implorando que él la saciara, pero entendía que yo debía ser paciente, pues no quería recortar mi placer. Además, sería la única vez que estaríamos juntos.

Recliné mi espalda para quitarle su corbata y su camisa. Las dejé caer en la mesa de noche y usé ambas manos para palpar su pecho cincelado. Me aferré a los pliegues que se formaban en su abdomen. La humedad de mi ropa interior era notable. Simultáneamente empecé a moverme rítmicamente, con mi vagina excitada cayendo y subiendo sobre su pene. Me arrodillé lentamente para ayudarlo a bajar su cinturón y la cremallera de su pantalón.

"Por favor, quítate esa ropa", le pedí.

Me obedeció inmediatamente. Sus pantalones quedaron sobre sus talones, al igual que su ropa interior. Contemplé con asombro su gran erección, y la acaricié con una mano. Bajé con calma, con lo que quedé cerca de sus piernas.

Con su mano sujetó mi vestido, lo llevó arriba y me lo quitó. Moví mi mano por su tronco, pero aún no me había penetrado. Humedeció su boca y luego besó mis senos, apretándolos y gruñendo sobre ellos. Escuché sus gemidos inquietos. Me levanté para moverme sobre su erección, y sentí la el grosor de su pene a través de la tela de mi ropa interior. Comprobé el deseo en su mirada.

Esperaba sentirme deseada cuando me viera, y ahora notaba que me deseaba tanto que me costaba esperar que me penetrara. Me costaba esperar que me lanzara a la cama con la fuerza de sus manos o me llevara al piso para cogerme allí, en el suelo frío.

Como quería que eso sucediera, tenía que despertar el calor en él, hasta el punto de que fuese insoportable. Tenía que despertar su fervor más primitivo, levantar a la fiera interior de su ser, y despertar también esa fiera que yo tenía y que había sepultado por mis años de cohibición.

Tomé su cabellera y la halé, para contemplar su cuello desnudo. Me acerqué con calma y lamí la piel de su pecho hasta llegar a su mentón. Entonces subí a su boca y me detuve sobre ella. Besé sus labios fogosamente, en un intento por manejar la situación, aunque entendía que sería difícil. Pronto me tomó por mis caderas y se puso de pie. Me puso a un lado y giró.

Me levantó con fuerza para llevarme a la cama. Sonrió maliciosamente al contemplar mis senos moviéndose hacia los lados. Suspiró y se quitó los zapatos y los calcetines. Yo también estaba contenta, pero no lo demostré con mi expresión. Se acercó a mí, deshaciéndose de mi ropa interior.

Quedaron en el piso. Me acomodé en la cama, apoyando mi cabeza en una almohada y reclinando mi espalda. Se puso sobre mí mientras mordía su labio inferior. Era el momento que esperaba, por lo que separé mis muslos para que me tomara. No obstante, no lo hizo. En lugar de ello, se impulsó hacia abajo.

Sentí las punzadas de placer que me dio cuando enterró su lengua en mis labios vaginales y luego llegó a mi clítoris. Mis líquidos colmaron su cara. Apreté las sábanas y cerré mis ojos. Gemí una y otra vez Su aliento caliente estremecía mi cuerpo. Con sus dedos separó mis labios vaginales y subió y bajó por ellos con mi lengua.

Con los dedos de su otra mano apretó mis nalgas mientras recibía mis líquidos en su lengua. Subí mis caderas para llevar mi cuerpo a su cara. Insertó un par de dedos en mi interior y me penetró con furia con ellos. Sentí la erupción que empezaba a acumularse en mi vientre, por lo que tomé aire, intentando bajar la excitación. Sujeté con todas mis fuerzas sus cabellos y comencé a balancear mis caderas, simultáneamente con su cara.

Empujó sus dedos en mis profundidades, haciéndome experimentar un placer desconocido. Puso su mano sobre mis muslos para obligarme a mantenerme sobre la cama. Su lengua se movía sin detenerse ni un segundo. Se quedó sobre mi clítoris, mordiendo y lamiendo a placer, y yo intentaba mantenerme inmóvil, aunque no podía. Temblé una y otra vez.

Cada cosa que hacía con su lengua me excitaba más que su movimiento anterior. No había experimentado tanto placer. La erupción estaba a punto de soltarse, por lo que apreté otra vez la sábana. Bombeó con más poder dentro de mí. Y llevó su lengua a la entrada de mi vagina en un par de ocasiones. Al mover sus dedos con una prisa mayor, cada uno de mis músculos se tensó.

Agité mi pecho y me quedé sin aliento. Allí estaba. El volcán del placer se sacudía. Abrí mi boca ampliamente. Moví mi cuerpo hacia arriba, apretando su cabeza con mis piernas. Intenté gritar de éxtasis, como lo había hecho en mis sueños, pero no pude hacerlo. No tenía fuerzas. El clímax me sacudía y no me permitía hacer nada más.

Unos segundos después, cuando pude recuperar el aliento, pude dejar escapar un leve gemido. Mis músculos se relajaron. Marcelo se levantó y se puso a mi lado. La felicidad se notaba en sus ojos.

No le di más tiempo para reaccionar. Me puse frente a él, llevándolo sobre la cama. Separó sus piernas y sonrió. Me incliné para sujetar su tronco. Su expresión me demostró que estaba listo para mis acciones. Lamí cada centímetro de su pene. Escuché sus gemidos salvajes cuando mi lengua lamió su glande. Después paseé por su tronco y llegué hasta sus bolas.

Me detuve allí por unos segundos. Luego subí e introduje todo su tronco en mi boca. Me empujé para moverme hacia arriba, luego paraba y me movía hacia abajo. Con cada empuje lo llevaba más dentro. En poco tiempo tuve su erección en mi garganta. Subí mi cara y noté cómo cerraba sus ojos y exhalaba. Puso sus dedos en mi cabellera y me vio por pocos segundos. Nuestras miradas lujuriosas se encontraron. Usé mis otros dedos para acariciar sus pelotas inflamadas.

Me retiré por un momento para abrir más mi boca. Lo llevé al fondo de mi boca, lo máximo que

pude, y lo dejé allí, apretando ligeramente su tronco y humedeciéndolo, sin decir nada ni poder respirar. Mi saliva caía sobre sus bolas y mis dedos inquietos.

Con un movimiento rápido retiró su pene y me obligó a verlo. Me levanté y vi su mirada lujuriosa una vez más. Se sentó y subí a su regazo. Mis piernas llegaron a su espalda. Puse su mano en mi tronco y la guíé a mi entrada. Caí sobre él, sintiendo cómo me cogía con su pene por primera vez. Su pene estaba vibrando dentro de mi ser. La intensidad de la sensación me hizo gemir.

Era obvio que mi sesión preliminar lo había excitado bastante, por lo que pronto tendría un orgasmo. Y yo quería que lo tuviese mientras estuviera dentro de mí. Quería escuchar sus gritos de placer sobre mi cara.

Apoyé mis dedos en sus piernas para impulsarme hacia atrás y luego moverme hacia adelante, en un vaivén que aceleraba mi placer y me dejaba sin aliento. Puso un par de dedos en mi clítoris mientras su mirada hambrienta veía mis senos y el resto de mi cuerpo. Marcelo se movió para llegar al fondo de mi ser, y la sensación hizo que mi boca se llenara de gemidos.

Subí un poco mis muslos para saltar con mi vagina sobre su pene. La mayor parte de su tronco quedaba fuera de mí, pero la llevaba rápidamente al fondo, causándome un calor cada vez más intenso.

Soltó varios gruñidos mientras reclinaba su cara y cerraba sus ojos. Impulsivamente se sujetó a mis piernas y alargó sus muslos para que chocaran con los míos. Gemí mientras me atreví a tocar mis senos agitados.

Las tomé con ambas manos y nueva erupción comenzó a moverse en mi pecho. Levantó su cara, un movimiento que congeló momentáneamente mi balanceo. La fuerza de sus músculos me hizo sentir cómoda. Su boca fogosa chocó con mis labios mientras sus manos tocaban mi cuello. Empezó a penetrarme otra vez, a retirar su pene casi por completo y a introducirlo de nuevo.

El choque de mi piel con su piel hacía que las paredes vibraran. Bajó sus manos a mis caderas para bajarme de él. Siguió dentro de mí mientras lentamente me acomodaba bajo su pecho. Se impulsaba más y más a medida que bajaba, tomaba mis piernas para ponerlas en su pecho y me penetraba sin clemencia.

El placer colmaba mis entrañas, por lo que cerré mis ojos. Contuve la respiración mientras subía y dejaba las marcas de mis uñas en su pecho.

Rápidamente me hizo bajar, pues su pene poderoso se empujó con más fuerza y su vientre acarició la entrada de mi vagina. El clímax me producía un segundo estallido de placer. Recliné mi cara mientras abría mi boca otra vez. El vendaval de líquidos empapó su pene mientras mi vagina no dejaba de latir. Escuché sus gruñidos salvajes cuando me penetró una vez más, con la mayor furia que podía, y el clímax lo desbordaba. Sus ojos se cerraron y sus hombros dejaron de moverse.

Estaba muy tenso. Su mandíbula se apretó mientras me llenaba con su semen.

Abrió sus ojos y me vio fijamente. Cuando pudo recobrar el ritmo habitual de su corazón, su pecho se calmó y respiró profundamente. Me levanté lentamente para besarlo. Toqué su pecho y percibí los latidos acelerados de su corazón. Me alegré de saber que quien producía ese efecto era yo.

Salió de mi cuerpo y se puso a mi lado. Mientras exhalaba una y otra vez, cubrió su cuerpo con



una sábana. Giró un momento después. Cuando vio mi rostro, me llevó a su pecho. Su cuerpo lentamente se tranquilizó por completo. Tomó mi mano y sonrió.

"No te lo imaginas lo mucho que me gustó", dijo, en voz baja.

"Puedo imaginarlo", dije, y sonreí.

"Fue muy lindo", dijo, y rió. "Me alegra haber visto esta parte de tu vida que hasta ahora no había podido ver. Ahora soy más feliz que antes".

"Había reservado mi energía para un momento como este", dije, con una sonrisa. "Bueno... no sé si esa frase se oye bien".

"No importa. Entiendo lo que quieres decir", dijo, con una sonrisa.

"¿Pasarás la noche conmigo?"

"Si me lo pides...", dijo, asintiendo.

Me senté y giré. "Estoy pidiéndotelo", dije, suspirando. Extendí mi mano para que se acercara a mí.

Usé mi otra mano para apagar las luces. La chimenea aún iluminaba el dormitorio. El sonido del fuego y el brillo que nos regalaba me hacía sentir tranquila. Además, el aliento fresco de Marcelo completaba ese maravilloso momento de paz.

No había vivido un momento tan íntimo ni romántico con Leonel ni con nadie. Entonces recordé qué debía pasar pronto, y volví a la realidad. Suspiré al recordar que ese volcán en mi vientre y la calma posterior ocurrían en parte porque lo que tenía con Marcelo pronto llegaría a su fin. Era sexo con una persona que no volvería a ver. Luego de esa noche, no sabría más del él. No habría que dar ni pedir explicaciones, ni preocuparse por el mañana.

Atraje su cuerpo hacia mí para que me abrazara. Me sentí cobijada en su pecho cálido. Mis dedos tocaron todos sus tatuajes. El aroma a hombre que desprendía, así como la agradable sensación que experimentaba con su sonrisa y su compañía, me hacían sentir que tal vez sería imposible renunciar a él.

Recordé las palabras que Catherine y yo habíamos intercambiado, y mi pecho se llenó de confusión. Antes de llegar al hotel, ella y yo habíamos conversado sobre su plan, y ahora debía recordar lo que me había dicho luego, cuando habíamos ido de compras.

Él no quería compromisos. Debía verlo como lo que era: un hombre que buscaba mujeres solo para acostarse con ellas. Solo debía conservar un grato recuerdo de mi experiencia con él y abandonar cualquier otro plan.

Era parte de su naturaleza. Por sus viajes frecuentes y su personalidad de conquistador, todo lo que me propusiera con él no funcionaría. En ese instante deseé mantener esa imagen de su sonrisa en mi mente y evitar una separación dolorosa.

Me concentré en la felicidad que me daban su abrazo y sus tiernas caricias. No quería pensar en nada más. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había disfrutado tener una siesta con un hombre, por lo que deseaba atesorar esa paz al regresar a mi apartamento vacío y sin calefacción. Volvería allí, solo con los recuerdos de Marcelo en mi mente y su presencia en mis sueños más íntimos.

## Capítulo 19

### Marcelo

La caída distante de la nieve se asomaba a lo lejos. El sol anunciaba la llegada de la mañana. Me desperté, abriendo con calma mis ojos, y contemplé el cristal empañado de la ventana. Estiré mis brazos y los llevé detrás de mi cabeza. En los últimos años no había tenido un sueño tan reparador y grato. Además, no había dormido en la cama de una mujer, al menos hasta donde pudiera recordar.

Cuando eso había ocurrido, en una única ocasión, estaba tan ebrio que la chica me había impedido conducir e incluso tomar un taxi. Ahora la sensación y la experiencia eran muy distintas. Solo quería girar para ver el rostro de Laura, disfrutar aún más su compañía y maravillarme con sus curvas.

Moví mi brazo a un costado y me incliné para verla. Observé parte de su cabello cubriendo su rostro y la suave curva de una leve sonrisa. La belleza de su piel, el grosor de sus labios y la suavidad de sus manos eran prueba de ello. También sonreí, porque me parecía la chica más bella que hubiera pasado frente a mí.

Escuché que se movía un poco y gruñía ligeramente, pero no despertó. Su sonrisa se hizo más pronunciada. Supuse que estaba teniendo un sueño placentero que la hacía reír. Esperaba estar en ese sueño en lugar de que estuviera otra persona, seguramente un novio que le hacía espera en su hogar.

Negué con mi cara y toqué mis hombros. Sentí que una extraña emoción comenzaba a recorrer mi cuerpo. Fruncí mi ceño cuando me di cuenta de qué se trataba. Entendí que no se parecía en nada a lo que había vivido hasta ese momento, como consecuencia del estilo de vida que llevaba. Eran celos. Celos del hombre, si existía, que se convirtiera en el novio o el esposo de Laura.

Sentí que estaba en una pelea y el otro boxeador me propinaba un golpe que me dejaba en el piso. Nunca había tenido deseos de tener una novia, una relación seria. Ahora, con Laura, los sentía.

Me vi presentando a Laura a toda mi familia, con la esperanza de que ellos la aceptaran, lo que seguramente ocurriría y me haría feliz, pues sabía que ellos estarían contentos y yo estaría feliz de tenerla a mi lado. Pensé en formar parte de su vida, en llegar del trabajo y que ella me esperara, que me recibiera con los brazos abiertos y me besara.

Me imaginé cenando a su lado mientras reíamos, charlábamos y hablábamos de nuestros días y veíamos algo en la televisión. Luego paseé por la idea de que ambos saliéramos con su amiga Catherine y su compañero en ese instante, y que luego recibiéramos la Navidad y Año Nuevo alegremente. Y también pensé que habría un lugar que jamás saldría de mi mente, aunque no me haría falta volver allí: Loma Alta. Era una especie de hogar para mí.

El paisaje blanco, las montañas que siempre me daban la bienvenida y los huéspedes del hotel ansiosos por aprender a esquiar. Esa suma de condiciones hacía que me encantara ese lugar. Además, las chicas que llegaban eran preciosas, aunque Laura había ocasionado que me concentrara en ella exclusivamente y no quisiera conocer a otra mujer.

Me levanté suavemente y aparté con delicadeza los cabellos que cubrían la cara de Laura. Ella regresaría a su ciudad en unas horas, aunque me encantaría que continuara durmiendo plácidamente un rato más. Dejé caer un beso en su mejilla. Comenzó a moverse con mayor nerviosismo. Puso sus manos en su mejilla, justo donde la había besado. Abrió sus ojos y al verme, sonrió alegremente. Estiró sus brazos y bostezó.

"Feliz día", dije, con alegría. "¿Qué tal pasaste la noche?"

"Estupendamente bien", dijo, con una gran sonrisa. "¿Qué tal la tuya?"

"Creo que fue la mejor de mi vida", revelé. "Lamentablemente, todo llega a su fin. Debemos salir pronto. Tenemos que terminar de despertar y prepararnos".

"Lo sé", dijo, gimiendo y llevando su cara a mi pecho.

"Bueno, podríamos irnos un poco más tarde", dije, y sonreí.

Se sentó y golpeó juguetonamente mi hombro. "Sé lo que quieres decir, pero no lo lograrás", respondió. "¿Qué hora tiene tu celular?"

"En diez minutos serán las ocho", le indiqué.

Se puso de pie rápidamente. "Vaya. Es una mala noticia", respondió. "Significa que solo tengo un poco más de una hora. Supongo que Catherine ya está en su dormitorio".

Cubrió su cuerpo con una bata para abandonar la habitación. Escuché que llamaba a su amiga incesantemente mientras caminaba por la habitación. Luego tomó su celular. Catherine evidentemente no había despertado.

"En poco tiempo debemos irnos. Debes levantarte", comentó.

Regresó al dormitorio, agitó su cara y sonrió. Con movimientos ágiles peinó sus cabellos y los recogió sencillamente sobre su espalda, en una agujeta. Había decidido no ducharse. Buscó algo de ropa en el armario para vestirse. Tomó mi ropa y la puso a mi lado. Bajó su cara al notar que la veía.

"Quizás no quieras seguir desnudo", dijo, y sonrió. "En un momento subiré Catherine".

Me senté y me puse en el borde de la cama. Sonreí al saber que estaba viéndome desnudo. Vio por la ventana y luego se fijó en el armario para preparar su equipaje. Me puse ropa interior, calcetines, el pantalón elegante de la noche anterior y la camisa que lo acompañaba.

Mi idea era lucir lo suficientemente decente como para ir a mi dormitorio. Tenía que hacer lo mismo que hacía Laura: preparar mi maleta para ver a Pablo. Estaría en unos noventa minutos en el aeropuerto. A pesar de ello, sabía que faltaba algo: tenía que preguntarle a Laura si quería continuar conmigo. Tal vez le agradaría la idea.

"Oye...", le dije cuando salió del baño. "¿Podrías acercarte un momento?"

Me vio con sorpresa, aunque me pareció que ya intuía el tema de la charla. Giró y me mostró una cálida sonrisa. Terminó de empacar y con calma se sentó a mi lado. Puse sus manos entre mis dedos. Tomé aire y la vi fijamente. Abrí mi boca, pero no me permitió hablar.

"Esto no es necesario", comentó con alegría.

"¿De qué hablas?".

¿Qué creía Laura que yo iba a decir? No lo sabía. Ahora era yo quien estaba sorprendido. Alejó sus manos y volvió a sonreír. Entonces se puso de pie y tomó su equipaje. Lo levantó luego de cerrarlo. Giró y puso su espalda sobre la pared mientras me veía fijamente.

"No es necesario que digas que no quieres comprometerte en algo a largo plazo".

"De hecho, iba a decir que..."-

"No pasa nada, Marcelo. Puedes estar tranquilo", dijo, y sonrió una vez más. "Admito que la pasé increíblemente bien. Jamás hubiera imaginado que recibiría el Año Nuevo de ese modo. No solo pude tomar lecciones de esquí, sino que también compartimos un tiempo muy agradable a solas. Estoy feliz de haberte conocido, aunque no era mi plan. Tengo claro que por tu trabajo debes viajar a todos lados, y entiendo que no vas a dejar de ser mágicamente quién eres y comprometerte conmigo por los pocos días que pasamos juntos".

"Justo eso estuve analizando", comenté, en voz baja. "Pero las emociones que siento son...".

"Extrañas. Te entiendo", dijo con calma. "Siento lo mismo que tú, pero prefiero conservar los recuerdos de las cosas que vivimos, como la noche de ayer, y quedarnos con ellos. Así es como quiero recordarte y así es como espero que me recuerdes. Espero volver a este lugar para las próximas Navidades. Podremos vernos si tú también vuelves. En el caso de que coincidamos, tendremos una nueva oportunidad de estar juntos, pasándola bien por una semana más, o dos. Mientras eso sucede, creo que deberíamos enfocarnos en nosotros mismos".

Me levanté para acercarme a ella. "Claro", respondí, aunque no estaba seguro de lo que ella estaba planteando. "También disfruté este tiempo juntos. Espero verte... las próximas Navidades. Que estés bien".

Incliné mi cara y besé su mejilla. "Es lo mismo que deseo para ti", susurró.

Evité girar para no ver su cara otra vez. Tomé mi sobretodo para salir de su dormitorio. Al llegar al pasillo, Catherine estaba llegando. Sonrió y yo respondí con otra sonrisa. Giré y llegué con unos pasos al ascensor. Me quedé inmóvil ¿Debería volver a la habitación para hablar con Laura? Negué con mi cara y exhalé. Seguí mi camino y cuando llegué a mi dormitorio hice mis maletas de prisa. Subí la mirada para ver de nuevo su dormitorio. Pedí un taxi para que fuese a recogerme.

Me entristecí al tener que abandonar esa ciudad que ya quería tanto. Y también me sentí muy extraño. No entendía cómo quería seguir con Laura, aun cuando ya ella había concluido nuestra etapa juntos. Quizás decía la verdad. Quizás su decisión era la ideal.

El taxista me llevó al aeropuerto. El personal de seguridad hizo todas las revisiones y entregué mi boleto. Iríamos al sureste del estado de Los Trigales. Un hotel de la zona nos recibiría para que impartiéramos clases por dos meses.

No me gustaba ir, pero tenía que hacerlo. Siempre había una densa neblina gris sobre las cimas de las montañas. Además, el aire estaba muy contaminado.

Encogí mis hombros. Se trataba de otra temporada de trabajo y nada más. Pablo estaba llegando. Veía su boleto y el personal observaba sus maletas. Estaba muy pendiente de su equipaje después de haber perdido varias maletas en una escala que habíamos hecho para llegar a Siberia. Había

tenido que comprar todo. Ahora, el rastro de su equipaje era una fijación permanente.

"Feliz año", dijo al levantar su cara para verme.

"Igualmente para ti, Pablo", le dije. "¿Qué tal estuvo el vuelo?". Sonreí ligeramente.

"Maravilloso", comentó. "Estuve con mis hermanos y mis primos pequeños. Además, cené con una exnovia. No entiendo por qué la dejé ir".

"¿Permitiste que se fuese... otra vez?"

"Posiblemente...", dijo, y rió. "Lo hice porque tenía que volver para el trabajo. Creo que ningún argumento que le dijera habría funcionado".

"Lo sabía. No quieres dejar de ser un mujeriego", dije, riendo.

"¿Vamos a Los Trigales? ¿Estás listo?"

"Digamos que sí", dije, exhalando. "Digamos que quiero irme. Me conoces bien y sabes que prefiero viajar antes que quedarme más de dos meses en un lugar".

"Imagino que te despediste de Laura".

"Lo hice", dije. Me obligué a hablar de otra cosa. "Oye, buscaré café para tomar durante el vuelo. ¿Compro uno para ti?"

"Gracias, pero no quiero", dijo. "Creo que ya tomé suficiente café esta semana. No he dormido desde ayer... aunque anoche fue otra la razón por la que no lo hice".

"Lo veo en tu cara", dije mientras asentía. "Es una chica alocada, por lo que veo".

"En tu cara también veo algunas cosas. Parece que no te sientes bien".

Sonreí y saqué mi billetera. "¿Cómo? Claro que sí. Es solo que hice mi equipaje con prisa. Suelo ser impuntual, como sabes", dije. "Me levanté lo más temprano que pude para organizar todo, pero de todos modos se me hizo un poco tarde. Preparé mi equipaje con premura. No me gusta tener que hacer eso. De hecho, no desayuné. Apenas pude pasar por la oficina de administración por nuestros cheques".

"Estupendo", respondió, con tono alegre. "Me hará falta. En casa tuve que gastar mucho dinero".

"Veo que no has perdido esa costumbre", dije. "De acuerdo. Estaré de vuelta en unos segundos. Voy por mi café".

¿Qué había pasado en esos días? ¿Cómo me había sentido tan atraído por una chica con una sonrisa cálida y unos ojos verdes? No sabía cómo había sucedido, pero entendía que era una equivocación.

Entendí la impresión que estaba causándole a Pablo. Tras años conociéndome, sabía cuándo no me sentía bien y cuándo estaba feliz. Tenía claro que había algo que le escondía, y que no quería revelarle. Generalmente insistía hasta que yo le decía la verdad, pero creo que no lo hizo en ese momento porque sabía que se trataba de Laura.

Además, tenía claro que yo siempre había evitado involucrarme con una de los huéspedes de un hotel. Y a pesar de esas certezas, yo no podía de dejar de pensar en ella mientras la tristeza me acongojaba. De todos modos, no me arrepentía de nada. Solo quería tenerla conmigo.

Consideraba a Pablo mi mejor amigo. Estaba contento de que no hablara más de ella. Tenía claro de que, al hacerlo, empeoraría mi malestar. Debía intentar mejorar, a sabiendas de que me costaría mucho. Ella había mostrado con sinceridad que no quería compromisos. Tal vez era lo mejor, aunque me parecía que me lo había asegurado porque tenía mucho temor.

Decidí que tenía que avanzar, aunque tardara más tiempo del que quisiera.

## Capítulo 20

**Un mes después**

**Laura**

Cuatro semanas. Ese era el tiempo que había transcurrido desde mi partida de Loma Alta. El tiempo pasaba, pero mi mente seguía concentrada en Marcelo. Era la imagen que me despertaba y la última que veía antes de conciliar el sueño. ¿Qué hacía? ¿Dónde estaba ahora? ¿Estaría pensando en mí como yo hacía con él? Tal vez me encontraría con él otra vez. O tal no volvería a verlo nunca más y debía solo quedarme con su recuerdo. Estaba empezando otra novela.

Me permitía explorar completamente mi imaginación. Al repasar las primeras páginas, me di cuenta de que le había dado al protagonista masculino el permanente humor alegre de Marcelo, la calidez de su personalidad, sus virtudes y su sonrisa irresistible. Creí que al plasmar sus encantos en las páginas, podría sacarlo de mis pensamientos y dejarlo para siempre en un libro. Así podría dormir tranquilamente otra vez y sentirme mejor.

Pero había una sensación de malestar en mi cuerpo que superaba mi pesar mental. Me levanté cuando el sol se mostró en mi ventana. Estiré los brazos y una fuerte náusea sacudió mi garganta. Estaba sudando. Fui con prisa al baño. Era obvio que no era un resfriado ni tristeza por lo que había pasado con Marcelo. Intenté respirar con calma. Era como un apocalipsis en mi cuerpo.

Sentía escalofríos, tenía temblores y me costaba respirar. Puse mi boca cerca del inodoro para execrar todo lo que revolvía mi estómago. Además, no paraba de sudar. Como sentía temor de levantarme, me quedé frente al inodoro, con miedo de dispersar el vómito por todo el baño. Cuando sentí una leve calma, me puse de pie y chillé. Fui al lavamanos, aisé mi boca y vi el desastre en el que se había convertido mi cara en el espejo.

Busqué mi termómetro en el armario para conocer mi temperatura. Aunque parecía muy raro, apenas estaba caliente.

Tomé aire y cepillé mi boca. Suspiré y fui a mi cocina. Con una trenza recogí mis desordenados cabellos. Hice una tostada, pero no pude comer ni siquiera un trozo. Una nueva náusea azotó mi vientre, por lo que debí regresar al inodoro. Aborrecí todo lo que estaba pasándome y maldije mientras volvía a vomitar. Escuché que mi celular sonaba una y otra vez. Estaba cerca del lavamanos. Me levanté para responder. Era Catherine.

"Buenos días", dije, con un tono tan horrible como mi malestar.

"Buenos días, aunque no parecen ser tan buenos para ti. Hablas como si un camión te hubiera atropellado".

"Lo sé. Parece que todo mi estómago quiere salir por la garganta", dije.

"Cielos. ¿Te resfriaste?".

"No", respondí. "Mi cuerpo no me duele, salvo mi vientre, pero creo que es por tanto vomitar. Al menos no tengo fiebre".

"Tal vez comiste algo que te intoxicó".

"Solo tomé café negro y comí un emparedado ayer", le conté "Es lo mismo que he comido esta semana".

"Es un poco extraño", respondió. "Te diré lo que haré. Tomaré mi auto y prepararé una sopa de pollo con...".

Sentí nuevas ganas de vomitar. "Suficiente", respondí. "Ven, y no digas nada más. Si no te apuras, moriré pronto".

"Entiendo", respondió. "Solo espero no tener que levantar tu cuerpo. Por los programas de televisión que he visto, sé que eso es complicado. Tampoco quiero limpiar tu vómito".

Terminé la llamada y suspiré. Vi el techo sin poder moverme. Catherine llegó unos minutos después. Sentí que la temperatura del baño había subido. Pasó y se quedó a mi lado, viendo el "espectáculo". Dejé escapar un gemido y toqué mi cara para comprobar que aún estaba viva y ya no sentía náuseas. Puso su brazo en mi cintura para levantarme. Con su ayuda llegué al sofá de mi sala de estar.

Acomodé mi mano en una almohada y desde allí pude ver los copos de nieve que caían y cubrían la calle frente a mi apartamento. El mes de enero terminaba y habría muchas nevadas. A pesar de ello, nunca había usado mi equipo de esquí para dar un paseo por la montaña desde mi vuelta a la ciudad.

"Lamento que te sientas así", dijo. "Ojalá no sea... un bebé". Encendió la chimenea y me vio.

Catherine se acercó y me vio fijamente. Sonrió mientras veía que el fuego crecía. Aunque para ella pudiera ser un chiste, para mí era una posibilidad que me estremeció. Me acomodé en el sofá y empecé a hacer algunos cálculos. Mi menstruación debía haber llegado hacía cuatro días. Me puse de pie, pero no pude hacer nada. Un fuerte mareo por poco hizo que me desmayara. No dijo nada y me dirigí a la cocina. Mis manos me sirvieron para guiarme y no caer.

En la puerta de mi refrigerador estaba un calendario. Revisé las fechas de mi periodo en diciembre. Comencé a hacer el conteo de los días transcurridos para conocer la fecha exacta en la que podría llegar el de enero.

Conté hasta llegar a la fecha aproximada. Era la primera vez que mi menstruación se atrasaba tanto. Me quedé sin aire al ver que el día había quedado atrás. De hecho, era la primera vez que tenía una demora en mi periodo. A pesar de que había tenido episodios de tensión antes, eso no sucedía. Y tomaba píldoras anticonceptivas. Esa imagen llegó a mi mente y salí de prisa de la cocina. Me dirigí a mi dormitorio para buscar mi bolso. Lo abrí y tomé la caja de pastillas.

No debería haber ninguna allí. Con mis manos temblorosas tomé la caja y vi el interior. Había varias grageas. No las había tomado mientras había estado en el hotel. Había olvidado tomarlas durante un mes, sumergida en la felicidad que me embriagaba. Ni siquiera había recordado que las tenía en mi bolso.

En mi mente apareció Marcelo haciéndome el amor. Él no usaba condones. No nos habíamos protegido. Evoqué la agradable sensación de su penetración y cómo, luego, había llenado mi vagina con su semen. Agité mi cara y llevé mis manos a mi cabello.

¿Por qué yo había actuado de modo tan imprudente? ¿Cómo me había permitido ser tan desprevenida, tan imbécil? No había olvidado tomar las píldoras ni siquiera cuando, en los



primeros meses de relación, había querido tener un hijo con Leonel. Siempre había sido muy precavida con ese asunto, pero eso no había pasado en el hotel de Loma Alta. Allí solo me había concentrado en sentirme libre.

"Laura, respecto a lo que dije del bebé", dijo Catherine al pasar a mi dormitorio, "era un chiste. No creo que estés esperando un hijo".

Me sentía ansiosa. "Pues ahora tengo muchas dudas", dije.

"Solo relájate", me pidió. "Mejor vístete. Saldremos a comprar una prueba de embarazo para que no tengas dudas".

Apreté la caja de píldoras con mi mano. Fui al armario para tomar algo de ropa. Agité mi cabeza una vez más. Encontré rápidamente una camiseta y unos pantalones deportivos y me los puse. Bajé la camiseta por mis hombros con ayuda de Catherine. La vi cuando empezó a ayudarme con los pantalones. Sujeté sus dedos y empecé a llorar.

"Qué tonta fui", dije, entre lágrimas. "NI siquiera merezco tu gran amistad".

"Oye, tienes que calmarte, princesa", contestó. "Tal vez no estés en estado. Tienes que calmar esas hormonas. Tal vez solo enfermaste de algo y por eso tienes ese ligero retraso en tu periodo".

"Eso no es lo que está pasando", respondí, limpiando mi cara.

Abrí la puerta mientras suspiraba para salir a la calle. Catherine encendió su camioneta para llegar a una farmacia que se encontraba a unas calles. Llegamos, ella apagó el auto y descendimos. Catherine lo hizo primero, y se dirigió al lugar exacto en el que estaban las pruebas. Percibí las miradas inquisidoras de las personas en el lugar.

Catherine tomó una y se inclinó para hablarme al oído. Yo nunca había comprado una prueba de ese tipo, pero ella parecía saber perfectamente todo sobre el tema.

"Es sencillo", dijo, en voz baja. "Como es una prueba digital, no tendrás que fijarte en las líneas que aparecían en las antiguas".

"¿Líneas?"

Intentó evitar su sonrisa. "Mejor olvídale", respondió. "Creo que mejor buscaré un medicamento para tus náuseas y algún jugo".

"De acuerdo", dije, y caminé detrás de ella. La nieve empezaba a caer. Quería salir de allí, hacer esa prueba y tener la evidencia de que estuviera alucinando.

Sentí que mi vientre se agitaba otra vez, aunque no sabía si la causa eran las ganas de vomitar o el horrible miedo que sentía. Buscó en los estantes unas golosinas ligeras y una medicina para aliviar mi estómago. Pagó y salimos al estacionamiento. Subimos al auto para regresar a mi apartamento. En ese momento, quise contar con la compañía de Marcelo para superar ese momento tan crítico.

Había empezado a sentir un profundo amor por un hombre con el cual no iba a poder compartir nada, y ahora me daba cuenta de que posiblemente seríamos los padres de un bebé.

No quería estar sola al momento de concebirlo, ni después. Anhelaba ser madre hacía años, pero no con esas condiciones. Pero no me atemorizaba no tener dinero o no poder trabajar.

Me atemorizaba tenerlo sola, que creciera sin un padre, y con mi vida completamente

desordenada. Al abrir la puerta de mi apartamento, Catherine entró y tomé la prueba de sus manos.

"Retira el extremo y déjalo debajo de tu orina por unos veinte segundos", me contó. "Cuando haya pasado ese tiempo, quita la tapa y ponla en la mesa. Usa el cronómetro de tu celular para contar tres minutos. Entonces sabrás si esperas un bebé".

Abrí mi boca ampliamente, pero no pude decir nada. Pasé al baño para hacer todo lo que me había indicado que hiciera. Dejé la prueba sobre el lavamanos y activé el cronómetro de mi teléfono. Estaba agitada. Sentí que el tiempo se había detenido.

Me puse de pie y apreté mis puños. Las imágenes de toda mi vida pasaron por mis pensamientos. Incluso resolví problemas matemáticos que nunca había resuelto. Si pensara todo el tiempo de ese modo, todo estaría bien en mi vida.

Tragué grueso mientras mis manos empezaban a temblar. El ruido que hizo mi celular me informó que el tiempo había pasado y debía volver a la realidad. Di dos pasos para tomar la prueba. No aparté los ojos ni un segundo de ella. La tomé y la giré para ver el resultado.

La puse frente a mí para verla más de cerca. Una cara sonriente y las palabras "tendrás un bebé" me informaban lo que estaba sucediendo. La puse sobre mi corazón mientras cerraba mis ojos. Sería madre de un bebé de Marcelo. Ahora debía contárselo. No sabía qué más podía hacer. Mi intención no era esconderle la verdad. Merecía saber lo que estaba pasando.

Tenía que revelarle la verdad a Marcelo. No le había pedido su número telefónico, creyendo que de ese modo no podríamos seguir con una relación condenada al fracaso, pero en ese momento me di cuenta de que había sido un grave error.

Me habría servido para llamarlo y contarle de inmediato lo que sucedía. ¿Qué diría? ¿Qué haría? No tenía idea, pero debía contarle todo, más allá de su reacción. Había conocido a muchas personas que nunca habían sabido quiénes eran sus padres, y entendía el efecto que eso causaba en ellos. Si no quisiera hacerse cargo, nuestro hijo tal vez se entristecería de pensar que lo haría porque no deseaba hacerlo.

Salí del baño, con mis ojos lagrimosos. Exhalé, intentando relajarme. Sentí la mirada curiosa de Catherine sobre mi cara. Le di la prueba y caminé para ver por la ventana. A la distancia, las luces de los faros antiniebla se mezclaban con la nieve que caía. Catherine caminó hacia mí y tocó mis hombros.

"Debo hablar con él", le dije.

# Capítulo 21

## Marcelo

Los huéspedes del hotel de Los Trigales podían contarse con los dedos de una mano, por lo que no había tenido que pasar mucho tiempo allí. Había poca nieve, razón por la cual no se podía esquiar, y el sol abrumador había derretido parte de la que ya había caído. Lo descubrí de mala manera, al salir a dar una vuelta con los esquís, caer rápidamente y lastimarme el brazo. El propietario del hotel se apenó muchísimo por la situación.

No obstante, otro resort de Santo Tomé quería que fuésemos allí cuanto antes. Le pedí que anulara el contrato y le dije que no pasaría nada. Me sentí contento cuando aceptó. Lo que estaba pagándonos era una suma bastante modesta. El contrato que habíamos firmado especificaba que, de no haber una cantidad de estudiantes superior a la decena, el hotel solo nos pagaría lo mínimo. Él no quería hacerlo, pues nadie se había inscrito en las clases.

Llegamos al acuerdo de cesar la oferta de las lecciones y fui a un hospital para que revisaran mi brazo. Luego fuimos en avión a Santo Tomé, un estado similar a Los Trigales, solo que con las aceras limpias y algunos aprendices más entusiasmados.

Laura seguía en mi mente. Siempre estaba allí, aunque estuviera en un hotel u otro. De hecho, no había tenido relaciones con otra chica tras mi paso por Loma Alta. Muchas se habían acercado a mí, y me había negado firmemente. Pablo notó mi pesar, pero no dijo nada. Apenas me preguntó cómo me sentía.

Laura no salía de mis pensamientos incluso en mis sueños. En ellos se aparecía como un hada de las nieves que llegaba a mi encuentro. Había soñado con ella una noche antes. Caminó para verme y puso sus manos en su vientre. Estaba abultado. Tenía varios meses de embarazo. Luego de verme, se retiró.

No había tenido un sueño tan extraño como ese en toda mi vida. Lo más absurdo era que antes de despedirnos, había pensado cómo sería mi vida con ella si nos comprometíamos y teníamos hijos. Desperté empapado de sudor.

Tomé aire, abrí ampliamente mis ojos y traté de extraer esas imágenes de mi mente. Pablo hablaba sobre los riesgos que los estudiantes debían evitar mientras mi mente daba vueltas. Él había dado la mayor parte de la lección porque había notado lo que me pasaba. Era la primera de nuestras clases del día. Aunque deseaba impartir mis conocimientos, mostrar lo mucho que me gustaba el esquí, me sentía muy distinto.

Aún no comprendía la dimensión de todo lo que acontecía conmigo. Había algo en mí que había cambiado por completo, pero yo no sabía qué era. Mi presente era muy diferente. Ya era un hombre muy diferente al que había llegado a Loma Alta semanas antes. Quería recibir alguna evidencia, por pequeña que fuese, de que Laura quería encontrarme.

Pero eso no sucedía. No había llamadas, mensajes ni correos electrónicos. Como ella no tenía mis datos de contacto, no habría forma de que me localizara. No había puesto información sobre mi empresa en internet, y casi siempre trabajaba con clientes privados. No teníamos cuentas en redes

sociales ni aparecíamos en sitios de búsqueda.

Estaba dispuesto a esperarla el tiempo que fuese necesario, si eso implicaba tener la certeza de que volveríamos a vernos. Ella tenía su apartamento en Monte Blanco, pero no sabía nada más sobre ella. Solo tenía claro que regresaría a Loma Alta en un año para verme. No me importaría esperar ese tiempo, pero estaría feliz de saber que ella aún quería verme.

Estaría feliz de saber que no había permitido que otro hombre entrara en su corazón, y que el recuerdo de nuestros momentos juntos bastase para que siguiera seguir conmigo y pasar a mi lado otra Navidad y otra víspera de Año Nuevo. No quería que otro hombre la abrazara ni le hiciera el amor. Eso me destruiría. Lo pensé mientras recordaba el momento en el que los fuegos artificiales iluminaban el cielo y yo la besaba.

"Marcelo", dijo Pablo en voz baja. "Muéstrales a los estudiantes cómo pueden comprobar sus movimientos".

"De acuerdo", respondí. Tomé aire y subí unos metros.

Pablo me acompañó mientras llegábamos a la cima de la montaña. Esperaba concentrarme para enseñarles a los aprendices cómo bajar de forma segura. Pablo lo había hecho en las últimas clases sin mi ayuda, por lo que la mayoría de los estudiantes no había tenido problemas para aprender rápidamente, a pesar de mis momentos de melancolía. Sabía que ya estaba en deuda con él.

Explicué cómo hacerlo, y luego me hice a un lado, observando cómo cada aprendiz descendía lentamente. El último aprendiz llegó a mi lado, me mostró una linda sonrisa y se quitó las gafas protectoras para verme. Entonces descendió. Contemplé su cabello castaño agitándose y recordé la sesión privada con Laura.

"Marcelo", dijo Pablo, tocando mi hombro y haciendo que volviera a la realidad. "¿Ya estás listo? Guardé los equipos mientras ayudabas a los aprendices a descender. Esquemos hasta el fondo para ver quién llega primero".

Acomodé mi chaqueta y vi los costados de la montaña. "De acuerdo", dije mientras sonreía. Recordé que no había esquiado desde mi corta temporada en Loma Alta. No había sentido ánimo ni valor para hacerlo. Pablo bajó, y yo fui detrás de él, sin el deseo de derrotarlo.

Al llegar al final de la montaña, me detuve, me senté y me quité los esquís. Tomé ambos y los puse dentro del hotel. En ese resort no contábamos con conserjes que hicieran ese trabajo, como en Loma Alta, por lo que los dejamos en un estante para ir al bar. Al estar allí me sentía como en casa.

Ese resort tenía un bar pequeño pero cómodo. Todo el lugar estaba hecho de madera. Sentía que estaba en un retiro para ancianos en medio de las montañas. Un par de chimeneas grandes estaban en el centro del bar y otras dos calentaban el centro del vestíbulo. Ordené una cerveza y vi fijamente a Pablo. Nuestro camarero era un señor visiblemente mayor. Sonreía y su expresión demostraba que tenía mucha experiencia en ese hotel. Sentía que había llegado el momento de contarle lo que me pasaba.

No quería que empezara a hablar de otro tema. "Pablo... me hace mucha falta Laura", le dije. "Es la razón por la que me siento así. Sé que lo has notado. Entiendo que te has dado cuenta de lo

mucho que he cambiado".

"Así es", dijo. Vio su vaso de cerveza. "Pero no dije nada para que no te sintieras presionado. Entiendo que no querías pasar por nada de esto".

"Igualmente pasó", contesté, exhalando profundamente. "Disfruté mucho con su compañía, nuestros bailes ridículos y nuestros obsequios. Le pedí pasar la última noche del año conmigo. Le dije esa frase y de inmediato me di cuenta de que estaba metiéndome de lleno y tal vez me arrepentiría, pero ya no podía regresar el tiempo. Cuando recibimos la Navidad juntos, empecé a cambiar. Esa fue la mejor experiencia de mi vida. Sentí que estaba en una película de amor. Hicimos el amor, y no puedo comparar ese maravilloso momento con nada que haya vivido. Si quieres que te diga toda la verdad, creí que podría tener una relación a largo plazo con ella después de ello".

"Pero...".

"No pude decir nada más. Ella me lo impidió", le conté. "Aseguré que yo jamás dejaría de ser quién soy. Para ser sincero, en ese momento creí que tenía razón. No pude convencerla de lo contrario. Las palabras no salían de mi boca. Salí de allí, insatisfecho con la decisión que ella había tomado. Me despedí de ella y me fui al aeropuerto. Por ese motivo, tenía la cara de tristeza que te mostré en ese momento. Y por ese mismo motivo, no he dejado de sentir dolor todo este tiempo".

"Tranquilo, Marcelo. No tienes que recriminarte por sentirte así", respondió. "Eso me sucedió también cuando terminé con la novia que tuve por casi cinco años. Antes de la Navidad, sentí que no quería salir ni dar clases".

"Lo recuerdo", dije, exhalando. "Es solo que no creí que me sucedería algo como eso. Como sabes bien, no creí que pudiera tener una relación a largo plazo, pero ahora Laura no sale de mi mente. Tampoco dejo de pensar en lo que hubiera pasado si hubiéramos seguido juntos".

"Podrías buscarla".

"He pensado hacerlo, pero no tengo sus datos de contacto", le dije. "hablé con Javier, nuestro camarero en el hotel, pero su dormitorio estaba reservado por otro huésped. Esa habitación, además, fue pagada por su amiga Catherine. Lo único que sé de ella es que se llama Laura y es de Monte Blanco. ¿Cómo puedo encontrarla? Tal vez se llame María Laura o Laura Sofia".

"Encuétrala por su trabajo".

"Escribe 'en las sombras'", le conté. "Los libros que escribe no tienen su nombre".

"Eres bueno eligiendo mujeres", dijo Pablo, riendo.

"Ella es una excelente mujer. Es una lástima que no pudimos pasar más tiempo", dije, suspirando. "Tenía que haberme quedado allí, en lugar de irme, para demostrarle que lo que decía sobre mí era un error.

No debí haberme marchado. Tenía que haberle demostrado que había cambiado, que gracias a su compañía sentí el deseo de mejorar y madurar, y que ahora la quería permanentemente en mi vida. Marcharme fue lo peor que pude hacer, pero entiendo que lo hice porque no suelo estar más de una noche con una chica".

"No puedes estar seguro de ello", dijo. "No puedes tener esa certeza porque no te has permitido

estar más de una noche con una chica, como bien dices. Marcelo, déjame decirte algo. No comenté nada porque estábamos muy ocupados en Loma Alta, pero la verdad es que esperaba que te sintiera muy bien, muy contento. Estaba mostrando mis inseguridades y tal vez te las contagié".

"¡Nada de eso! Y muchas gracias. Agradezco profundamente tu sinceridad", respondí. "Pero te aseguro que no se trata de lo que dijiste. No actué así por ti. La conocí y me cautivó de inmediato. Mis emociones atropellaron mi cerebro y no pude actuar lógicamente. La realidad me desbordó. Cuando me di cuenta de todo, ya iba de regreso a Los Trigales. Recuerdo que dijo que nos veríamos otra vez en Loma Alta para que pasáramos allí la próxima Navidad. Solo tengo que esperar que llegue ese día".

"Tal vez no haga falta. Quizás conozcas a otra persona antes", dijo, y giró para contemplar a una rubia con senos y culo grande. Se acercaba a nuestra mesa.

"Feliz tarde", dijo con tono fogoso mientras me miraba sin pestañear.

"Feliz tarde", respondí, tomando aire.

"Soy Mariela. Quería hablar contigo para saber si puedes darme una clase de esquí... a solas".

Su frase me dejó inmobilizado. Me proponía darle una clase a solas, pero ya no me imaginaba solo con una chica que no fuese Laura. Ninguna mujer me haría sentir tan bien, y menos si se trataba de una zorra en el bar de un hotel.

"En ese caso", le dije, tocando el hombro de Pablo, "debes hablar con él. Es quien da las clases privadas. Es el mejor profesor del mundo".

Vi a Pablo y le guiñé un ojo. Tomé una cerveza y me puse de pie. Tomé mi abrigo de la silla y me fui. Di unos pasos y giré para ver a Pablo. Ya le sonreía a la chica de tetas grandes. En unos segundos llegué a la entrada y la abrí para salir.

Agité mi cara mientras sonreía. ¿Cómo era posible que todo hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo? Al ver la ligera nevada que caía y ver la gran cantidad de esquiadores que descendían, me di cuenta de lo que sentía. Pronto las pistas estarían cerradas. El silencio del atardecer me hizo recordar la mañana que había pasado con ella, cuando solo los pájaros rompían el silencio de entonces. Deseaba volver a ese momento, a ese lugar. Deseaba estar con ella y no había forma de evitarlo.

Tenía que buscarla, encontrarla pronto y mostrarle lo que sentía por ella.

## Capítulo 22

### Laura

Al levantarme, el sol de la mañana se colaba por la ventana. Me puse de pie para ver la ciudad. Las cosas que habían sucedido no salían de mi mente. Esperaba un hijo. Los últimos días no había dejado de pensar en ello, pero, aun así, cada vez que lo recordaba me sentía abrumada. Había reservado un turno con un ginecólogo y había leído material en internet sobre el embarazo para sentirme mejor.

Las sensaciones no dejaban de sacudirme. Catherine estaba conmigo, mostrando su solidaridad, pero deseaba poder contar con Marcelo. Tal vez mi embarazo me hacía sentir sensible y extraña, pero tal vez sí quería mantener a Marcelo a mi lado después de todo. Tenía que decírselo de alguna manera. Era el padre de mi criatura, y aún no lo sabía.

Tomé asiento en una silla de mi cocina. Encendí mi computadora portátil. Tenía la intención de encontrar algo, cualquier cosa que me permitiera contactarlo. Pero no tenía redes sociales y su empresa no tenía página en internet. Además, el hotel de Loma Alta ya había borrado los datos sobre sus clases de esquí. Aún había lecciones disponibles, pero ya eran otros instructores quienes las ofrecían. Marcelo seguramente en otro hotel. Tomé mi celular y llamé al hotel.

Quería pedirles los datos de Marcelo. Una recepcionista me atendió, y de inmediato entendí que no lo harían. Entonces decidí pedirles que reservaran una habitación para mí. Pasaría allí el siguiente fin de semana. Tal vez en persona lograría que me dieran los datos que necesitaba. Y si no lo hacían, igualmente ese tiempo me serviría para estar un par de noches agradables en Loma Alta. Sabía que no tenía dinero, por lo que le pedí a Catherine pagar mi habitación con su membresía.

Terminé la llamada y entré con prisa a mi dormitorio. No quería sentirme más nerviosa de lo que ya estaba. Preparé un bolso con las cosas más necesarias y fui al estacionamiento para encender mi auto. Tomé aire mientras abandonaba la autopista para salir del estado. Solo cuando me di cuenta de que debía comprar gasolina, paré. Llegué en unos minutos al hotel. Vi a los huéspedes del vestíbulo y me sentí agitada. Creí que Marcelo estaría allí y me saludaría de inmediato. Pero estaba claro que él ya no estaba allí. La sensación de nerviosismo fue enorme. La recepcionista tomó mis datos y subí por el ascensor para dejar mi equipaje. Busqué ropa más gruesa y volví a bajar.

Esperé unos minutos hasta que la recepcionista estuviera disponible. Me acerqué a ella y le sonreí. Estaba viendo algunas cosas en la pantalla de su computadora. Me pareció encantadora, con su uniforme fino y su hermosa sonrisa. Sin duda, los dueños del hotel la habían seleccionado porque era la chica ideal para recibir a los visitantes.

"Supongo que olvidó algo", dijo.

"¿Cómo dice? No. En realidad, vine a preguntarte algo", le dije, y sonreí. "En diciembre estuve en este hotel y recibí clases de esquí. Los instructores se llamaban Marcelo y Pablo. Ahora necesito hablar con ellos urgentemente. ¿Tienes sus números de celular, correos electrónicos o direcciones? De verdad me urge contactarlos".

"Lo lamento", dijo amablemente. "No tengo esos datos. En todo caso, sería el propietario del hotel quien los tendría, y aunque me los diera, no podría dárselos. Son sus órdenes".

"Entiendo. ¿Cree que el dueño o tú podrían llamarlos para que les den mis datos de contacto?"

"Una vez más lo lamento. En estos momentos, el propietario no esté en el hotel", contó. "Regresará en un par de meses. Viajó a Egipto para inaugurar un hotel y hacer todos los trámites pertinentes".

"Guao. Comprendo. ¿Habrá otra persona que tenga esos datos?"

"Como empleada del hotel, mi respuesta es no", respondió. "Pero de chica a chica, puedo decirte, y por favor no le cuentes a nadie, que el camarero del bar es su amigo. Tal vez tenga esos datos".

"Lo conozco. Es Javier", dije en voz baja. "De acuerdo. Te lo agradezco".

"No tienes que agradecerme", respondió. "¿Necesita algo más? Puedo ayudarte con gusto".

"Nada por ahora. Gracias de nuevo", dije, y empecé a caminar hacia el bar.

Podría quedarme allí y contarle a la recepcionista todo lo que sucedía. La convencería y ella encontraría toda la información que necesitaba. Pero una nueva náusea sacudió mi cuerpo. Entonces comprendí que no podía decir nada. Ni a ella ni a otra persona. Esperaba mantener esa información en reserva. Al revelárselo, tal vez se lo contaría a Marcelo o a Javier. Eso no debía pasar. Solo Catherine y yo sabíamos de mi estado.

Llegué al bar y vi el cielo por la ventana. Oscurecía, y muchos esquiadores colmaban las colinas, sintiendo que era el momento idóneo para dar varias vueltas. Aunque había menos huéspedes que en Navidad, sin duda la cifra de visitantes seguía siendo alta. Una emoción extraña agitó mi corazón. Era similar a la que había experimentado cuando había soñado con Marcelo.

Tenía la corazonada de que él también me recordaba. Pero era absurdo pensar que algo así podía suceder. Agité mi cara para pensar en otra cosa. Tal vez mis cambios hormonales estaban llevándome a pensar cosas tan alocadas. En cualquier caso, tenía que encontrar a Marcelo para detener esos pensamientos tan raros. Cuando se lo contara, se lo diría todo y esperaría su reacción.

Deseaba verlo lo más pronto posible, pero no sabía de qué manera le contaría lo que pasaba. Tenía que decirle la verdad con toda la honestidad posible. No quería darle largas al asunto. Sabía que la noticia lo impactaría mucho, tal como me había sucedido. Incluso su impresión podía ser mayor que la que yo había experimentado.

Me sentía agitada, pero no entendía por qué, pues sabía que tenía más posibilidades de encontrarlo que antes. Exhalé profundamente antes de ir al baño. Entré para vaciar mi vejiga. Era la décima vez que lo hacía en el día. Moje mi cara con agua frío y suspiré.

Vi mi rostro desolado en el espejo y suspiré. No quería pasar dos días en Loma Alta, sintiendo náuseas que nunca cesaban. Deseaba que las ganas de vomitar desaparecieran, así como mi desaliento. El tiempo no se detenía, como tampoco lo hacían los acontecimientos, por lo que escapar un par de días de la rutina y el pánico parecían algo bueno. Catherine no me abandonaba en ningún momento, pues estaba preocupada por mí y lo que pudiera hacer.

Había decidido dejar de trabajar por unos días. Las ideas no fluían en mi mente.

La compañía de Catherine era una de las mejores cosas que podía pasarme, pero quería estar sola



para intentar descubrir qué debía hacer y planificar mi vida a largo plazo. Aunque no supiera nada más sobre Marcelo, en unos meses me convertiría en madre. Debía pensar en todos los cambios que ese evento implicaría y en los preparativos para esa llegada. Al menos tenía algo de dinero y un apartamento. Mi empleo me encantaba y mi hogar me parecía muy lindo.

Esas cosas no eran fuente de preocupación. No obstante, ambos elementos formaban parte del principio. Debía analizar el resto de las cosas con las que tenía que contar para que mi bebé creciera adecuadamente. Un padre, por ejemplo.

Tomé un par de toallas de papel para limpiar mi cara. Las arrugué y las puse en el cesto de basura y estiré mis brazos. Di unos pasos para salir del baño y fui al bar. No obstante, la recepcionista me hizo un gesto para que me acercara a ella.

"Hay algo que tal vez será útil", dijo en voz baja. "Es evidente que realmente necesitas hablar con ellos. Se nota en tu mirada. Puedo ver lo mucho que te urge. Pablo y Marcelo volverán en diciembre. El hotel ya contrató sus servicios. Sé que en este momento esa información es irrelevante, pero al menos ya sabes que en menos de un año estarán de vuelta".

"Te lo agradezco", dije. "Entiendo los riesgos que estás corriendo. En caso de que Javier no me diga nada, volveré para hacer una reservación para esa fecha". Su información no me había animado.

"De acuerdo", respondió, con una sonrisa. "Me alegra haberte ayudado".

Tomé aire y fui al bar, como esperaba hacer antes de su interrupción. Deseaba verme con Javier. Pasé y él estaba allí, trabajando. Notó mi llegada y sonrió amablemente. Secó sus manos y dejó la toalla en un mostrador. Caminó hacia mí y me dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

"Vaya", dijo. "No esperaba esta gran sorpresa. Debo decir que luces preciosa. ¿Cómo va todo?".

Fuimos al bar. "Muy bien en general", dije, con una sonrisa ligera en mi cara. "Aunque siempre hay algo de caos en mi vida".

"¿Y Catherine?".

"Está bien", respondí. "Volvió a su trabajo y siempre está pendiente de mis movimientos".

"Por favor, dale mis saludos", me pidió.

"Cuenta con eso", dije, con tono alegre. "Javier, quisiera... preguntarte algo".

"Por supuesto".

"Eres amigo de Marcelo, ¿cierto?".

"Bueno, me hice su amigo, sí. Cuando estuvimos solos, pude notar sus cambios", dijo, riendo. "Me di cuenta de lo mucho que cambiaba cuando estaba contigo".

"¿De qué hablas?".

"De lo feliz que estaba. Se veía alegre, animado", contó. "Ha pasado varias navidades acá, y puedo asegurarte que no había estado tan feliz como cuando empezó a compartir contigo".

Mis mejillas se tornaron rojas. "Qué lindo", le dije. "Me gustaría saber si te dio su número de celular o algún otro dato que me permita hablar con él".

"Lo lamento, pero no", me contestó. "Se marchó y ni siquiera pude despedirme, aunque sé que en diciembre volverá". Me sentí triste de inmediato.

"Lo sé. Me lo contó la recepcionista", le dije, y tomé asiento.

"¿Gustas una copa? Puedo darte una cerveza".

"Gracias, pero no", le dije, suspirando. "De hecho, solo quiero tomar limonada, con mucho hielo".

"Seguro", dijo. "Me hiciste recordar a mi hermana mayor. Al salir en estado, empezó a tomar limonada como si estuviese deshidratada. ¿Y sabes qué era absurdo? Que nunca le había gustado el limón".

"Qué historia tan loca", dije, forzándome a reír. Tal vez ya se había dado cuenta de lo que me pasaba.

"Imagino que no es tu caso, ¿o sí?", preguntó, riendo con fuerza, aunque ni siquiera giró para verme.

Tal vez debía contarle. Era una buena persona, con sentimientos muy nobles. Probablemente si se enteraba de lo que me sucedía, colaboraría conmigo para ubicar a Marcelo. Decidí revelarle la verdad, pero una gran cantidad de huéspedes entró al bar. Entonces me dije que no era buena idea. Probé la limonada y sonreí. Los ojos de Javier se impresionaron con el río de personas que entraba. Exhaló y me vio. Como pude, sonreí, simulando que no pasaba nada. Afortunadamente, no se había dado cuenta de mi reacción.

"Entiendo. Es hora de irme", dije. "Pero estaré aquí dos días, así que, si recuerdas algo, solo dímelo. Mi habitación es la 323. Estaré en ella hasta el lunes a la una de la tarde". Sonreí y tomé el resto de mi bebida.

"Qué divertido", dijo.

"¿De qué hablas?".

"Bueno, de que ese era el dormitorio en el que se hospedaba Marcelo", dijo, sonriendo y recibiendo a los huéspedes.

¿Cómo era posible que sucediera esa coincidencia?

## Capítulo 23

### Marcelo

Era la mañana del domingo, y ya no podía conmigo mismo. No sabía qué hacer ni qué decir. Sentí que no podía más. La extrañaba mucho. Tomé asiento mientras suspiraba y le conté a Pablo lo que sucedía. Me dijo que se haría cargo de todas las clases para que yo buscara a Laura. Solo un lugar llegaba a mi mente.

El hotel de Loma Alta. Albergaba en mi pecho la ilusión de que alguna persona del complejo pudiera darme algún dato sobre ella. Decidí comprar un boleto y regresar a Monte Blanco.

Cuando el avión despegó, mi mente se llenó de imágenes del pasado. Evoqué todo lo que había visto y vivido con ella en esa ciudad. Ese viaje también me serviría para distraerme un poco. Estaría solo, y pensaría cómo superar mi situación. Afortunadamente, Pablo había cuidado mi espalda y asumido mis lecciones.

Había podido contarle sobre mis sentimientos, pero ahora necesitaba estar solo. Tenía que controlar mi mente y mis sensaciones. Pero no pude hacerlo durante el vuelo. Pedí un té de hierbas, con la idea de tomar una siesta. La tensión y el agotamiento estaban acosándome.

El aterrizaje hizo que despertara. Sentí un leve mareo y abrí mis ojos. Esa zona de Monte Blanco no me agradaba. Solo quería llegar a Loma Alta pronto.

Después de la revisión habitual, tomé un taxi para llegar a mi hotel. Había hecho una reserva por internet, en la que especificaba que quería mi dormitorio habitual. Decidí que al llegar iría al bar a tomar unas cervezas, como de costumbre, con la ilusión de que Laura estuviera allí, porque una recepcionista me explicó que debía esperar hasta las once de la mañana, pues a esa hora estaba previsto que los huéspedes de esa habitación se marcharan.

Mi vehículo llegó. Tomé mi equipaje y le di unos billetes a mi chofer.

Emprendió el camino al hotel y abrí mi ventana. El aire fresco me refrescó.

Laura no era la única razón. Loma Alta estaba convirtiéndose en un lugar que me relajaba. Ese seguramente era el motivo por el que miles de personas iban a pasar sus vacaciones a esas montañas. Aun durante los meses de verano o primavera, con las montañas cerradas al público y las piscinas abiertas, no había habitaciones disponibles en ningún hotel. Esperaba volver en unos meses para saber cómo era una temporada veraniega allí. Era como volver a casa.

Tomé mi equipaje y di unos pasos, pero el dueño del hotel me vio y se dirigió adonde yo estaba. Algunos huéspedes salían a esquiar y nos apartamos para que salieran sin problemas. Frunció su ceño y lo saludé.

"¿A qué debemos tu grata visita?"

"Esperaba relajarme un poco. Necesitaba unos momentos a solas", respondí, con una sonrisa. "Y como me encanta el paisaje de este lugar, me pareció el sitio ideal para descansar".

"Estupendo", contestó, con una gran sonrisa. "Mereces ese descanso, pues trabajaste mucho. De hecho, hemos recibido elogios de los huéspedes por tus clases. Espero que en algún momento

puedas quedarte más tiempo. Nuestra meta ha sido siempre tener un profesor con un talento sobresaliente, como tú".

"Te lo diré si decido hacerlo. Y muchas gracias por esa información", le dije, estrechando otra vez su mano.

"Pásala bien y relájate. Si necesitas algo, solo dímelo", dijo, y luego se fue.

Pasé mi mirada por el estacionamiento y me encontré con una chica subiendo a una camioneta grande que estaba aparcada en el centro de ese lugar. Se parecía a Laura. Noté su alta estatura y sus curvas pronunciadas, así como sus largos cabellos castaños.

Me sobresalté, pero me calmé rápidamente, diciéndome a mí mismo que no era posible que ella estuviera allí, pues había vuelto a su ciudad y su rutina. No era posible que estuviese allí. Sería increíble. Encogí mis hombros y pasé para ir a la recepción.

Estaba una familia pagando una habitación. Tomé mi celular para informarle con un mensaje de texto a Pablo que todo estaba perfecto. Entendí que debía hablar con la recepcionista para preguntarle por Laura, pero no conocía al sujeto que estaba en el lugar. Se trataba de un sujeto pequeño, con cabello oscuro y recortado. Parecía un joven recién salido de la secundaria.

Finalmente, la familia se dirigió a su habitación y esperé que dejara de tomar apuntes. Leí "Manuel" en su pecho y rogué mentalmente para que me ayudara. Noté cuán lucía elegante con su uniforme nuevo.

"Buenos días, caballero. ¿Cómo puedo ayudarlo esta mañana?"

"Hola. Me llamo Marcelo Nogales", respondí. "Ocuparé la habitación 323 en unas horas. ¿Podría informarme cuando desocupen esa habitación? Voy a estar en el bar".

"Por supuesto, señor Nogales", dijo, y apuntó mi solicitud. "¿Algo más que pueda hacer por usted?"

"No, nada", le dije, aunque rápidamente giré para verlo. "De hecho, sí puedes ayudarme en algo".

"Solo dígame y haré lo que pueda".

Apoyé mis brazos en el mostrador y tomé aire. ¿Qué podía decirle? ¿Qué podía hacer? No lo sabía. Quedaría como un acosador o un depredador si le contaba lo que quería, pero necesitaba algún dato para ubicar a Laura. Debía hacerlo. Tal vez no tendría otra oportunidad.

"Estuve en Navidad en este hotel, aunque es obvio que no me conoces", le conté.

"Es cierto", dijo, y sonrió. "En ese momento no había terminado mi entrenamiento".

"Entiendo", dije. "Lo que quiero es que encuentres la información de contacto de una huésped del hotel".

"No podré ayudarlo, caballero. Lo lamento", dijo. "Violaría las reglas internas de protección de datos y las leyes nacionales si lo hago".

Me vi como un mafioso de una película de acción, queriendo tomarlo por su traje y poniendo su cabeza cerca del borde de un edificio para que me diera lo que necesitaba saber. Pero si lo hacía, no podría quedarme allí a relajarme.

Tal vez no debía ahorcarlo ni obligarlo a decir nada. Por otro lado, ya le había pedido a Javier que revisara, y me había contado que no había encontrado nada. En ninguna parte.

Solo quería llegar allí y saberlo en persona. Aunque no tenía el deseo de actuar frenéticamente, debía obtener esos datos pronto. Solamente tenía que esperar que terminara el turno de ese chico y llegara una chica a reemplazarlo. Ella cedería ante mis encantos y me daría toda la información. Ya no tendría que actuar como un espía y podría hablar con Laura pronto.

Pero probablemente había llegado el momento de darle la razón a Pablo. Me había comportado como un perfecto idiota, y ahora la vida estaba castigándome por mi actitud arrogante. Siempre había habido complicaciones en mi vida. Y si algún asunto involucraba mujeres, había más problemas.

Aparentemente, atraía a muchas chicas a las que les costaba salir de una relación u olvidar a un hombre. Pocas veces había tenido la suerte de estar con una chica que estuviera de acuerdo con tener relaciones y luego salir de mi dormitorio sin esperar nada más. Qué cagada.

"Te voy a contar algo", dije.

"De acuerdo", me dijo, viéndome fijamente.

"Estuve como instructor de esquí en este hotel desde los primeros días de diciembre. En ese asiento que ves allí, estaba sentado, y pasó frente a mí un ángel caído del cielo", le conté, indicando la entrada del bar. "Estuve tras sus pasos por unos días. Luego supe que era una de las aprendices de mi clase de principiantes. Nos conocimos, y pronto supe que estaba enamorado de ella. La acompañé durante la Navidad, y luego estuve a su lado en Año Nuevo.

Admito que no quiero estar con nadie más. Por primera vez, no logro pensar en otra chica que no sea ella. Debo encontrarla, amiga. Quiero pasar el resto de mi vida con ella. Nunca había sentido algo así por una mujer".

"Vaya. Qué lindo relato", comentó. "La historia me conmovió, pero no puedo darle datos sobre huéspedes anteriores. Lamento lo que está sucediéndole, pero como ya mencioné, a pesar de sus emocionantes historias, no puedo ayudarlo. No quiero que me despidan porque me encanta este lugar y mi empleo. Si hay algo más que pueda hacer por usted, solo dígallo".

"Carajo", dije, en voz baja. "No necesito nada más. Agradezco que me hayas... escuchado".

"Con gusto, señor Nogales".

"Soy Marcelo. Puedes llamarme así. Señor Nogales es la forma que usa la gente para hablar de mi papá", le dije, sonriendo.

"De acuerdo", respondió, y asintió. "Cuando su dormitorio esté disponible, se lo diré. Al parecer, esa chica es muy agradable. Ojalá pueda encontrar a ese ángel".

Asentí y fui al bar. Me dije a mí mismo que solo una copa sacaría de mi mente la molestia que sentía. Entré y vi la barra. Javier estaba allí, limpiando las mesas. Sonrió y me dio un cálido abrazo.

"Amigo", dijo, saludándome con un apretón de manos. "Es un gusto verte otra vez, aunque tu presencia por acá en este momento no deja de confundirme".

"Lo sé. Vine porque quería distraerme", le conté. "He sentido mucha tensión por estos días".

"Entiendo, pero igualmente me confunde verte", contestó.

"Bueno, tus palabras también me confunden".

"Lo que quiero decir es que Laura vino a buscarte y dijo que quería hablar contigo", respondió. "Estuvo aquí hace unos quince, tal vez veinte minutos".

"¿Cómo? ¡Rayos!", dije, recordando a la chica que subía a la camioneta. "Dame unos minutos. Regresaré pronto".

Corrí y pasé raudamente por el vestíbulo para llegar al estacionamiento. Llegué allí y vi el lugar en el que la había visto minutos antes. Lo que había sospechado estaba pasando: la camioneta ya no estaba allí. Laura tampoco. Regresé a la recepción. Allí tampoco estaba. Volví al bar y me detuve frente a Javier.

"¿Te dijo algo más?", le pregunté. "¿Te dio su número, su correo? Algo que pueda ayudarme a hablar con ella".

"Lamentablemente no, amigo. No dijo ni me dio nada", contestó.

"¿Y Catherine? ¿Te dio su número telefónico? Ustedes estaban juntos".

"Tampoco. Se fue con prisa porque estaba demorada", contó. "No pude pedírselo".

"Carajo", dije. "¿Cómo puede estar pasando esto? Debo hablar con ella".

"Te entiendo. Si te sirve de consuelo, ella también parecía desesperada por hablar contigo", reveló. "De hecho, no tomó nada mientras estuvo aquí. Solo quería limonada. Pidió tantas veces que preparé varias jarras y se las envié a su habitación. Lucía agotada y con sueño".

"Mierda", dije. "De verdad me hacía falta. Tanto, que creí haberla visto en el estacionamiento hace unos minutos. Tal vez estaba alucinando, pero algo en mi interior me dice que era ella".

"No puede ser", dijo, negando con su cara.

"Estuve tan cerca de verla", dije, probando mi cerveza. "Al carajo con mis vacaciones".

"Es probable que vuelva", me dijo. "De hecho, no supe que estaba en el hotel hasta que llegó al bar. Reservó todo a nombre de Catherine. Lo supe cuando vi su información en la recepción. Ella obtiene descuentos por haber venido muchas veces. Tal vez pagó con efectivo porque olvidó sus tarjetas".

"Qué cagada", dije.

Parecía que nunca saldría de ese laberinto.

# Capítulo 24

## Ocho meses después

### Laura

Los árboles cambiaban de color. Vi el panorama en la ventana. Estaba en el hospital. Octubre llegaba a su fin. Los tonos de las ramas eran más intensos con el paso de los días. En menos de una semana, el invierno llegaría y pintaría nuevamente de blanco la ciudad.

Por ahora, podía contemplar la colorida mezcla de naranja, rojo y amarillo afuera. Sentí nostalgia por no estar en mi apartamento. Quería sentarme en mi sofá y ver todo el paisaje a mi alrededor.

Pero al menos había una buena noticia. Abril había nacido sana y en unas horas podríamos irnos a casa. Había tenido que esforzarme para que naciera, pero no me tomó mucho tiempo. Afortunadamente, Catherine me había llevado al hospital a tiempo.

Los doctores me internaron mientras Catherine aportaba toda la información, o mejor dicho, ninguna información, sobre Marcelo. Yo, en tanto, me había concentrado en hacer el trabajo de parto. Había sido muy doloroso, honestamente. Pero no era solo dolor físico. También era dolor emocional, porque Marcelo estaba lejos.

No había estado conmigo durante mi embarazo. En realidad, eso no me molestaba. Él no sabía que era padre. Había sido yo quien me había alejado de él sin pedirle información de contacto. Ahora, solo estaba arrepentida de haberlo hecho. Había actuado de forma tonta.

Estaba sintiendo los efectos devastadores de esa decisión, y lo peor era que mi hija crecería sin poder contar con un hombre estupendo como su padre. Era decepcionante, pero también era lógico que saltara de un sitio a otro sin que yo pudiera alcanzarlo a tiempo. Había estado en cada rincón del país, buscándolo.

Siempre sentía que estaba detrás de él, en lugar de estar delante.

Cuando una enfermera me entregó a la niña, reaccioné y dejé de pensar. Era una bebé preciosa. Me impresionó su belleza. Estiró sus pequeños brazos. Me parecía la persona más linda que había visto. Sus cabellos rizados, sus lindos labios y su mirada similar a la mía me lo demostraban. Sentía un amor que no sabía que se podía experimentar. ¿Cómo había sido posible que yo gestara y diera a luz un ser humano tan hermoso? Esperaba encontrar a Marcelo y mostrarle el orgullo y la felicidad que sentía.

Teníamos que cuidar a la bebé, ambos, y darle todo lo que necesitara. Iba más allá de un simple deseo. Sentía una necesidad inmensa de protegerla. Se había convertido en la persona más importante de mi vida. Lo recordaba cada vez que veía sus mejillas.

La consideraba un obsequio de la vida, así que debía actuar con suma cautela, para hacer lo correcto y garantizarle un futuro adecuado. Por ello, debía contarle a su padre que ella había nacido. Entendía que para ambos era vital estar juntos, unidos. Lo entendía por la conexión que tenía con mi propio padre. Tomé aire y me acomodé en mi cama para desenrollar a Abril y envolverla con una manta que había comprado especialmente para ese momento. La acuné y conté sus maravillosos dedos.

Eran perfectos, como todo en ella. Abrió sus ojos y su mirada me llenó de luz. Se agitaba y entendí que esperaba que la tomara de nuevo entre mis brazos. Estaba ansiosa por encontrar a Marcelo, mucho más de lo que había estado previamente.

"Hola", dijo Catherine en voz baja. "Quiero ver a esa linda bebé". Pasó a mi habitación.

Noté que llevaba algunas bolsas que puso en el borde de la mi cama. Dio un paso más para acercarse a Abril. Extendió los brazos y la puso en su pecho. Le habló con suavidad y me sentí feliz con la imagen. Era la primera persona conocida que tomaba a mi hija entre sus brazos. Sabía que me ayudaría a criarla como si fuese parte de su familia.

"¿Cómo has estado?"

"Agotada, con muchos dolores musculares e impactada", dije, y volví a sonreír. "A pesar de eso, estoy feliz por esta criatura tan hermosa".

"Es normal que sientas todo eso", dijo, riendo. "Puedes tomar las bolsas. Como entiendo que no saldrás de aquí al menos hasta mañana, pensé que tal vez querrías verte bien mientras vuelves a casa. Compré ropa nueva para ti. También traje cremas hidratantes, gel y algo de maquillaje".

Me acerqué a las bolsas y abrí una. En ella había unos pantalones deportivos altos y un gran abrigo blanco con cuello grande. "No sé qué haría sin ti", respondí.

Me había sentido afortunada durante los meses de espera. No había tenido problemas serios ni ganado peso en exceso, aunque honestamente eso no me preocupaba. Era una mujer embarazada más. Pero ahora, sentía el peso de mi vientre vacío. Y el peso de estar allí, en la habitación de un hospital. Esperaba con ansias volver a mi apartamento, con mi hija en mis brazos, a descansar y sentirme feliz en mi hogar.

Estaba segura de que así me sentiría más cómoda, aunque tal vez eso no aliviaría mi tristeza por la ausencia de Marcelo. A pesar de mis cambios hormonales, mi deseo de tenerlo cerca seguía vivo como siempre. No había experimentado semejante dolor jamás.

"Te agradezco mucho este gesto", dije, con una sonrisa. "Ahora solo quiero ir a mi apartamento".

"¿Por qué quieres volver tan pronto?"

Me levanté y crucé mis brazos. "No tengo idea, honestamente", dije, tomando aire. Me fijé en el estacionamiento del hospital. "No he dejado de pensar en Marcelo. Es muy doloroso para mí saber que no le he dicho todo esto. Él debería estar aquí, alegre por el nacimiento de nuestra hija, abrazándonos y acompañándonos. Creo que Abril no va a perdonarme este terrible error que cometí".

"Eso no es verdad. No eres responsable por no haber encontrado a Marcelo. Lo buscaste en todas partes, pero no pudiste encontrarlo", respondió, cono tono serio. "No tienes sus datos, pero él aparentemente tampoco te buscó".

"No tendría razones para hacerlo", dije, viendo a las enfermeras descansando en las afueras. "Fui firme al decirle que no podíamos tener una relación, que no debíamos volver a hablar. ¿Cómo podía haber imaginado que yo lo buscaría o que tendríamos una niña?"

"Eso sí es cierto, pero a pesar de ello, no tienes que torturarte por eso", respondió, con suavidad. "Puedes seguir buscándolo, aunque ya su hija haya nacido. Ya no tienes que correr contra el



tiempo. Podrás hacerlo con más calma".

"¿Dónde más podría buscarlo?", le pregunté. "Siento que, aunque lo intente, siempre me quedo atrás. Y no te imaginas cuánta falta me ha hecho".

"Lo entiendo", dijo, hablando suavemente otra vez. "He estado a tu lado, y aunque a veces quisiera hacer más por ti, cualquier cosa que te ayude a aliviar tu tristeza, nunca he sabido cómo proceder. Comprendo lo duro que es para ti. Rogué para que él llegara a tu casa, te llamara, te escribiera un correo electrónico. Que te contactara de algún modo. Sentí tu tristeza como si fuese mía. Ahora, sin embargo, solo siento felicidad porque tu hija nació".

"Lo sé. Muchas gracias", dije, con alegría, mientras veía a Abril en su pecho. "Este amor que siento por ella no lo había sentido jamás. Es una emoción que llena mi corazón completamente. Pero siento que falta Marcelo para sentirme plena".

"En ese caso, creo que solo te queda una opción: volver a Loma Alta para encontrarte con él antes de Año Nuevo", dijo, sonriente.

Asentí y me senté de nuevo al borde de la cama. Esperaba sentirme un poco mejor y superar los dolores que aún sentía por el parto. Tenía que relajarme, pero la realidad de mi vida me abrumaba. Simplemente no podía hacerlo. Marcelo regresaría a Loma Alta para dar otras lecciones. Eso lo sabía. ¿Pero me esperaría? Aunque yo volviera, él tal vez ya me habría olvidado o simplemente iría por una semana, o menos, si otro hotel lo contrataba. Tal vez no recordaría las promesas que nos habíamos hecho. Tenía que olvidarme de lo que sentía. En caso de que lo encontrara, solo debía hablarle de nuestra hija. Tal vez ya no pensaba en mí.

Al volver a ese hotel, tendría que concentrarme en mis pensamientos más racionales y sacudir mis emociones. Tenía que abordarlo de una manera educada, amistosa, pero no para hablarle sobre mí, sino sobre todo lo que había sucedido durante su ausencia. Le contaría sobre la larga búsqueda que había emprendido antes del nacimiento de Abril. Le diría el parecido que tienen sus rasgos faciales, especialmente su linda nariz y su cautivadora sonrisa. Y también le diría que él debería ser su padre. Luego, finalmente, le hablaría de mis sentimientos.

Me había convertido en una madre, así que el foco de mi atención debía estar puesto en las necesidades de mi hija y no en las mías. Ya no podía actuar como una doncella enamorada.

Catherine se acercó a la cama. "De acuerdo, mamá", dijo. "Debes darle de comer. Luego de golpear ligeramente su espalda, sería buena idea que la duermas por un rato. Entonces podrás usar las cosas que te traje. Debo regresar a mi trabajo. Si necesitas algo, llámame".

Puso a Abril en mi pecho. "Te lo agradezco", respondí. "Te agradezco todo. Es muy importante todo esto que haces por mí".

"No tienes que agradecer nada", dijo, con una sonrisa. "Lo hago porque adoro a esta linda bebé, y también porque eres mi mejor amiga".

Me abrazó y besó mi mejilla. Salió y me quedé a solas con Abril. Levantó su cara y tomé una pequeña manta que Catherine me había obsequiado. La extendí sobre mi hombro derecho. Di unos pasos para sentarme cerca de la ventana, en una silla, y vi de nuevo las afueras. Abrí mi bata para alimentarla.

"Voy a contarte algo", le dije, con voz calmada. "Al conocer a tu papá, creó que era el hombre más

lindo del mundo. También creí que un hombre tan atractivo no podía llegar a ser tan gentil y amoroso, pero lo fue. Y me sorprendí muchísimo. Se llama Marcelo. Es un instructor de esquí. Es el mejor del país.

Fue en un hotel con un centro de esquí que lo conocí. Fue la mejor víspera de Año Nuevo que he tenido. La pasamos muy bien. Entonces te concebimos. Salí de ese hotel sin saber que una parte de tu padre ya estaba dentro de mí.

Estoy segura de que cuando te conozca te demostraré lo mucho que te ama. Es un hombre lleno de amor y fuerza y va a darte todo el cariño que necesitas. Espero llevarte a las montañas cuando crezcas para que te enseñe a esquiar".

Abril se alimentaba de mí. Tomé aire mientras reclinaba mi pecho. Tenía claro que ella no sabría de lo que le hablaba, pero al menos decir esa parte de mi historia me alivió un poco. Creí que él estaba ahí, cerca de nosotras, y que en cualquier momento llegaría para abrazarnos. Debía tenerlo a mi lado. Aunque Abril tomara su leche y Catherine me mostrara su solidaridad, no dejaba de experimentar el dolor por su ausencia.

Me dije que le contaría a Abril sobre todos los aspectos hermosos de su personalidad, independientemente de que decidiera formar parte de su vida, o que incluso se negara a hablar conmigo. Le mostraría la belleza que yo había visto en su interior. Y luego, cuando fuese lo suficientemente madura, le hablaría del resto de la historia, aunque anhelaba no tener que hacerlo.

Quería que estuviera en la víspera de Año Nuevo en el hotel para quedarse con nosotras para siempre. Que estuviera con nosotras, para que le demostrara por su cuenta que era un buen hombre.

## Capítulo 25

### Un par de días después de Navidad

#### Marcelo

Aunque me sentía un poco más relajado que en Santo Tomé, la tristeza seguía azotándome. Creí que con mi regreso al hotel de Loma Alta significaría que me sentiría mejor inmediatamente, pero eso no sucedió. Había estado bebiendo con Pablo en el bar, mientras repasaba todo lo que había ocurrido en ese lugar exactamente un año antes, y comprendí que lo que me hacía feliz no era el hotel ni la ciudad, sino Laura. Ella convertía todo en un lugar lleno de magia.

Tras la Navidad, sentí que el tiempo se había detenido. ¿Volvería al hotel? Si lo hacía, ¿qué le diría? Y si no lo hacía, ¿qué haría yo? Cada vez que terminaba una lección volvía a mi habitación y pensaba en ella. Había recorrido Monte Blanco tras su segunda partida de Loma Alta, pero no la había encontrado y había tenido que volver a las clases.

Desde ese momento me concentré en impartir las lecciones. Ya Pablo había hecho suficiente por mí. Casi siempre estaba solo, y solía levantarme antes que el resto de la gente, con la intención de oír el canto refrescante de los pájaros en la mañana.

Pablo estaba tomando en el bar. Reía y hablaba con calma con parte del personal del hotel. Aunque la cantidad de huéspedes había bajado, la afluencia seguía siendo muy numerosa. Eso permitió que nuestro negocio fuese rentable. Estaba contento por ello, ya que el ocio me aturdía. Pensé en organizar una lección especial de esquí para Navidad.

La idea era trabajar también en esa fecha. Quería trabajar el mayor tiempo posible. No obstante, Pablo había decidido quedarse conmigo para que no me afectara más la soledad, en lugar de volar a su ciudad. Eso me desalentó un poco.

Decidimos tomar algunas cervezas, ver un partido en la televisión y ordenar un almuerzo succulento. Los comensales, los mismos ancianos sin familia que habían estado el año anterior, estaban de vuelta, y sonreí ligeramente con la imagen. Tal vez ya me había convertido en uno de ellos.

Sabía que los días por venir serían aún más dolorosos. Si Laura no regresaba, sentiría un pesar terrible. Quizás su vida había cambiado por completo en los meses recientes. Tal vez ya se había dedicado a otras cosas. A pesar de ese pensamiento, me ilusioné con la idea de que probablemente me quería como yo la quería. Con todo mi corazón. Esa ilusión me había llevado de regreso a Loma Alta.

Esperaba que volviera para obtener mis datos de contacto. Ya lo había hecho una vez, por lo que seguramente estaría convencida de hacerlo de nuevo. Era la misma intención que yo tenía. A pesar de ello, sabía que la víspera de Año Nuevo sería muy complicada.

Pablo abrió su boca y supe lo que diría. "¿Qué piensas hacer en Año Nuevo?", me preguntó.

"Nada especial. Tomaré unos tragos, veré algo en la televisión y me relajaré", le respondí. "A decir verdad, no le he dedicado tiempo a esos planes".

"Puedo quedarme más tiempo, si lo deseas", me dijo. "Le pediré a mi novia que vuele a Loma Alta".

"Eso no es necesario. No voy a torturar ni asesinar a nadie. Tampoco voy a suicidarme", le dije, tocando su hombro. "Solo regresa a tu ciudad y disfruta estas fechas. Sé que no la has visto en casi un año. Debes estar con esa hermosa chica en Año Nuevo. No tendrás que dar lecciones ese día. Agradece que tienes la suerte de estar con una mujer que te quiere como tú la quieres".

"Podrías volar conmigo".

"Eso no va a pasar", dije, con una sonrisa. "Como bien sabes, no me gusta formar parte de cenas familiares ni nada que se le parezca. Sería como la tía vieja que regaña a todos los nietos".

Quería que fuese feliz con su familia durante la llegada del nuevo año. Tampoco quería abrumarlo con mi soledad ni mi dolor. Sonreí, intentando mostrarle a Pablo que no debía sentirse comprometido conmigo. Además, ya tenía algo muy claro: mi situación tenía que cambiar. Debía hacer algo para que el pesar no continuara entristeciéndome. No podía pasar todo mi tiempo esperando que ella regresara. Sabía que era difícil que volviera. Solo esperaba que el día terminara y pudiera subir a mi habitación para cerrar mis ojos y calmarme, sin pensar en nada. Había tenido múltiples oportunidades para acostarme con muchas chicas, todas muy atractivas, pero no lo hice. No sentía interés por ninguna.

Por primera vez, una chica ocupaba todos mis pensamientos, y no podía controlarme. Sentía lo mismo que había estado experimentando Pablo un año atrás: quería tener un estilo de vida muy distinto al que estaba llevando, lejos de las chicas que se acercaban para coquetear.

Me contentó mucho que pudiera volver con su exnovia. Pablo era una buena persona y merecía ser amor. Él la quería. No había dejado de hacerlo desde que la había conocido. Sabía cómo se sentía, pues yo sentía lo mismo por Laura.

"¿Supiste algo de Laura?", me preguntó. Sabía que nunca dejaba de pensar en ella.

"Nada", le dije, y exhalé. "Javier chequea diariamente los datos de los huéspedes, pero ha sido inútil".

"¿Esperas que regrese?".

"En este momento ya no sé ni qué pensar", respondí. "Me he dicho en varias ocasiones que no debería pensar ni sentir cosas como estas. No debería ilusionarme, para luego no sentir el dolor de la desilusión. Cuando eso suceda, podré salir de cualquier hotel sin tener que regresar a buscar a una chica el año siguiente".

"De todos modos, te deseo suerte", respondió, tocando mi hombro. "De acuerdo, amigo. Ya sabes que, si necesitas algo, puedes llamarme o escribirme. Voy al aeropuerto. Nos vemos en el avión de Santo Tomé el segundo día de enero. No lo olvides". Tomó el resto de su cerveza y sonrió.

"No lo haré. Pásala bien", le dije, y sonreí. "Si alguien en el mundo merece ser feliz, eres tú".

"Muchas gracias. Oh, y si regresa, envíame un mensaje", me dijo, con tono alegre. "Sé que actuaría como una tonta si no te busca de nuevo. Lo sé porque eres una gran persona. Espero que, si vuelve, le pidas su número, o mejor aún, la mantengas contigo. Ya es hora de que te sientas mejor, ¿no te parece?".

"Ya vete", le pedí, viendo a los comensales.

Realmente esperaba que Laura retornara al hotel, como había prometido. Había pasado todo un año esperando que llegara ese momento. La había imaginado una y otra vez, volviendo a Loma Alta. Le había dedicado cada noche, cada trago, cada momento solitario, a sus ojos, a su sonrisa. Solo quería que el tiempo pasara hasta detenerse en la víspera de Año Nuevo. Entonces volví al hotel.

La verdad estaba frente a mis ojos. Tal vez ella no volvería. Tal vez la había pasado tan mal como yo. Entendí que lo que quería tal vez no se haría realidad, aunque esperaba que sí lo hiciera. Mi último año había sido terrible. En cualquier caso, rogué para que apareciera en el hotel, como había hecho justo un año antes, cuando su presencia me había emocionado.

Podría continuar con mi vida, aunque ella no volviera, pero sabía que sería sumamente difícil hacerlo. Tendría que retomar las riendas de mi vida, consciente de que no podía esperar a alguien que ya no deseaba estar conmigo.

Esperaría que le ocurrieran cosas agradables y les pediría a los pájaros de las montañas que le transmitieran mis buenos deseos. Me dije que me daría fuerzas, que, aunque no pudiera encontrar su rastro, abandonaría mis deseos de verla y continuaría con mi vida, intentando ser la persona que era antes de su llegada. Luego, sería el fin de esa historia.

Javier estaba sirviendo tragos, como había hecho en la víspera pasada. "¿Qué tal vas?", me preguntó.

"Como lo imaginas", respondí, y probé mi cerveza. "Doy clases, me recrimino por mi actitud, y no dejo de buscarla, aunque no la encuentro. Solo deseo que vuelva. Prometió que lo haría. He pasado un año entero esperando esta fecha. Como entenderás, no la he pasado muy bien".

"Lamento escucharlo", respondió. "Entiendo tus emociones. Sé que son difíciles de soportar".

"¿Lo dices por Catherine?".

"De hecho, no", dijo con una sonrisa. "Catherine y yo solo teníamos sexo casual. Nunca mostramos emociones. La pasamos muy bien, pero sabía que era temporal. Eso me quedó claro desde que charlamos por primera vez. Hablo de mi primera novia.

Estuvimos juntos en San Valentín, el año pasado. Aunque lo disfrutamos, ella tuvo que regresar a sus clases. Vive en el sur, a miles y miles de kilómetros de aquí. Perdí contacto con ella. Se ha concentrado en sus estudios, pero despierto y me levanto cada día pensando en esa noche que pasamos juntos. Fue la mejor noche de mi vida".

"Lo sé", dije, asintiendo. "Cada noche recuerdo nuestro primer beso. Siento que mi mente ya no da más, pero aun así, sigo pensando en ese momento. Ocurrió durante la llegada del Año Nuevo. Había alegría, sonrisas, amor. Fue un momento maravilloso. Estábamos en el patio de este hotel, bajo la luz de los fuegos artificiales. Y si me permites ser sincero, he cambiado mucho desde ese instante.

Si le preguntas a todos los que me conocen, te dirán que soy un fantasma que camina. Intento trabajar todo el tiempo que sea posible, pero no dejo de recordarla. Siempre pienso en lo que estará haciendo, en qué estará soñando. Incluso me pregunto en qué momento me convertí en esta persona que soy hoy.

Me cuesta creer todos los cambios que he vivido. Yo era un hombre diferente, que buscaba chicas. De hecho, unos días antes de conocer a Laura, me había burlado de mi socio Pablo porque aseguraba que quería comprometerse. Pero ahora quiero hacerlo también. Deseo tener una familia, construir un porvenir al lado de Laura. Para ello, debo superar este dolor primero".

"Entiendo. Y recuerda que la Navidad y el Año Nuevo están llenos de magia, aunque muchos crean que esa frase solo es una cursilería", aseguró. "No debes perder la fe, amigo. Todavía puede volver. Aún tienes tiempo".

Lo que había dicho podía suceder. Aún quedaba tiempo para que mi sueño se hiciera realidad. No quería pasar por más dolor. Faltaban unos días para que el año terminara. Esperaba que ese final también representara el fin de mi tristeza, mi tortura mental por lo que no había hecho y todo lo demás.

Esperaba volver a recibir un año con Laura a mi lado, u olvidarla finalmente. Tenía que pensar en lo que había pasado para darle un cierre digno y no recriminarme más. Merecía pasar un año mejor. Aunque no fuese un año extraordinario, necesitaba un periodo más agradable que el que terminaba. Sonreí, y Javier se movió para servir algunas copas.

Esperaba encontrar a Laura otra vez, pero no podía dedicar todo mi tiempo a buscar a una persona que no quería estar conmigo. Decidí que olvidaría nuestro beso de Año Nuevo, aunque esperaba que pudiera darle otro pronto.

Y si eso no ocurría finalmente, usaría la siguiente víspera de Año Nuevo para pasarla realmente bien. Aunque esperaba contarle sobre mis sentimientos, sentía que era inútil. Sabía que mi vida pasaba mientras ella quizás intentaba proseguir con su rutina sin pensar en mí.

Me había transformado en alguien completamente diferente en un año, y esperaba controlar otra vez mi vida para que no pasara más tiempo antes de que me convirtiera en un anciano soltero y con mal humor, sin hijos ni familia, por el simple hecho de que tuvo una triste experiencia con una chica que no pudo encontrar, y estuvo sufriendo durante años por ese amor que no pudo concretarse mientras el tiempo pasaba sin que pudiera hacer nada para mejorar su vida.

Javier me había dicho la verdad. Mi ilusión estaba intacta, pero si Laura no volvía, debía apagar esa fe. Tendría que renunciar a ella, porque no tendría sentido conservar esos recuerdos ni esa ilusión. No obstante, habría tiempo para eso. En ese momento solo quería tomar unos tragos, relajarme y olvidar, aunque fuese temporalmente, lo que me sucedía.

## Capítulo 26

### La víspera de Año Nuevo

#### Laura

Llegué en mi camioneta al estacionamiento, la apagué y tomé aire. ¿Estaría Marcelo allí? ¿Estaría aguardando mi regreso? Suspiré varias veces. Vi las montañas, llenas de esquiadores, y la entrada del hotel. En mi corazón también había montañas, pero de recuerdos. De todas las cosas que había vivido con él. Mi pecho se agitó con fuerza. Giré para ver a mi hija. Estaba durmiendo plácidamente en su asiento.

Me había acompañado, por lo que, si era su deseo, podría conocerla. El hotel tenía una guardería, de acuerdo a la información que me habían enviado en un correo electrónico, aunque la idea de dejar a mi hija bajo el cuidado de extraños me inquietaba. Solo Catherine la había tenido durante algunas mañanas.

Se lo había pedido solamente para ir a comprar algunas frutas y legumbres, y en contadas ocasiones. Con ella era distinto, pues me sentía cómoda. Me había acompañado siempre, y era mi amiga, aunque no sabía mucho de bebés.

Me arrepentí de no haberle pedido que viajara conmigo para que me ayudara con Abril. Pero eso no habría podido ocurrir. Estaba iniciando una relación seria con un compañero de su trabajo. Estarían juntos en Año Nuevo. No podía pedirle que cancelara su encuentro por mí.

Aunque había sugerido que podía ir a Loma Alta conmigo, no quise que lo hiciera. No quería entorpecer más su rutina, como ya lo había hecho durante muchas ocasiones en los meses recientes. Tenía que hacerlo sola.

Hacía caso un año que había sabido que Marcelo estaría en Año Nuevo en el hotel. Impartiría clases durante las fechas. No obstante, había recibido esa información hacía mucho tiempo. Tal vez habría decidido no volver, aunque tenía la esperanza de que finalmente lo hiciera. Le había prometido encontrarme con él para recibir otro año. Estaba cumpliendo mi palabra. Y a decir verdad, no había pensado qué haría si Marcelo no regresara. Tal vez pediría una habitación para subir con Abril, abrazarla y pasar las fiestas allí, a su lado. Había sonreído mucho durante Navidad, pues el novio de Catherine había aceptado disfrazarse como Papá Noel y animarla mientras la sostenía. Era la persona más importante para mí, y con cada día que pasaba la amaba más.

Giré para ver a Abril. Empezó a agitarse. Abrí la puerta para salir de la camioneta. Puse nuestros bolsos en mi hombro y luego desaté su silla, la cubrí con una manta y la coloqué en mi pecho. Tomé aire mientras entraba. Me registré en la recepción y fui a mi habitación. Esperaba tomar una ducha rápida antes de llevarla a la guardería. El viaje había sido largo y lo necesitaba.

Aseé mi rostro, me cepillé y le cambié su pañal. Tomé asiento en una silla cerca de la chimenea para alimentarla. Había agolpado en su maleta, como pude, porque mi ansiedad no me permitía pensar con calma, algunos pañales, botella de leche y ropa adicional. Como era un ángel que había caído del cielo para mí, esperaba verla en todo momento, pero sabía que debía hablar a

solas con Marcelo, con suma calma, en eso de que estuviera en el hotel y quisiera verme.

Abril estaba en mis brazos. Sobre mi hombro estaba su maleta. La mecí para que tomara una siesta. Tomé el ascensor para descender.

Al ver los dígitos, recordé el piso en el que había estado antes. Ahora ocupaba otro dormitorio, uno menos majestuoso, pero igualmente cálido. Me sentía cómoda, y sabía que Abril también lo estaba. Esperaba tener la fortuna suficiente como para Marcelo estuviera allí, como había planeado, y pasara la noche con nosotros.

También podríamos quedarnos en su habitación. Recordé, no obstante, que no debía permitir que las ilusiones obnubilaran mis intenciones. Sabía que con frecuencia mis planes se estropeaban. Esperaba no tener que derrumbarme en Loma Alta si él se negaba a hablar conmigo. Debía mostrar mi entereza. Mi hija lo necesitaba.

El ascensor llegó al piso del vestíbulo. Bajé con lentitud y llegué al escritorio del conserje. Dos sujetos le preguntaban sobre las lecciones de esquí, pero no supe con exactitud lo que decían, por lo que no supe si Marcelo era uno de los nombres que mencionaban. Quise hacerle esa pregunta, pero supuse que no haría falta: pronto lo descubriría por mi cuenta. Aunque llegara tarde, solo o acompañado, o durara menos tiempo del previsto, tenía que hablarle sobre nuestra hija. Solo entonces podría decirle lo que sentía por él.

"Buenos días", dije al conserje para saludar. "Quisiera saber dónde está la guardería".

"Claro", dijo, sonriéndole a Abril. "Al fondo de la sala de reuniones. Se dará cuenta rápidamente de cuál es la puerta. Los colores se lo dirán".

"Entiendo. Muchas gracias", le dije, amablemente.

Pasé por el bar, pero no entré. Javier estaba notablemente ocupado con los clientes. Entendí que no debía molestarlo. No quería hablar con nadie que no fuese Marcelo. Tampoco quería contarle a Javier que ahora era madre, cuando ni siquiera Marcelo lo sabía.

Caminé por el pasillo para llegar al fondo. Llegamos a la guardería. Me sentí feliz con las paredes llenas de colores y dibujos. Me relajé cuando noté que solamente había tres niñas. Sentí que así mi hija podría recibir los cuidados necesarios, pues no había tantos bebés. Sabía que podría afectarle mi ausencia, pues no estaba habituada a ella. Apenas había nacido unas semanas antes.

Una señora de cierta edad notó mi presencia y dejó ver la cantidad de documentos frente a ella. Puse las cosas de Abril en el piso, saqué a Abril de su asiento y le entregué el bolso a la dama. Pasé y me vio, bajando sus gafas por un momento. Sonrió ampliamente cuando vio a Abril.

"¿Esta dulzura es Abril?", preguntó, y asentí. Tocó delicadamente las mejillas de la niña. "Entonces eres Laura. No sabes cuánto me alegra ver tu rostro finalmente".

"Lo sé. También me alegra conocerla. Ahora sé quién es la señora Roberti", respondí, sintiéndome relajada. "Es un gusto verla".

"Igualmente. Acompañeme, por favor", me pidió con alegría. "Le enseñaré el lugar".

Fuimos a la zona de los bebés. Me impresionó lo grande que era y la cantidad de juguetes que había. Dijo que cuidaría solamente a tres o cuatro niños como máximo en Año Nuevo. Esa información me calmó, pues me pareció difícil que una sola persona tuviera a varios bebés bajo



sus cuidados. También comentó sobre las reglas a seguir por los padres, así como la hora en la que debía ir a buscarla.

"¿Se siente nerviosa?", me preguntó, tocando mi muñeca.

"Sí", dije. "Espero ver al padre de mi hija en una hora. Es lo que deseo. Hace justo un año vivimos una experiencia amorosa muy linda, pero terminó rápidamente. Le dije que hoy lo esperaría en este hotel. Le contaré toda esta noche, si logro encontrarlo, claro está Como no pudimos hablar, aún no sabe que es papá".

"Oh... qué historia tan linda", respondió, abriendo ampliamente su boca.

"Lo sé. Él también es lindo. Es posible que sienta algo profundo por él", reconocí, con mis mejillas sonrojadas. "Pero eso no importa en este momento. Quiero que se alegre de saber que es papá y desee criarla. Me importa mucho Abril. Entiendo que seguramente él estará impactado, pero no he dejado de buscarlo todo este tiempo. Y no logré conseguirlo. Creo que si no puedo decirle ahora que es el padre de Abril, tal vez nunca pueda hacerlo".

"¿No le parece increíble que un hijo cambie por completo nuestros deseos y prioridades?"

"Lo es", dije, riendo. "Siempre me sentí algo desorientada, pero ahora quiero estar concentrada para cuidar a mi bebé. Pude continuar sin buscarlo, no decirle nada sobre Abril, pero quiero hacer lo más conveniente para mi hija. Ojalá pueda conocerla y empezar de inmediato a darle todo el amor que ella necesita. Oh, ¿pero por qué estoy narrando esta historia? Le pido mil disculpas".

"Eso no es necesario", respondió. "Me alegra escucharte. Estoy impresionada por el esfuerzo que haces por ti, pero sobre todo por tu bebé. Sé que eres una gran persona y una madre estupenda. Tus acciones lo demuestran. Además, Abril es una hermosa niña. Es una de las más hermosas que ha estado aquí.

No tienes que preocuparte, pues su padre le dará todo su amor. Va a quererla desde el momento en el que sepa que es su padre. Comprendo que las relaciones tienen muchos altibajos, pero el vínculo amoroso que se crea entre un padre y un hijo nunca se rompe.

Lo que sienten los padres por sus hijos es natural, real. Los padres aman a sus hijos antes de nacer. Te aseguro que él estará feliz, aunque probablemente la noticia lo impacte. Pero cuando asimile todo, no habrá forma de pararlo. Aunque afuera haya miles de problemas, la sonrisa de un hijo siempre alegra, y eso es lo que sucederá con él".

"Ojalá así sea", respondí, con una sonrisa.

"Y mientras eso sucede", dijo, viendo con alegría a Abril, "me haré cargo de esta linda niña. Puedes estar tranquila. Tu hija estará bien cuidada. Le haré cosquillas y le contaré historias para que empiece a desarrollar su inteligencia".

Relajé mis hombros y sonreí. Luego me senté frente a un escritorio para firmar una cantidad infinita de documentos. Al terminar, me puse de pie y besé las mejillas de Abril. Me despedí de la señora Roberti, aunque no salí. Cuando notó mi temor a irme, la señora Roberti dio unos pasos y tocó mi mano. Me aferré a la puerta, queriendo quedarme allí.

"Ve tranquila", dijo, sonriendo. "Sube a organizar todo para esta noche. No te queda mucho tiempo".

Aterricé en la realidad con su comentario y sonreí. Era cierto lo que decía. Salir de allí fue lo más complicado, pero cuando pude hacerlo, me sentí tranquila rápidamente. Subí para llegar a mi dormitorio. Había olvidado la ansiedad que llenaba mi vientre. Me desnudé para darme una ducha y la figura que vi en el espejo me impresionó.

Mis caderas resaltaban, al igual que mis piernas. Solo había usado ropa de embarazo durante varios meses, pero el vestido azul que lucía ahora me hacía sentir muy atractiva nuevamente.

Me sentí animada y decidí buscar algo de maquillaje para mostrarme más esbelta. Puse sobre mis hombros el chal que había comprado para no evitar que el frío me afectara. Bajé y sonreí a los huéspedes que veía en los pasillos del hotel. Caminé con confianza hacia el vestíbulo. Al llegar al bar, no supe qué debía hacer a continuación.

Puse mi bolso sobre mi pecho y lo sujeté con fuerza. Vi al fondo y noté que Javier sonreía y servía algunas copas. Caminé hacia él y sonrió ampliamente al verme. Salió del bar para saludarme. Me dio un beso en la mejilla y me abrazó con calidez.

"Luces muy hermosa", dijo en voz baja. "Tu presencia aquí es una buena noticia".

"¿Sabes algo de Marcelo?".

"Así es", respondió. "Estuvo acá y se fue hace menos de cinco minutos".

Suspiré y salí del bar. "Te lo agradezco", dije.

Crucé el pasillo y me dirigí con prisa a la entrada, para llegar al patio. Me asomé por la puerta, y vi su silueta. Era él. Estaba sentado en un banco y veía la montaña. No había nadie más, lo que me hizo sentir relajada. Había llegado el momento de hacer lo que me había propuesto hacer, aunque no dejaba de temblar.

# Capítulo 27

## La víspera de Año Nuevo

### Marcelo

Lucía un traje y una corbata, si bien no saldría con nadie, y tomé un trago en el bar. Había muchos huéspedes en la sala de baile para recibir el Año Nuevo, pero las muchedumbres siempre me abrumaban. Vi rápidamente todas las caras y supe que Laura no se encontraba entre los presentes. Entonces fui al patio, con la esperanza de que llegara y me buscara en el lugar en el que nuestras bocas se habían unido por primera vez.

Fui por el sendero más largo, dejando el rastro de mis zapatos en la nieve. Luego tomé asiento en un banco, suspiré y vi las montañas. Las cimas eran blancas por las nevadas que habían caído. Las estrellas lucían esplendorosas.

Aunque aún restaban unos quince minutos para que llegara el Año Nuevo, estaba muy inquieto, por lo que me convencí de que debía tomar asiento y aguardar su llegada, si finalmente ocurría. Veía las caras felices de los huéspedes, y me sentí desolado. Tal vez no tendría más opción que estar solo.

No dejé de pensar en esa posibilidad, pero alguien tocó mi espalda. Inhalé profundamente y luego sonreí. Quería comprobar que no estaba alucinando ni soñando.

Giré con calma. Era ella. Laura. Estaba parada frente a mí y sobre la nieve. Retrocedió dos pasos y cruzó sus manos sobre su vientre. Intenté decir algo, pero fue inútil. No podía hablar. Noté que el frío la abrumaba. Lucía preciosa.

Usaba un vestido azul que se afincaba sobre sus caderas y su cintura. Terminaba en una larga cola que llegaba a la nieve y se mezclaba con ella. Sus hombros estaban cubiertos con un chal en cuyo centro había un prendedor con la figura de un copo de nieve dorado. Vi su mirada llena de ese intenso verde y le mostré mi mejor sonrisa mientras me ponía de pie y alcanzaba sus manos con las mías. Apretó sus manos y supuse que estaba sintiendo más frío, o que quizás reaccionaba de ese modo porque se sentía asustada. O tal vez era una mezcla de ambas cosas.

"Laura", dije en voz baja. "Creí que..."

"¿Que no regresaría?", dijo, completando mi frase. "Pensé no hacerlo, pues no sabía si regresarías. Me daba mucho miedo pasar esta noche sola, pero tenía que volver. Debo contarte algo. Algo que ahora forma parte de mi vida, y es muy importante para mí. Lo ha sido desde que nos vimos".

"También quiero contarte algo", le dije, acariciando sus dedos. "Vamos a sentarnos. Acércate".

Su sonrisa me indicó que quería sentarse conmigo. La guí para que se sentara, y giró para verme. Puse mi mano en su cintura para atraerla a mi cuerpo. Noté que su expresión ahora era diferente. Creí que tenía miedo de decirme lo que iba a contarme.

"Acércate", le pedí. "No te imaginas lo contento que estoy de verte de nuevo".

"Me alegra que reacciones de ese modo", respondió.

"¿Qué tal va todo?".

"He estado ocupada. Muy ocupada, de hecho", contó, con una sonrisa. "Y ahora me siento un poco confundida".

"Entiendo. Siento lo mismo", respondí. "No he dejado de buscarte, Laura". Creí que, si no le expresaba mis sentimientos, luego sería muy difícil hacerlo. Tal vez no podría reunir de nuevo el coraje que necesitaba.

"¿En serio?".

"Te he buscado desde enero", le dije. "Y cuando estuviste en el hotel, vi tu espalda, pero solo supe que habías venido una vez que ya estabas lejos. Estuvimos muy cerca, pero no lo supimos".

"Es increíble", respondió, agitando su cara. "Todo ese momento me pareció muy raro. Cuando supo qué habitación ocupaba, Javier me contó que yo estaba quedándome en el mismo dormitorio en el que te habías hospedado mientras dabas tus clases".

"¿Fuiste tú? No pude quedarme en ese dormitorio porque estaba ocupada. Tenían que asearla para que yo pudiera entrar", dije, y comencé a reír. "Creo que ahora sí es justo hablar de destino".

"Así es", dijo, con alegría. "Quizás sí existe el destino, pero no como lo pensé. Creo que no tenía razón cuando hablé sobre ese tema. Estoy empezando a pensar que puedo haberme equivocado en todo esto. Tal vez el destino hizo las cosas de manera distinta".

"Laura", le dije, acariciando sus muñecas. "Deseo hablar contigo sobre varias cosas. Quiero que me prestes mucha atención. Si no lo hago ahora y no me respondes, voy a enloquecer".

"De acuerdo", dijo, frunciendo su ceño.

"No he sido el mismo desde que te vi el año pasado. Me fui a otra ciudad, pero ya me sentía derrotado y extraviado", confesé. "Has sido la única imagen en mis pensamientos desde entonces. Sentí que mi futuro podía estar en riesgo por mi tristeza. No he salido con otra chica. Como te dije, no paré de buscarte, pero no tenía ningún dato que me permitiera ubicarte en algún lugar. Entonces volví.

Aunque no tenía la certeza de que volvería a verte, o sentirías la misma emoción por verme que sentías en ese momento, quería volver a estar contigo para saber qué pasaría con nosotros. Tenía la esperanza de encontrarte aquí en la víspera de Año Nuevo.

Ahora que estás frente a mí, Laura, te confieso que quiero cambiar. Por ti. Y no solo eso: has logrado que piense de un modo totalmente diferente al que tenía. Quiero comprometerme, tener una relación seria contigo y pasar mi vida a tu lado para disfrutar todo lo que el destino tenga preparado para nosotros".

Puso su mano en mi muñeca. "Marcelo", dijo suavemente, cortando mis palabras. "Me alegra mucho cada palabra que dices. También quiero hablarte sobre mis emociones por ti, pero creo que hay algo más importante que debo contarte. Y tiene que ser ahora".

"Estupendo", respondí, aunque me sentí alterado por sus frases. "Oír cualquier cosa que tengas que decirme".

"La verdad es que una vez que dejamos de vernos, la tristeza me asoló. Deseaba con todo mi corazón encontrarte y estar contigo siempre", contó. Me sentí feliz de inmediato. "De repente, un

día, al despertar, me sentí muy mal. Catherine vino a mi casa para ayudarme a levantarme. Estaba en el medio del baño, y me costaba moverme".

Me atemoriqué. "Cielos", dije. "¿Estás enferma?".

"No, afortunadamente", dijo, y sonrió. "No me puse así por un resfriado ni nada parecido".

"¿Cuál era la causa?".

"No fue ninguna enfermedad", reveló. "Supe que esperaba un bebé. De inmediato me convencí de que debía buscarte y decirte lo que sucedía. Por eso estuve los últimos doce meses detrás de mí, pero nunca pude dar con tu paradero. Cuando mi vientre creció más, no pude seguir detrás de ti. Me dije que había llegado el momento de tener a mi bebé, para luego continuar la búsqueda o volver a este hotel, con la esperanza de que tú también retornaras. Así podría contarte la verdad".

La vi fijamente. "Un momento", le pedí. "Dices que... ¿estabas embarazada? ¿Y ahora eres la madre de nuestro hijo?".

Lucía muy seria. "Exacto", contó. "Su nombre es Abril María. Nació hace tres meses y una semana. Sonríe por cualquier cosa, como tú, y su cabello y su nariz son similares a los tuyos. Admito que la noticia del embarazo me produjo mucho miedo, y cuando sentí que tal vez nunca te encontraría, creí que no podría soportarlo.

Pero luego ella nació. Su mirada me llenó de luz. Al ver su cara y sus manitos, supe que tenía que seguir. Por ella. Entiendo que esto es muy difícil de asimilar. Además, no llegué hasta aquí para exigirte algo. Vine porque estoy convencida de que mereces saber que eres padre".

Giré lentamente y puse mis manos sobre mi pecho. Fijé mis ojos en la montaña. La revelación de Laura me había dejado impactado. Ciertamente, tenía mucha información que digerir. No había imaginado nunca que me contaría algo tan serio como eso. Tomé aire y giré otra vez. Intentaba comprender todo con la mayor celeridad posible. La vi fijamente y noté su expectativa.

"Dime por favor dónde está".

"La dejé en la guardería", dijo, con una gran sonrisa.

"¿La guardería del hotel? ¿La trajiste contigo?".

"Sí. Está cerca de ti", dijo, riendo.

Empecé a saltar. "Debo conocerla ahora", respondí. "Es mi hija y quiero verla ya".

Deseaba saber si lo que le decía no era un chiste. Puso sus manos en su pecho para contener la risa y se levantó. Rápidamente, la expresión de su cara cambió. Me acerqué y la tomé por la cintura para abrazarla. Dejó su cara en mi hombro. Exhaló, y sentí que de su cuerpo salía un dolor que se había acumulado durante todo un año.

"Soy papá. ¿Cómo es eso posible?", le pregunté, viendo sus ojos. "No puedo creerlo. Sí, es raro, increíble, pero no puedo sentirme más feliz".

"¿Qué hacemos aquí todavía?", me preguntó, estirando su brazo. "Entremos para que conozcas a tu bebé".

Tomé su mano de inmediato y sonreí. Caminamos para volver al hotel. Había electricidad en el aire. Avancé a su lado y la ansiedad que sentía ya no estaba ahí. Mi corazón no dejaba de latir con

fuerza. Sentí que el hotel se había llenado de luces más brillantes, caras más alegres y pasillos más coloridos.

Además, la presencia de Laura me hacía creer que mis sueños y mis ilusiones se convertían en realidad. Ella dobló al final del pasillo, justo donde se encontraba el salón de reuniones. Me fijé en los colores pintorescos del fondo. Vi los dibujos infantiles y la risa de los niños de la guardería acarició mi alma.

"¿Qué tal?", preguntó una señora mayor al vernos. "Es un gusto verte de nuevo".

"Vernos", respondió Laura con alegría.

"Puse a Abril en la zona de juegos. Está oyendo canciones infantiles y jugando con algunos juguetes", dijo.

Laura sonrió y entró a la llamada zona de juegos, y no pude verla más. "Aguarda un momento", me pidió.

Sentí que iba a quedarme sin aliento. La emoción que sentía era cada vez más poderosa. Conocería a mi bebé. Un bebe cuya existencia desconocía. Laura volvió a la entrada, tomé aire y caminé hacia mí. Cuando estuvo más cerca, sonrió ampliamente. En sus brazos estaba la criatura más hermosa que hubiera visto. Me sentía tan feliz que quise tenerla en mis brazos de inmediato. Sujetaba la mano de Laura, y el color de su piel y sus mágicas mejillas me hicieron llorar.

"Ella es tu hija, Marcelo", me contó Laura, poniéndola en mis brazos.

No paré de llorar ni un segundo. La tomé con cautela y vi su cara. Su mirada indagaba en mi rostro. Extendió sus manos para tocar mis mejillas. Besé su nariz con mucha delicadeza. Levanté la cara y vi los ojos de Laura.

Sabía que había tenido a ese hermoso ser en su vientre mientras creía que yo no me haría cargo. Yo, sin embargo, sí quería cuidarla, así como quería cuidar a Laura. Ya no solo había una mujer importante en mi vida: ahora había dos. Era la mejor víspera de Año Nuevo. Entendí que lo que más deseaba era quedarme con Laura, y convertirme en el padre que Abril merecía. Mi prioridad ahora era mi hija. Era la razón de mi existencia y mi felicidad.

## Capítulo 28

### La víspera de Año Nuevo

#### Laura

Marcelo tomó mi mano con suavidad. "Pueden pasar la noche conmigo, en mi habitación", sugirió. "Hay un espacio desocupado allí en el que podríamos poner a la niña".

Puse a Abril en su silla y protegí su pecho con una manta por el frío. "Me parece muy bien", dije. "Buscaré su ropa".

La señora Roberti me acompañó a tomar el bolso con la ropa de Abril y me ayudó a guardar sus cosas. Estaba mucho más nerviosa que antes, aunque era por una buena razón. No habría pensado que todo fuese de ese modo, ni siquiera en el escenario más optimista.

Me costaba respirar, pero la razón era que todo estaba saliendo muy bien. Marcelo me reveló lo mucho que yo le interesaba, pero lo más importante fue la felicidad que sintió cuando supo de la existencia de Abril.

Caminé hacia la salida, Marcelo extendió sus brazos para tomar la bolsa de Abril, la puso en su hombro y me sonrió. Tomé mi bolso y estreché la mano de la señora Roberti, expresándole con algunas palabras mi gratitud por su excelente trabajo.

Aunque intenté controlarme, porque sabía que tal vez, cuando se percatara de que el proceso de crianza de un hijo era muy complicado, no se sentiría tan contento, sabía que él sería un padre espectacular para nuestra hija.

Fuimos al vestíbulo y sentí que éramos una familia real, a pesar de las circunstancias. Subimos usando el ascensor. Marcelo no paraba de reír ni de ver la cara de Abril. Se notaba lo mucho que la amaba. Sus ojos se llenaron de brillo con su sonrisa, sus gestos y sus bostezos.

Bajamos, caminamos por el pasillo y entramos a su dormitorio. Me senté en el sofá y mecí a Abril hasta que se quedó dormida. Le di un beso en la mejilla antes de acunarla cuidadosamente en su pequeña cuna. Estaba feliz de que pudiera contar con su padre. Mis peores pesadillas estaban terminando y ahora mis sueños se convertían en realidad. Vi su rostro por unos segundos y sonreí.

Salí del espacio contiguo en el que había acomodado a la niña. Vi que Marcelo ya estaba acostado. Había apartado las sábanas y aguardaba por mí. Tomé uno de sus shorts cortos y una de sus camisetas. Me las puse con prisa. Tenía claro que no dejaría de verme ni un instante.

Mis mejillas se sonrojaron rápidamente. Tomé aire mientras me acomodaba a su lado. El confort que sentí de inmediato me hizo recordar de inmediato la paz que me brindaban las camas de ese hotel.

"Me gustaría conversar. Espero que no la despertemos".

"De acuerdo", le dije. "Suelo poner música relajante mientras duerme para que se sienta tranquila. De hecho, sus siestas son largas, y no sé si esa sea la razón".

"Te agradezco todo lo que has hecho. Lamento mucho no haberte apoyado", respondió, negando

con su cara.

"No tienes que decir eso", dije. "No pudiste contarme lo que querías hacer, si querías seguir conmigo o no. De todos modos, me alegra que te hayas emocionado cuando te dije lo de nuestra hija. Entiendo que eres un gran hombre, pero igualmente entré en pánico cuando pensé que no querías verla. Todo es mi culpa".

"Comprendo. Debe haber sido muy difícil", respondió. "La tuviste en tu vientre estos meses, y también tuviste que pensar que tal vez no podrías contar con mi apoyo. Cualquiera chica entraría en pánico. La has criado sin mí".

"Así es, pero no me asusté por mí, sino por ella", dije. "Solo deseo que sea feliz, y eso incluye estar con su padre. Como ya llegaste, y sé que te gusta estar con ella, me siento tranquila. He sufrido de insomnio desde que nos despedimos en este hotel".

"Me pasó lo mismo", dijo, y rió. "De todos modos, eso forma parte del pasado. Quiero pasar todo el tiempo que pueda con ella para que toda esa amarga experiencia quede atrás. Debo decir la verdad, Laura. Ya tenía claro que lo que sentía por ti no lo había sentido por nadie.

Al reencontrarnos en el patio de este hotel, sentí que formabas parte de mi destino. Es un sentimiento muy fuerte y no se compara con nada que haya vivido en toda mi existencia.

Cambias para bien todo lo que pasa por tus manos. Lo hiciste conmigo. Me hiciste madurar y tomarme la vida en serio. Hiciste que me convirtiera en un hombre totalmente diferente. Tengo que darte las gracias por esa razón. Y también tengo que confesarte que te amo con toda mi alma".

Inclinó su cara y sus manos tomaron sus cinturas. Estaba a solo centímetros de mí. Sus manos subieron a mis mejillas y me besó con delicadeza. Me acerqué a su rostro, y un gemido que salió de mis pulmones mostró lo emocionada que estaba de estar con él nuevamente. Entendí entonces la dimensión del dolor que había vivido durante todo un año. Ahora quería permanecer a su lado. Y si eso implicaba viajar o hacer una mudanza definitiva con mi hija, lo haría.

Tenía que estar con él, aunque eso comprendiera cosas como esa. Pero no pude pensar en ninguna de ellas, porque sus manos tocaron mis hombros y llegaron a mis senos. Los tomó con fuerza y movió sus dedos sobre mis pezones. Otro beso fogoso de su boca calentó mis labios. Me moví un poco y su lengua paseó por mis labios. Me sentí atrevida, por lo que decidí morder su labio inferior. Oí sus gemidos y sus dedos presionaron con mayor intensidad mis senos. Luego lo tomé con ambos labios y lo succioné poderosamente.

Puse mi pierna en su cadera para quedar sobre él. Noté que la tensión se incrementaba. Rápidamente noté con mi vagina la erección que tenía. Esa presión incrementó mi deseo.

Deseaba que me tomara, que me demostrara que él tampoco quería separarse de mí por el resto de su vida. Los latidos de mi corazón subieron y llevó sus dedos a mi cintura. Subió por mi vientre y las caricias que me dio estremecieron mi piel. Decidí replicar sus movimientos, poniendo mis dedos en su abdomen y luego bajándolos lentamente. Pellizqué ligeramente su piel, y escuché sus gruñidos.

Me hice a un lado para quitarme la camiseta. La subí lentamente por mi cabeza y la dejé caer en el piso. Comenzó a quitarse sus pantalones y lo ayudé a bajarlos con prisa. Subió su cuerpo para quitarse su camiseta. Sus ojos no se quitaban de mi cuerpo. Pasé mis manos por todo su vientre y



alcancé su ropa interior.

Me detuve por unos segundos, viéndolo fijamente. Luego introduje un par de dedos bajo la ropa. Sentí su glándula empapada y mi aliento se hizo pesado. Exhalé mientras bajaba la tela para contemplar su piel.

Quedó desnudo frente a mí y vi su erección. Vi la expresión de su rostro y bajé mi cara otra vez. Llevé mi cara abajo y metió su pene en mi boca lentamente. Escuché los gruñidos de su boca y cerró sus ojos. Apretó la almohada que estaba a su lado y bajó su cara.

Abrió sus ojos y se deleitó viéndome chupar su inmensa erección. Moví mi cara hacia atrás y hacia adelante, llevando todo su órgano al fondo de mi boca, dejando que su tronco jugara con mi lengua. Subí mi cara para ver el éxtasis de sus ojos. Me recliné lo máximo que pude para insertar su erección hasta lo más profundo de mi garganta.

Cada empuje lo excitaba más. Me moví un poco mientras lo veía otra vez. Bajé un poco para que su pene entrara por completo con mayor comodidad. Gruñó una y otra vez. Tomó sus cabellos, intentando controlarse. Mordió su labio inferior cuando paré. Luego retomé mis movimientos. Comenzó a gemir. Puso sus manos en mi vientre rápidamente.

Me llevó a su cara, y mi vagina quedó sobre sus labios. Bajé mis manos para quitarme la ropa interior. Con prisa la retiró y chupó furiosamente mis labios vaginales. No había sacado mi pene de mi boca, pero pude gemir por el placer que sus labios estaban dándome. Sentí que su boca me acariciaba con cada movimiento.

Entonces se concentró en mi clítoris. Decidí impulsarme con más fuerza sobre su tronco. No podía gritar, pero la agitación que sentía era enorme. Con sus dedos haló mis cabellos para que me sentara sobre él. Todos sus músculos estaban tensos.

Tomé mis pezones y presioné su rostro con mi vagina. Tomó su pene y con la otra mano se apalancó en mis caderas para que yo no pudiera moverme. Me di cuenta de que el volcán de placer volvía. Balanceé mis caderas con fuerza, agitándome con cada movimiento de su lengua en mis profundidades.

Estaba tan húmeda que mis líquidos caían por su cara. Los recogía ansiosamente con su lengua. Tomé aire, con la intención de calmar mi cuerpo, pero no pude hacerlo. Mi clímax se acercaba. Y sería más poderoso que los anteriores. Empecé a gritar.

"Carajo", dije, aunque me costaba hablar. "Voy a acabar".

"Lo sé", respondió, haciendo que mi vagina se estremeciera con el eco de su voz.

Comencé a empujar mis piernas con más fuerza sobre él, hasta que el volcán en mi vientre hizo erupción. Arqueé mi espalda y tapé mis labios con una mano mientras el orgasmo retumbaba en mi interior. Los líquidos de mi vagina caían como una avalancha en su cara.

Apenas podía controlar mis movimientos mientras mi pecho no dejaba de latir con fuerza, al igual que mis labios vaginales. Gemí y gemí hasta que pude empezar a moverme para ponerme a su lado. Tenía claro que debía dejarlo hacer conmigo lo que quisiera. Solo así saciaría mi deseo. Ya toda mi piel estaba sumergida en un mar de placer.

Inclinó su cara para darme un beso cálido en mi boca. Finalmente retomé el aliento. Sabía por el

sudor de su cuerpo que quería tenerme. Entonces separé mis piernas para recibirlo. Tomó su pene con una mano, jugó con él por unos segundos. Luego pasó por mi entrada, llenándolo con mis líquidos, y entonces entró en mí de nuevo. Empezó a moverse, y gemí. Cerré mis ojos mientras apretaba las sábanas.

Todo su pene latía en mi interior, cada vez con más poder, y me sentí llena y saciada otra vez. Paró por un segundo para llevar mis piernas sobre sus hombros. Se inclinó ligeramente para tomar mis caderas. Me haló hacia él, insertando sus dedos en mis muslos. Me acercó a él con cada movimiento de su pene.

El éxtasis fluía en mi cuerpo. Exhalé con fuerza y me obligué a abrir los ojos para ver su rostro. El deseo pasaba de mi cuerpo al suyo y volvía. Sentía que era difícil tolerar tanto placer. Su erección acababa con mi hambre de meses.

Su respiración se hacía cada vez más pesada. Me penetró intensamente, acercándose a su cuerpo, e insertando todo su tronco en mi interior. No dejó de verme por un instante, y en unos noté que sus hombros se tensaron. Moví mis manos para aferrarme a la cabecera de la cama.

No quería caer ni un centímetro mientras me penetraba. Tomó su pene, lo retiró y me movió para que quedara de costado. Entró de nuevo en mi cuerpo mientras llevaba mi pierna derecha a su hombro y usaba su mano para presionar mi clítoris.

Dejé que tomara el control de nuestros cuerpos, y su accionar rítmico me hacía saber que pronto acabaría. Sentí sus caricias lentas, aunque su pene se movía dentro de mí salvajemente. Puse mi cabeza en una de las almohadas y empecé a gemir, liberando parte del placer que sentía.

Sentí que otra erupción comenzaba a formarse violentamente en mi estómago. Cada una de sus penetraciones hacía que un gemido saliera de mi garganta. Se impulsaba con más fuerza y sus mejillas estaban cada vez más empapadas. Se acercó a mi cara y escuché sus gruñidos animales y calientes cerca de mi oreja.

Entonces subió otra vez para penetrarme con más poder y presionar con más fuerza mi clítoris. El volcán en mi cuerpo hizo erupción, al igual que el suyo, y su tronco latió intensamente mientras mi vagina vibraba.

Todo su cuerpo estaba agitado. Tomé su mano para cubrir mi boca. Sus manos mojadas con mis líquidos recibieron el grito excitado de mis entrañas. Tomó mi brazo y pude transmitirle el éxtasis que estaba experimentando. Se impulsó en dos ocasiones más y luego exhaló. Se derrumbó a mi lado mientras yo inhalaba, intentando recuperar la calma. Entonces giré y toqué sus mejillas. Besé su boca y sonreí.

"También te amo", confesé.

## Capítulo 29

### Dos meses después

#### Marcelo

Apagué el motor y salí de mi auto. Tomé el camino que conducía al hotel. Apenas había huéspedes. Pronto daría la última clase de la temporada. Los primeros días de marzo llegaban. El césped que nacía intentaba abrirse paso entre la nieve. La primavera estaba comenzando, y la temperatura era agradable.

Los últimos copos de nieve estaban desapareciendo de las montañas. Nunca había visto cómo crecía el césped en Loma Alta. Sonreí al ver el patio. Más y más pájaros pequeños jugaban en los pinos cuya sombra cubría los bancos. Para Loma Alta, como para otros lugares de la zona, esa temporada representaba otra temporada llena de huéspedes. No pasaba un día del año sin que los dueños no ganaran dinero. Les agradaba tener visitantes, independientemente de la época del año que comenzara.

A unos pasos del hotel, tomé el celular. Estaba llegando un mensaje de Laura. Se había acostumbrado a enviarme mensajes cortos, lo que me hacía sentir muy feliz. Me había enviado una foto que le había tomado a Abril. En ella se veía con su sonrisa característica: grande y genuina. Había cumplido cinco meses y comenzaba a moverse con más rapidez.

Tomaba sus juguetes y cualquier cosa que le diéramos, lo dejaba caer para escuchar el sonido que producían y luego repetía el proceso una y otra vez. Tomaba un sonajero que le había regalado Catherine para oír los ruidos. Eso le ayudó a reconocer rápidamente mi voz. Ambas estaban en el apartamento de Laura para organizar las cosas y ofrecerla en venta. Habíamos tomado la decisión de mudarnos a Loma Alta.

Teníamos hermosos recuerdos de la ciudad, y cada vez que estábamos allí nos sentíamos como en casa. El trabajo de Laura le permitía mudarse, así que buscamos una casa en la zona de las montañas, desde la cual podíamos tener una hermosa vista del paisaje.

Me acomodé mi suéter y entré al edificio. Guardé mi celular y sonreí. Luego me quité mi sobretodo, lo dejé en mi brazo y acomodé mi corbata. Escuché una voz que me parecía conocida y di unos pasos. Había oído esa voz por casi cuatro años, pues había trabajado con él. Se trataba del propietario del hotel, el señor Flores.

Estaba llegando de su viaje por varios lugares del mundo para revisar las obras de sus futuros hoteles. Se encontraba en Loma Alta con el único fin de hablar conmigo.

"Marcelo", dijo cuando me vio. "Es un gusto verte otra vez".

"Lo mismo digo, señor", respondí, saludándolo con un apretón de manos.

"Acompáñame a mi oficina", me pidió. Vio al gerente del hotel y asintió. "Haz lo que tengas que hacer para arreglarlo. Resuelve ese asunto hoy mismo".

Ví al gerente y sonreí. Caminé al lado del señor Flores. Pasamos por la sala de reuniones y giramos a la izquierda. Allí estaba su oficina, donde estaba casi siempre que se encontraba en el

hotel. Me parecía raro que la ubicara cerca de la guardería, pues no parecía un hombre al que le agradaran los niños. Pasamos a su oficina, un espacio inmenso. Saludó a su secretaria y abrió las puertas enormes de madera que llevaban a su lugar de trabajo.

"Siéntate, por favor", me pidió. "¿Se te ofrece alguna bebida?".

"Gracias, pero no", respondí.

"Sabes que me alegra mucho que ahora seas parte de nuestro equipo", recordó.

"También me alegra mucho que haya decidido contratarme", respondí.

"No habría podido negarme a hacerlo. Has colaborado con nosotros durante cada invierno, y nos alegra que ahora puedas estar en el hotel durante todo el año. Serás el guardabosque de la montaña en verano y el coordinador de instructores en invierno. Tendrás que preservar la belleza de las montañas durante la época veraniega. Espero que resuelvas todos los problemas que se presenten. Al producirse las primeras nevadas, será más sencillo organizar las clases antes de que lleguen los primeros esquiadores. No quiero desórdenes en ese momento".

"Estupendo", le dije, con una sonrisa. "Es un plan ideal".

"De acuerdo", dijo. Se levantó e hice lo mismo. "Te espero el próximo lunes. Ese día empezaremos a planificar la temporada de primavera del año próximo".

"Genial", le dije. "Una vez más, mi agradecimiento por recibirme. Todos en la familia se lo agradecemos".

"Es un gusto contar contigo", dijo.

Estaba feliz de poder estar en Loma Alta todo el año. Había decidido formar una familia con Abril y Laura, pero me inquietaba no tener un empleo permanente. Laura dijo que no debía preocuparme, pues consideraba que mi labor por temporadas sería suficiente para mantenernos, pero yo no estaba de acuerdo. Ya estábamos planificando nuestro futuro, para el que yo deseaba tener a mi disposición la mayor cantidad de dinero posible. Queríamos estar juntos en Loma Alta, sin asuntos pendientes, por lo que esperaba que su apartamento se vendiera pronto. Me fui de la oficina, sintiendo que nunca había estado tan contento.

Llegué a nuestra casa. Laura y Abril ya estaban allí. Me alegré al verla. Querían darme una sorpresa con sus presencias. Di unos pasos para abrir la puerta mientras veía la camioneta de Laura. Adentro había unas cuantas cajas con sus cosas. Me emocioné rápidamente. Sabía que a solo unos metros estaba el par de chicas que más amaba, quienes, además, aguardaban por mí.

Entré con prisa, cerré la puerta, puse mis llaves sobre la mesa de noche y sonreí. Los rayos del sol se filtraban por los grandes ventanales. Laura había pedido que los tuviéramos para refrescarnos con la calidez. Al verlos terminados, me asombré con la belleza del paisaje que podía ver a través de ellos. Puse mis zapatos humedecidos en la alfombra y avancé.

Giré al final del pasillo, dejé de caminar y puse mi hombro sobre el marco de la puerta. Vi a Laura. Estaba sentada al lado de Abril.

Nuestra hija ya usaba su vientre para impulsarse. Entendí que dentro de poco empezaría a caminar con rapidez. Tal vez habría heredado mi necesidad de moverme con prisa. Laura la giró para besar sus mejillas mientras le decía frases infantiles y le sonreía.

Notó mi presencia y vio mis ojos. Sonrió ampliamente. Levantó sus brazos y me invitó a sentarme con un gesto de su mano. Reí y avancé, recorriendo el comedor para llegar hasta ellas. Flexioné mis rodillas para besar con fuerza a Laura. Una vez más le demostraba lo mucho que la amaba y cuánta falta me había hecho durante todo un año.

Paseé por su boca con la mía. Luego frené mis movimientos, bajé mi cara y vi a Abril. Nos vio y frunció su ceño. Intentaba llegar hacia mí mientras gemía con molestia. Sonreí y fui hasta ella. Besé sus mejillas y luego le hice cosquillas en su pecho. Tomó mi nariz con sus manos y jugó con mis mejillas. Empecé a reír con fuerza. Giré para tomar su sonajero.

Se lo mostré y lo moví frente a su rostro. Ella mostró su alegría, al tiempo que yo empezaba a llorar de felicidad. Estiró sus brazos y lo tomó. Lo llevó rápidamente a su boca, y sonreí nuevamente.

"Ese no es el lugar para él", le dije, retirándolo de su boca y moviéndolo otra vez. "Úsalo para que suene, Abril".

Era la primera vez que estábamos juntos en nuestro nuevo hogar desde que lo habíamos comprado. Los rayos del sol tocaban nuestras espaldas mientras jugábamos con Abril. Aunque no habíamos adquirido todo lo que necesitábamos y no habíamos sacado todas nuestras cosas de las cajas, me di cuenta de que esas eran cosas secundarias.

Lo realmente importante en ese espacio, lo que convertía a ese rincón del mundo en un hogar, eran las dos chicas que estaban dentro de él, un par de personas por las que sentía el amor más profundo que un ser humano pudiera experimentar.

El eco de la voz de Abril formándose, las sonrisas sinceras de mi amada Laura y la felicidad que me producían sus compañías. La voz de Laura, las sonrisas de Abril y las emociones que compartíamos eran lo realmente importante. Nos habíamos convertido en una familia, y lo seríamos siempre, sin importar adónde fuésemos ni qué ocurriera. Anhelaba que la vida nos permitiera estar con ella por el resto de mi existencia.

Laura reía mientras ponía a Abril sobre su regazo. La imagen me encantaba. Sentí que tenía un don para criar a mi hija, pues siempre estaba pendiente de ella y esperaba darle todo lo que necesitara para que creciera adecuadamente.

Sus ojos se llenaban de luz cada vez que veía a nuestra hija. Me pareció que mi pecho se derretía con su mirada de felicidad. El hecho de comprometerme en una relación formal jamás había estado en mis planes. No había pensado buscar una vivienda ni comprarla.

Tampoco había creído que estaría trabajado fijamente en un hotel. Sin duda, el vuelco que había dado mi vida había sido estupendo. Y el vuelco que dio la de Pablo también lo fue.

Le conté y reaccionó con emoción. Me dijo que le había confesado a su novia el amor que sentía por ella. Me dijo que me daría los detalles al regresar. Sentí que era el paso que él necesitaba dar. Terminamos nuestra sociedad.

Ya habían terminado mis viajes durante todo el año, las comidas siniestras de los aviones y los hoteles, y mi agotamiento. Estaba en el lugar en el que sentía que tenía que estar, aunque hacía solo unos años que llevaba un estilo de vida muy distinto y jamás hubiera creído que cambiaría. De solo pensarlo me reía sin parar.

Tomé la mano de Laura mientras recordaba la horrible experiencia que vivió mientras no me encontraba. Sabía lo que sentía, pues yo también deseaba verla una vez más y mantenerla conmigo. Atraje su cuerpo hacia mí y la puse sobre mis piernas.

Ella se acomodó de lado mientras seguía besando el vientre de Abril y volteaba para verme. Suspiró y me abrazó por el cuello. Allí estaba la luz en sus ojos, que se combinaba con los rayos del sol que iluminaban la ciudad.

El amarillo de las afueras se mezclaba con el rojo de las puntas de sus rizos y formaban un tono naranja que me encantaba. Sonrió y se acercó para darme un tierno beso en mi mejilla. También sonreí mientras negaba con mi cara y exhalaba.

"¿Qué sucede?", me preguntó.

"No pasa nada", le dije, y sonreí una vez más. "Solo que... te amo muchísimo".

"Lo sé. Y te lo agradezco", dijo, entre risas.

"No te rías, porque no es una broma, cariño. Estoy completamente seguro del amor que siento por ti. Te he amado con toda mi alma, y siempre he tenido la certeza de que siempre te amaré. La tuve desde que empecé a conocerte. Eres la chica con la que quiero vivir el resto de mi vida".

"También eres el chico con el que quiero vivir el resto de mi vida", dijo, con seriedad. "Oh, y también te amo".

Asentí mientras sonreía y besaba cálidamente su boca. La puse cerca de mi pecho, y sentí su aliento fresco en mi hombro. Percibí los latidos calmados de su corazón, unos sonidos que transmitían todo el amor del que estaba hecha. Había pasado el tiempo, pero increíblemente para mí, no dejaba de admirar su sonrisa y cada uno de sus atributos. Sus frases ocurrentes, sus alegrías y su calidez me enamoraban cada día más. Siempre quería regresar a su lado y ver sus ojos. Sabía que le alegraba mi regreso después del trabajo.

Esa alegría me permitía darme cuenta de que ya podía contar con las personas que me habían hecho falta, aunque antes no quisiera admitirlo por mi inmadurez. Pero ahora era diferente, pues no extrañaba esa rutina, que al final me dejaba solo.

Con el amor que sentía por ella, el mismo que ella sentía por mí, así como por la fuerte unión que teníamos y todo lo que habíamos pasado, me di cuenta de que no tenía ni el más mínimo deseo de seguir viviendo como lo estaba haciendo.

Comprendí con mi experiencia que, si un hombre no quiere tener una relación a largo plazo, con la excusa de perder su libertad, no sienten amor por una mujer.

Solo quería estar con Laura para demostrarle cuánto la amaba y los planes que ya empezaba a bosquejar para nuestro futuro.

# Epílogo

## Seis meses después

### Laura

Acomodé mi blusa luego de levantarme del piso. Abril intentaba sentarse y sonreí. No dejaba de reír al ver la caricatura en el televisor. Regresé a la cocina para terminar de lavar los platos y guardar las sobras. Finalmente había podido establecer una rutina para los quehaceres diarios, el cuidado de Abril y mi empleo. Pero no podía quejarme, porque contaba con una valiosa compañía. La de Marcelo.

Siempre que volvía de las clases, empezaba a ayudarme. Estaba de acuerdo con que yo trabajara. Para él, era importante que me sintiera útil. Había dividido todo en partes iguales, no solo en cuanto a las labores domésticas, sino en todo lo demás. Quería que lo viera como su socia y aliada.

Amaba aún más a Marcelo, aun cuando había creído que el tiempo mermaría nuestros sentimientos. Estaba feliz con todas sus acciones. Me hacían sentir que ya éramos una familia. Ocurría lo que siempre había soñado. De hecho, la realidad era más hermosa que en mis sueños.

Cada día me gustaba más mi trabajo. Mis jefes notaron que era muy talentosa para escribir novelas románticas. Continuaba escribiendo novelas bajo las sombras, pero también había escrito mis propios libros, que la misma editorial había publicado.

Mis historias eran espectaculares. El público las amaba. En apenas minutos se agotaban. ¿Cómo era posible que la pasara tan bien desarrollando una historia romántica y no hubiera pensado hacerlo antes? Quizás se debía al hecho de que ya no había tristeza en mi vida.

Podía escribir tramas más hermosas. De hecho, mi primera novela se trataba de mi encuentro con Marcelo, aunque había modificado los nombres, edité algunos episodios y agregué momentos apasionados para que mis lectores, especialmente aquellos que amaban las historias llenas de romance extremo.

Marcelo creyó que era divertido e interesante. Había sido el primer lector de todas las novelas originales que había escrito.

Empecé a guardar los platos y vi a Abril. Seguía cómodamente sentada y jugaba con unas pulseras infantiles para la dentadura que llevaba a su boca constantemente.

Sus primeros dientes estaban a punto de salir. Eso nos producía insomnio, como a ella. Me sentía maravillada de ser testigo privilegiado de su crecimiento. Estaba disfrutando cada momento, por muy sencillo que fuese.

Pude recordar con ella que tenía que hacer pausas, llevar la vida con calma, dar gracias por las bendiciones que recibía y contemplar la belleza a mi alrededor. Pude ver las cosas con un nuevo enfoque y despertar mi curiosidad, algo necesario para mi trabajo.

Sentí alegría por lo feliz que se ponía con cualquier cosa. Sabía que en parte se debía a que no conocía la naturaleza perversa de muchas personas. Esperaba que creciera y desarrollara la

valentía y un espíritu independiente, para no tener que depender de nadie ni desilusionarse.

Escuché el sonido del teléfono y dejé de pensar en el futuro. Fui a la sala de estar para atender. Era una llamada del hotel. Lo supe por el identificador de llamadas.

Seguramente Marcelo quería saber cómo estaban las cosas en casa. Solía llamar antes de la hora del almuerzo para recordarme que llegaría pronto y nos sentaríamos a comer juntos.

Me alegraba que lo hiciera, sobre todo porque sabía que estaba muy ocupado, y en poco tiempo lo estaría más, pues el invierno llegaría en unas semanas. Entonces comenzaría la temporada alta de esquí, lo que quería decir que Marcelo retomaría las clases. Saberlo me entusiasmó.

"¿Sí?", pregunté.

"Sí, Laura. Te habla Javier", dijo.

"Oh... buenas tardes, Javier. ¿Sucede algo?".

"No pasa nada", dijo para tranquilizarme. "Estoy llamando para pedirte que vengas con Abril al hotel. Marcelo requiere tu presencia".

"De acuerdo", dije, viendo a Abril. "¿Para qué quiere que vaya?".

"Siendo sincero, no tengo idea", respondió, despertando mi curiosidad. "Solo me dijo que te llamara para que subas a la montaña. Puedo enviar un taxi para que te recoja".

"No será necesario. Iré en mi camioneta", dije. "En unos minutos estaré allí".

"Estupendo. Nos vemos en un rato", respondió. Colgó y no pude decir nada más.

Ví el teléfono con extrañeza. Marcelo quería que fuese con Abril al hotel. Eran las doce del mediodía de un martes, y no entendía la razón de su petición. Encogí mis hombros y fui a la sala de estar. No entendía nada de lo que pasaba, pero como ya estaba preparando todo, pensé que no había razones para detenerme.

Puse a Abril sobre mi pecho para llevarla a mi dormitorio y maquillarme. Peiné mi cabellera, me vestí con ropa casual y un abrigo. Cambié el pañal de Abril y puse algunos en su bolso, pensando que tal vez estaríamos en el hotel toda la tarde e incluso la noche. Me levanté y vi mi celular. Quería saber si Marcelo me había escrito, pero no lo había hecho.

Tomé la bolsa con los pañales y la puse sobre mi hombro. Con Abril sobre mi pecho, tomé su asiento y lo acomodé en la parte trasera del auto. Abroché su cinturón. Me di cuenta de que había crecido y pronto no cabría en él. Exhalé mientras agitaba mi cabeza.

Deseaba que no creciera tan rápido. Cerré la puerta y abrí la del conductor. Entré, encendí el auto y salí. Estábamos cerca del hotel, aunque nuestra casa estaba en las afueras de la ciudad, por lo que el paisaje siempre agradaba mis sentidos mientras llegaba al hotel. Me encantaba manejar hasta allí.

Tomé la carretera y pensé que podrían estar pasando miles de cosas. Tal vez sucedía algo terrible o quizás solo quería verme. No solíamos sorprendernos de ese modo, y la única manera de romper la rutina era tomar una siesta adicional, lo que sucedía generalmente los domingos. Pero me di cuenta de que no podía seguir pensando. Simplemente tenía que permitir que me sorprendiera. Entonces llegué al hotel, aparqué en el estacionamiento, y apagué el motor.



Tomé a Abril, la puse en mis brazos y dejé los pañales en mi hombro. Caminé y noté varios carteles. Eran de neón y estaban fijados en el piso. Eran muy distintos a la decoración del hotel. Brillaban muchísimo y eran muy modernos. Cuando di dos pasos más, noté que tenía unas palabras dirigidas a mí.

"Laura, tienes que girar a la izquierda", indicaba el cartel.

Hice lo que decía el cartel. Subí la escalera de piedra que bordeaba el hotel. Noté que había otro cartel. Vi a los lados, pero no había nadie. Me percaté de que todo formaba parte de un plan de Marcelo, aunque no entendía la razón. Mi cumpleaños estaba lejos, al igual que el suyo y el de Abril. Lo mismo sucedía con nuestro aniversario.

"Continúa. Así podrás llegar a 'nuestro lugar especial'", indicaba el cartel siguiente.

Tomé aire y sonreí al recordar de qué lugar se trataba. Era el patio en el que habíamos pasado momentos maravillosos, además de tomar decisiones muy importantes, como comprar una vivienda, hacer los trámites en un banco de la ciudad y leerlos mientras la primavera nos refrescaba. Caminé y giré hasta que no pude caminar más por lo que veía.

En todas las ramas bajas de los árboles del patio había flores de papel colgadas, así como pájaros de origami. Un pequeño cartel de papel decía: "Detente". Volteé cuando sentí unos pasos. Era Javier. Lucía un esmoquin. Su expresión era seria. Había una toalla roja sobre el banco en el que nos sentábamos habitualmente.

Extendió su mano mientras se acercaba a mí. "Acompáñeme, señora", me pidió.

Asintió y regresó al lugar en el que estaba. Volteó para ver la montaña. Fruncí mi ceño y empecé a reír. Abril sonreía al ver las flores de papel agitándose levemente con el viento. Escuché otros pasos y mi pecho se alegró cuando supuse quién era. Marcelo iba hacia nosotros, usando el esmoquin que se había puesto en Nochevieja, con una expresión de felicidad.

"Agradezco que hayas venido", comentó, mientras avanzaba para encontrarse conmigo. "Permíteme decirte que recuerdo la apariencia que tenías cuando te vi justo aquí, frente a mí, con tu suéter blanco, tus guantes, los pantalones ceñidos a tus piernas y tus botas altas para la nieve.

Veías a todos lados mientras Catherine sonreía. También recuerdo la cara que tenía cuando me viste mientras los fuegos artificiales anunciaban el fin de un año y el comienzo de otro y nos besábamos por primera vez.

Tampoco he olvidado lo maravillosa que te veías con tu vestido azul, cuando te sentaste para hablarme del mayor acontecimiento de nuestras vidas. Sé que estaba en este banco cuando hablamos de los documentos que debíamos llevar al banco para comprar una casa, nuestra casa. Ahora, esta imagen de mi hija y tú, frente a mí, tampoco saldrá de mi mente".

Se ubicó a mi lado para tomar asiento. Vio las montañas. Aún había césped y mucha vida alrededor. Tomó aire y bajó su cara. Noté lo ansioso que estaba, aunque no entendía la razón. Me incliné para tomar sus dedos. Sonreía para tranquilizarlo y asentí.

"Había tenido una vida frenética desde que decidí esquiar", contó. "Pero cuando te conocí, tuve paz. Encontré dentro de mí ilusiones, metas y mucho amor. Amor que quería compartir con alguien. Has estado conmigo por unos años, pero me he sentido bendito con tu compañía.

Me has alentado a ser mejor. Además, he aprendido a amar porque tú me lo has enseñado. He podido ser paciente y delicado con tu ayuda, aun cuando en ocasiones siento que no la merezco. Pero lo mejor es que trajiste a este mundo a Abril. Ambas son la luz que me hacía falta, el mayor motivo para sentirme feliz".

Entonces se levantó. "¿Puedes ver esa montaña?", me preguntó.

"La veo", respondí, y me di cuenta de que había personas moviéndose.

Cada uno de los esquiadores tenía un cartel en el que había grandes letras negras. Me puse de pie y caminé unos centímetros. Me sentí sorprendida. Las letras se unían para formar una frase. "Quiero preguntarte algo". Fruncí mi ceño. Sin moverme, intenté comprender qué estaba pasando. Giré para ver a Marcelo, pero ya no estaba de pie. Se había puesto de rodillas frente a mí y me veía. Tenía una pequeña de terciopelo rojo en su mano derecha.

No sabía que Catherine estaba allí, pero tomó a Abril y la puso en sus brazos. "Tomaré a esta bebé", dijo.

"Laura, mi amada y cautivadora Laura, solo pude estar lejos de ti durante un año", recordó. "Afortunadamente no pasó un día más, pues habría enloquecido. Ahora sé que no hay otra persona en este planeta con quien desee compartir mis días, convertirme en un anciano y ser feliz. MI pregunta es: ¿te casarías conmigo?"

"¡Por supuesto!", dije entre gritos mientras empezaba a llorar de felicidad. "Sí, voy a casarme contigo".

Me parecía increíble lo que estaba viviendo. Marcelo se puso de pie para abrazarme. Empezó a llorar también. Puso mis brazos en su espalda mientras la poderosa emoción que sentía inflamaba mi corazón. Después de girarme me ayudó a sentarme. Besó mi boca tiernamente.

Retrocedió unos centímetros para poner la alianza en mi dedo. La luz del sol caía sobre nosotros y hacía que el diamante brillara. Catherine llegó a mi encuentro. Lucía feliz. Puso a Abril sobre mi hombro y besó mi mejilla. Su sonrisa era amplia. "Papá", dijo Abril en un susurro.

Ví la mirada intensa de Marcelo, y me estremecí otra vez, tal como había sucedido cuando lo había conocido. Le mostré mi sonrisa más alegre. Nos fundimos en un abrazo y recordé que mi realidad superaba cada vez más a mis sueños.

Tenía al hombre con el que quería estar, vivíamos en un lugar maravilloso, como ningún otro en el planeta, y era la madre de una niña radiante e inteligente. El destino había obrado a mi favor, mostrándome mis errores y poniendo en mi camino a las personas que me hacían feliz, aunque inicialmente mi vida había sido un terrible desorden.

"Laura, te amo", me dijo.

"También te amo, Marcelo. Y siempre lo haré", contesté.

*Fin*



## Gracias

**¿Te gustaría compartir tu experiencia conmigo y otros lectores?**

Quiero mejorar y tus comentarios son valiosos. Te agradeceré dedicar solo 2 minutos de tu tiempo y dejar un **comentario de forma totalmente honesta en Amazon** sobre la novela que acabas de leer.

Muchas gracias por la confianza y espero sorprenderte en una nueva entrega.

Saluda atenta y calurosamente.